



La culpa

Carlos Sánchez

LA CULPA

Título: La culpa.

Autor: Carlos Sánchez

Todos los derechos reservados

@2018, Marzo

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

La espera

La habitación era gris, completamente gris. Frente a él había un espejo, que suponía por las películas que había visto que era una ventana a otro cuarto desde donde probablemente vigilaban sus movimientos. La puerta, que sabía que estaba trancada porque escuchó los pases de la cerradura, era gris también, aunque de un tono más claro que el de las paredes. Había una única luz en la pared a su izquierda, que no alumbraba lo suficiente, por lo que hacía la pared paralela todo parecía mucho más oscuro. En cuanto al mobiliario, no era muy diverso como se esperaba; sólo había una mesa y tres sillas, una de las cuales era ocupada por él. Supuso que las otras dos serían para las personas que estaban encargadas de interrogarlo.

Se preguntó cuántas personas habían estado allí antes que él, reflexionó acerca de las posibles razones por las cuales habían estado en ese sitio sombrío; si quizás era por una circunstancia tan insólita y violenta como la de él. Nunca pensó que algo así le sucediera alguna vez, ya que siempre fue más bien del tipo solitario y pacífico; nunca de aquella oportunidad se había enfrentado a alguien de esa manera tan violenta, jamás había manipulado un arma más allá del cuchillo que utilizaba para rebanar su por las mañanas pan.

Como era natural, se sentía nervioso; sus piernas no dejaban de moverse de arriba para abajo como en una convulsión incontrolable. No le habían dado la oportunidad de bañarse ni cambiarse de atuendo, aunque ya tenía aproximadamente tres horas en la estación. Su ropa se encontraba manchada de sangre ajena y propia, que ya no se sentía húmeda; se sentía más como plástica, y ya no era roja, era más bien casi marrón. Tenía la sospecha de que obligarlo a mantenerse así, era alguna clase de tortura que utilizaban como método de persuasión.

Sus nervios no se debían solamente a la situación en la que se encontraba, tenía mucho más que ver con la preocupación que sentía por ella. Cuando la policía llegó, lo separaron de su lado y hasta ahora no le habían dado ningún tipo de información acerca de su estado. Si tan sólo supiera que se encontraba bien, podría estar más tranquilo; lo demás sería banal, podría mantener su cordura.

Observaba sus manos y veía las marcas que las esposas le habían dejado en las muñecas. Sus muñecas eran una de las razones por las que siempre evitó pelear, incluso desde muy joven; aunque lo molestaran. Cuando era pequeño, creía recordar que contaba con seis años, se había caído y sus muñecas se fracturaron. Recordaba que el dolor que había sentido era muy intenso, pero eso no fue lo peor; lo realmente difícil fue estar más de veinte días con ambas manos enyesadas. Su madre muy amorosamente hacía todo lo necesario para mantenerlo cómodo, afortunadamente era muy pequeño y no contaba con el pudor que viene con la edad.

Aun así, para él había sido una experiencia espantosa. No podía jugar con el Nintendo que su padre le había comprado hacía tan sólo tres días atrás. Veía a su hermano mayor jugando y no podía sino llorar amargamente por su imposibilidad. Para mayor tragedia, justamente el día anterior de cuando le iban a retirar los yesos, su hermana pequeña había tropezado la consola la cual cayó al piso destrozándose por completo.

Así que, él solía tener mucho cuidado con sus muñecas; pensaba que eran más delicadas que las del resto de las personas y no quiso volver a pasar más nunca por una situación similar. Por lo cual nunca tuvo una sola pelea, ni siquiera durante su adolescencia, cuando Fernando Cáceres le había dicho que era un marica, porque lo vio abrazando a su mejor amigo, a quien se le acababa de morir su madre.

- Eres un marica, te vi abrazando a Rafael. –le dijo Fernando delante de todo su curso.
- Yo no soy marica. –le respondió él malhumorado.
- Demuéstralo. –le gritó a todo pulmón a la vez que lo empujaba.
- Yo no tengo nada que demostrar, no lo soy y punto. –se alejó del lugar.
- ¡Marica cobarde! –le gritó el granuja.

No pocas ocasiones de pelea se le presentaron en el transcurso de su vida. Sin embargo, él había encontrado siempre la manera de zafarse de la situación peligrosa. Como es natural, él y su hermano mayor solían discutir por cualquier tontería; y ellos dos dormían juntos en la misma habitación; por lo que se presentaban diferencias de manera muy seguida en su convivencia.

- Ángel, ¿dónde está mi playera de Batman? –le preguntó muy serio.
- No sé. –le respondió sin siquiera mirarlo.
- Estaba en el closet y no está. Tuviste que cogerla tú.
- No la cogí.
- ¡Ángel! –le dijo lanzándole una almohada.
- ¿Qué te pasa chaval? –le preguntó empujándolo.
- Tú cogiste mi playera. –lo acusó.
- ¡Qué no! –le gritó.

Él pensó en darle un puñetazo por mentiroso y gritón, pero en ese momento sintió un escalofrío desde las muñecas que le recorrió todo el cuerpo. Entonces, se detuvo y lo pensó mejor. No quiso arriesgarse a golpearlo inadecuadamente y herirse a sí mismo. Así que prefirió perder la pelea sin comenzarla. Desde ese día, su hermano se dio cuenta que a él no le gustaba pelear, así que nunca perdió oportunidad para tomarle ventaja por

ello. Lo sometió constantemente durante la niñez y la adolescencia por pacífico.

Y ahora observaba sus muñecas, que tanto había cuidado, marcadas y enrojecidas por unas esposas. Se sobó con cuidado y sintió un poco de ardor por el roce; se las habían apretado mucho o quizás era más bien debido a la fragilidad de sus articulaciones. Respiró profundo y rogó porque todo aquello terminara pronto. Lo habían tenido horas en una celda y ahora estaba en ese lugar, esperando, desinformado, sucio, adolorido, nervioso; sin duda aquel no era el mejor momento de su vida.

Pensó que había tenido una existencia demasiado corta, porque según sentía ahora, su vida tal y como la conocía terminaba allí, ese mismo día; ya nada podía ser igual. Entonces sintió que había malgastado su vida, no disfrutó de tantas cosas, ni llevó a cabo tantos planes que tenía en mente con fecha por definir. Y lo peor de todo, la persona que le había importado más que nadie hasta ahora, al punto de no arrepentirse por estar allí por ella, se encontraba lejos, seguramente inconsciente, débil y desprotegida.

Pensaba en cómo hubiese podido obtener mejores resultados con distintas reacciones en el momento adecuado. Si hubiese tenido experiencia peleando, seguramente habría encontrado la manera de someterlo y no estaría allí, en esa habitación gris, ahora. O quizás si hubiese buscado ayuda, o probablemente si hubiese decidido intervenir antes; quizás las cosas habrían resultado mejor para los tres. Pero de nada valía imaginarse pasados posibles que ya eran imposibles; en la situación en la que se encontraba no importaban los "hubiese" sino los hechos ocurridos. Sin embargo, reconocía que era normal que su mente buscara maneras de escapar de aquello por lo que estaba atravesando, aunque fuera tratando de construir una realidad absurda ya.

Sintió que ya pronto iban a entrar a interrogarlo, pues escuchaba

murmullos fuera de la puerta. No lograba entender qué decía, pero podía distinguir la voz de por lo menos tres hombres. No se imaginaba que eran dos inspectores, tratando de convencer a su defensor para que tomara el caso.

- Este hombre está perdido, un caso perdido de antemano es lo último que yo necesito en este momento para reivindicarme con mis jefes, tío. Llaman a Peña o a Lozano que a ellos ya no les importa su reputación. –les dijo a los inspectores.
- Nosotros no somos los que decidimos eso Torres, nosotros pedimos un abogado y a ti te enviaron. Así que te corresponde, pues. El sujeto ha estado acá desde hace bastante rato, sabes lo importante que es interrogar a los sospechosos lo antes posible así que no tenemos tiempo que perder. Entremos de una vez y veamos qué es lo que nos va a decir. –le dijo el inspector Oropesa con voz de mando.

Oropesa estaba acostumbrado a dar instrucciones; era como un talento innato. Su propia madre decía que desde pequeño le daba órdenes, al punto que parecía no ser su hijo sino su padre. Sin embargo, ella sabía que debía controlarlo o terminaría en malas andanzas, gracias a su carácter. Así que lo presionó al punto de que prefirió irse a la academia policial antes que seguir bajo el yugo de su madre. Allí, su don sí que fue apreciado y bien recibido. Ahora optaba por un ascenso y quizás este caso sería una razón más para que lo tomaran en cuenta desde arriba.

Adentro de la habitación, parecía ser que no llegaba una ventilación adecuada. Se acumulada un calor húmedo, desagradable y sofocante. Hacía recordar a los peores veranos de la ciudad; aquellos cuando el sol parecer ensañarse con los habitantes de la tierra y calentar tanto el ambiente que parecer que el propio rostro se derrite.

Por fin la puerta se abrió y dejó entrar un poco de ventilación. El inspector Oropesa miró a su sospechoso con los ojos de águila en pleno vuelo que lo caracterizaban. Todos los interrogados durante su carrera concordarán en decir que aquella mirada no la olvidarán jamás, que es como una marca que se queda tatuada en la propia retina de los ojos. Todos dirán también, que habrían dado lo que fuera por no haber tenido que posar sus ojos en la vista de Oropesa. Muchos de ellos, hombres libres y convictos, aún tenían pesadilla con la mirada de él.

Sin embargo, ahora no lograban el efecto acostumbrado. Él mismo pudo sentir en sus instintos de águila que aquella presa no le temía. Eso lo hizo detenerse por un momento y tratar de agudizar sus sentidos, pero nada cambió; la misma sensación de la ausencia de temor que había percibido de entrada. Aquello lo hizo sospechar que este hombre no era igual que los demás; quizás la sangre que corría por sus venas no era tibia sino fría, como la de una serpiente.

Oropesa le abrió paso al defensor para que se sentara primero frente al sospechoso, mientras que él lo observaba con detalle por primera vez. Les daba crédito a las primeras opiniones, pues estaban deslastradas de todo tipo de subjetividad. Supo de manera inmediata que aquel hombre no le temía, que el temor que se dibujaba en su rostro tenía que ver con otra cosa y no por estar allí; También percibió que no sería difícil sacarle la verdad a aquel personaje desgarrado sentado allí; ya que apenas lo vio entrar tuvo que controlar el impulso para no hablar.

Con parsimonia, Oropesa caminó hasta la silla que había quedado desocupada. Los otros dos lo miraban con apuro en el humor; él se tomó su tiempo. Se sentó, acomodó el asiento a su gusto, colocó una carpeta en el escritorio, una grabadora también; verificó que tuviera cinta, ya que el no

confiaba en las grabadoras digitales. Posteriormente aclaró ruidosamente su garganta, abrió la carpeta, miró algunos documentos y procedió a llevar a cabo el interrogatorio correspondiente.

- Primero que nada, quiero hacer de su conocimiento señor, que se le ha asignado un defensor público quien estará llevando su caso de ahora en adelante. Él es el abogado Torres. Personalmente le recomiendo que en ninguna circunstancia rinda declaraciones sin su presencia. –le ordenó Oropesa.
- Entiendo perfectamente señor. –respondió él con cortesía, acomodando su postura en la silla.
- Muy bien. Entonces procederé a hacerle las preguntas correspondientes. Le aconsejo que sea completamente sincero, es la única manera que tenemos para ayudarlo.
- Puede contar con ello.
- Su detención fue realizada en la residencia de la señora Ángela Ferrero Olivares y el señor Alí Ignacio Contreras Colmenares. En el lugar, fue encontrado usted, la señora inconsciente debido a trauma generalizado y el señor sin signos vitales, con una herida de bala en el tórax. Teniendo en cuenta estas circunstancias le preguntaré de manera directa. ¿Señor Carlos José Avendaño Guzmán, usted le disparó al señor Contreras? –le preguntó Oropesa mirándolo fijamente sin pestañar ni una sola vez, mientras que Torres observaba la escena con cierto desdén.
- Sí, yo lo hice. –respondió Carlos con total seguridad.

Lo complicado

Ahora Carlos estaba en una celda. No porque lo hubiesen declarado culpable ya, en realidad no había podido terminar su testimonio pues su abogado lo interrumpió; él no pudo explicar los acontecimientos que llevaron al hecho descrito por el inspector Oropesa. Su defensor alegó que no había tenido oportunidad de hablar previamente con el acusado y así saber a qué se enfrentaba, por lo que solicitaba que se pospusiera el interrogatorio hasta tanto no pudiera entrevistarle primero; el inspector no pudo sino acceder a la petición, ya que estaba amparado por la ley.

Ante aquella querrela, entonces el interrogatorio tuvo que ser

pospuesto; y a Carlos lo trasladaron a una celda en la estación policial. Sin embargo, no se encontraba solo; en el mismo recinto se encontraban dos hombres más, en esquinas perpendiculares entre sí. Los tres se observaban sin decir palabra alguna. Cuando él entró, ya los otros estaban allí, exactamente en la misma posición y en el mismo lugar. Se sentía bastante incómodo pues no tenía idea de si aquellas personas podrían ser violentas.

- Hola. Mi nombre es Carlos. –le dijo a uno de los dos que tenía mejor pinta.
- Hola.
- ¿Por qué estás aquí? –al escuchar la pregunta de sí mismo, Carlos se dio cuenta que aquello sonaba bastante cliché y muy entrometido.
- Por algo que no hice. –le respondió aquel con mal humor.
- Está bien. –le dijo Carlos intentado recuperar el ambiente anterior.
- ¿Y tú?, ¿también eres inocente? –le preguntó el hombre.
- No. Yo sí soy culpable.
- ¿Cómo? –preguntaron los dos hombres al mismo tiempo.
- Me acusan de haber asesinado a un hombre, y es verdad. Yo le disparé. –les confesó Carlos.
- ¿Se lo merecía? –le preguntó el segundo hombre con voz turbia.
- La verdad es que sí se lo merecía. –le respondió Carlos.
- Entonces hiciste bien. –le dijo mirándolo directamente a los ojos.

Nuevamente la celda quedó en completo silencio, aunque de alguna manera Carlos lo agradeció; pues la conversación no salió cómo la esperaba. Entonces internalizó que lo mejor era esperar sin decir una palabra, lo cual no era complicado para él; lo que realmente le incomodaba no era el silencio

sino la ausencia de un teléfono o una computadora. Estaba seguro de que teniendo alguno de esos dispositivos, podría obtener información acerca de Ángela.

- Mi nombre es César. –dijo el primero hombre.
- Mucho gusto. –le dijo Carlos tímidamente, ante el desconocimiento de alguna otra norma de cortesía que aplicara en estos casos.
- La verdad es que estoy aquí por fraude.
- Entiendo. –dijo Carlos sin querer preguntar.
- Yo soy contador. Trabajaba en una agencia de viajes desde hace quince años. Nunca faltaba sin un motivo sólido, siempre llevaba todo al día; incluso muchas veces trabajaba más de lo que me exigían. Mis jefes parecían estar muy satisfechos con mi trabajo y eso me enorgullecía. Pero desde hace dos años a la empresa le empezó a ir muchísimo mejor que antes, prosperaron de una manera inesperada; y a pesar de mi colaboración, ellos no mejoraron mi sueldo ni me ofrecieron mejores beneficios. Sentí que aquello era muy injusto, así que decidí empezar a tomar yo mismo lo que merezco. Durante un tiempo nadie se dio cuenta. Sin embargo, ayer, sin ningún tipo de aviso, la policía fue a buscarme a mi oficina y aquí estoy.
- ¿Cómo te sientes? –le preguntó ayer.
- ¿Cómo crees que me siento? Me siento un fracasado, si logro salir de acá en corto tiempo, mi esposa va a asesinarme.
- Pero ¿te arrepientes? –le preguntó el segundo hombre.
- No. –respondió él manteniéndole la mirada.
- ¿Tú te arrepientes? –le preguntó a Carlos.
- No, hice lo que tenía que hacer.

- Yo sí me arrepiento de lo que hice.
- ¿Por qué? –le preguntó Carlos.
- Porque no fue mi intención hacerlo. –respondió con tristeza en la voz.
- ¿Qué hiciste tío? –le preguntó César.
- No tiene sentido que les diga qué hice. Para entender todo tienen que saber los acontecimientos que sucedieron primero. Hace tiempo conocí a una mujer maravillosa, Dayana. Nos enamoramos perdidamente. Ella lo era todo para mí, absolutamente todo. Pero sus padres intentaban separarnos, decían que yo no era bueno para ella, no les gustaba que yo fuera diez años mayor que ella. Nos escapamos juntos pero su padre es un hombre muy poderoso y nos encontró. Se la llevó de mi lado y la sacó del país. Traté de saber dónde estaba, pero no conseguía rastro de ella. Hace algunos días tomé de más y terminé en la casa del padre de Dayana, le rogué que me dejara hablar con ella. Él me humilló, me dijo que yo no valía nada y que no me la merecía. De pronto me descontrolé por completo, cuando me di cuenta estaba sobre él; golpeándolo sin parar. Uno de sus otros hijos me lo quitó de encima. Y ahora estoy aquí, y él está en un hospital. Seguramente Dayana me odia. –contó con la voz quebrada, que no era coherente con su contextura corpulenta.
- No creo que te odie. Ella debe saber que lo hiciste por desesperación. Si te ama sabe que lo hiciste porque la necesitas.
- No lo sé. Tengo miedo.
- Tranquilo... ¿Cómo es tu nombre? –le preguntó acercándose y colocándole una mano en el hombro.
- Darío. –le indicó él.

- Tranquilo Darío. De alguna manera todo se va a solucionar.
- ¿Alguna vez has estado enamorado? –le preguntó Darío.
- Sí, ahora mismo estoy enamorado. –le respondió Carlos con una huella de sonrisa en su rostro.
- ¿Cómo se llama?
- Se llama Ángela.
- ¿Y ella te ama a ti? –le preguntó Darío mientras César observaba aquella escena con atención.
- Sí, estoy seguro de que sí.
- ¿Y a quién mataste?
- A su esposo. –le confesó Carlos.
- ¡Avendaño! –se escuchó una voz desde el pasillo.
- Sí. –respondió Carlos acercándose a la reja de la celda.
- Su abogado vino a verlo. –le informó el guardia.

Carlos caminó esposado por aquel pasillo, escoltado a su derecha por un hombre uniformado. Aquella era una situación, que nuevamente pensaba, que nunca esperó tener que vivir. Por lo menos agradecía estar aseado ya, después de tantas horas de estar ensangrentado. Luego de la corta ducha de la que pudo disfrutar, logró distinguir varios golpes en la cara que comenzaban a tornarse violáceos y otros en el torso que ya le molestaban al caminar.

Luego de un paseo largo, atravesando algunas rejas; llegaron a la puerta de otro ambiente del lugar. Al entrar notó que era una habitación parecida a la de interrogatorio, pero más iluminada y sin la ventana espejo. Vio sentado en una silla en medio del lugar a quien le habían presentado como su defensor, recordaba que su apellido era Torres. Aquel hombre tenía una energía pesada, Carlos percibió que él no quería estar en aquel lugar.

- Señor Torres... -lo saludó Carlos extendiéndole la mano, recién

liberada de las esposas.

- ¿Cómo estás Carlos?

- Pues, no sé cómo responder a esa pregunta. Hágame una más fácil. –le dijo Carlos intentando romper un poco el hielo.

- ¿Lo están tratando mal? –le preguntó Torres sacando una libreta y un lapicero.

- No, no. No me han hecho nada.

- Ah, está bien. Si en algún momento llegase a sentir que violentan sus derechos, está en pleno derecho de comunicármelo. Le voy a dar mi número telefónico para que se comunique conmigo cuando lo necesite. Veo en su expediente que no ha llamado a sus familiares aún.

- Es cierto.

- ¿Por qué? –le preguntó Torres.

- Me es difícil darle ese disgusto a mi familia.

- El apoyo de los familiares en estas circunstancias es fundamental, Carlos.

- Entiendo. De todas maneras, estoy obligado a hacerlo, pues debo pedirle a mi madre algo urgente.

- Está bien. Luego de esta entrevista podrá hacer la petición para realizar la llamada.

- Está bien.

- Bien. En nuestro primer encuentro le confirmaste a Oropesa que le disparaste al occiso. Quisiera saber cuáles fueron los acontecimientos que llevaron a ese hecho.

- Allí estaba golpeando a Ángela, yo intenté defenderla. Todo fue muy confuso, y de una manera que me cuesta recordar y explicarle, terminé disparándole.

- ¿Él lo agredió? Puedo ver que tiene golpes. ¿Le hicieron las fotografías correspondientes a estos golpes?
- Sí y no. Es decir, sí me agredió, pero no me han fotografiado. – le respondió Carlos.
- Voy a ordenar que inmediatamente te hagan una evaluación física. Esto nos servirá para la defensa. –le dijo a la vez que escribía algo en un formulario que sacó de su maletín.
- ¿Qué oportunidad tengo de defenderme en realidad? –le preguntó Carlos.
- Vamos a alegar defensa propia. Creo que tenemos una buena oportunidad así. –le dijo Torres mirándolo fijamente.
- Entiendo. ¿Y crees que fue así? –le preguntó Carlos.
- ¿Cómo?
- Que le disparé en defensa propia.
- Eso sólo me lo puedes decir tú. ¿Por qué le disparaste?
- Por muchas razones.
- Está bien. Vamos de a poco. –le dijo Torres luciendo un poco más interesado.
- Bien. –le dijo Carlos.
- ¿De quién es el arma que estaba en la escena?
- No lo sé. Supongo que de Alí porque él la sacó.
- Muy bien. Voy a rastrear la propiedad del arma. ¿Usted tenía conocimiento de que esta arma está en el departamento?
- No.
- ¿Quién golpeó a la señora Ángela?
- Fue Alí. –le respondió Carlos con odio en la mirada.
- ¿Usted lo vio?
- No, pero lo oí.

- ¿Qué oyó? –le preguntó Torres.
- Oí una discusión, los gritos, los golpes.
- ¿Desde dónde los oyó?
- Desde mi departamento, que está justo al lado de el de ellos.
- Perfecto. ¿Qué hiciste entonces al escuchar que él la agredía?
- Llegué a la puerta de ellos y toqué para que me abrieran. Allí me gritaba desde adentro y Ángela pedía mi ayuda. Intenté forzar la puerta en varias oportunidades hasta que ella me abrió. Entonces, la vio golpeada, Allí se vino encima de mí, quiso golpearla de nuevo; yo la defendí. –le contaba Carlos visiblemente ofuscado por los recuerdos.
- Tranquilo. Esto es necesario, te lo van a preguntar muchísimas veces y es necesario que puedas narrarlo con la mayor claridad posible.
- Necesito saber cómo está ella. –le dijo Carlos en tono de petición.
- Entiendo. Voy a averiguar cuál es su estado. Sería importante que ella también pudiera declarar, ella es testigo y podría respaldar tu historia.
- ¿Desde cuándo son vecinos? –le preguntó Torres.
- Desde hace más o menos un año, que yo me mudé a ese departamento.
- ¿Habías escuchado otras discusiones entre ellos?
- Algunas.
- ¿Qué te hizo intervenir en esta oportunidad? –le preguntó Torres.
- Que escuché los golpes, que él le decía cosas realmente espantosas.
- ¿Qué le decía?

- La acusaba de adulterio. –le confesó Carlos con un poco de vergüenza.
- ¿Qué me puedes decir al respecto?, ¿tenías conocimiento de que la señora Ángela estaba viéndose con alguien?
- Ella no es de ese tipo de persona. –le dijo él.
- ¿Tú la conocías bien? –le preguntó Torres.
- Sí, podría decir que sí.
- Carlos, ¿qué tipo de relación tienes tú con Ángela? –le preguntó con cierta suspicacia.
- Se puede decir que somos amigos.
- ¿Solamente?
- Sí, como ya le dije ella no es ese tipo de persona.
- ¿Alí pensaba que tú y ella tenían una relación sentimental? –le preguntó el abogado.
- Sí. –respondió Carlos incómodo.
- ¿Por qué lo pensaba?
- Supongo que por el tiempo que pasábamos juntos y por el contacto que manteníamos.
- ¿Te sientes atraído hacia ella?
- Es algo más que eso.
- ¿Qué sientes por ella? –modificó la pregunta el abogado.
- Estoy enamorado de ella. –le confesó Carlos.
- Vaya, esto va a complicar las cosas.

Jagger

Luego de la reunión que tuvo con su abogado, a Carlos lo llevaron a una pequeña oficina desde donde podría comunicarse con quien quisiera. Aunque se sintió tentado a llamar para conocer el estado de Ángela, no lo hizo pues sabía en qué centro médico se encontraba. Así que decidió que llamaría a su madre, pues necesitaba pedirle algo con suma urgencia.

- Aló. –escuchó del otro lado de la bocina, era la voz de su madre.
- Hola mamá, es Carlos. –la saludó él.
- Hijo que bueno que llamas. ¿Le pasó algo a tu móvil? He estado escribiéndote y llamándote, pero no he logrado comunicarme

contigo.

- Es que no lo tengo conmigo mamá. –le dijo Carlos.
- ¿Y eso por qué? Si tú vives pegado de él. –le dijo con impresión ella.
- Mamá, necesito decirte algo, pero por favor tienes que mantener la calma.
- Carlos José, me estás asustando. Dime ya mismo qué está pasando –le dijo ella con autoritarismo.
- Estoy preso. –le dijo con un ritmo lineal en su voz.
- ¿Qué?, ¿por qué? –le preguntó ella muy sorprendida y preocupada.
- Le disparé a alguien. Y murió. –le confesó él.
- ¿Estás bromeando? Esto es de muy mal gusto Carlos. –le dijo ella a punto de quebrarse en llanto.
- Mamá, yo no bromearía con algo tan delicado. Es la verdad.
- Pero ¿qué pasó? –quiso saber ella.
- Ahora no puedo explicarte bien las cosas. Necesito que me hagas un favor. Ve a mi departamento y busca a Jagger. Llévalo a casa y cuídalo mientras yo no pueda, por favor.
- Hijo, pero esto no puede ser. Necesito saber qué pasó. –insistió su madre con desesperación en la voz,
- Te diré todo lo que necesites mamá, pero por ahora por favor, búscalos. –le pidió él.
- Está bien hijo. Lo haré. No te preocupes.
- Gracias mamá. Te amo. –le colgó antes de escuchar la despedida de ella pues creía que se desmoronaría en ese mismo instante.

Jagger es el perro de Carlos y su compañero cariñoso y fiel. Irónicamente, con él, Carlos había aprendido a socializar más con las

personas. Es decir, su perro lo había enseñado a comunicarse mejor con las personas que lo rodean. Al decir algo así sería difícil creerlo, habría que conocer toda la historia para entenderlo.

Cuando Carlos se mudó al departamento nuevo, decidió que cambiaría por completo su vida, y no quería estar tan sólo, aunque en esencia era un hombre solitario y se sentía bien así, entendía que debía socializar más. Un buen día, supo que unas personas estaban dando en adopción a unos cachorros de Golden retriever, pues la madre había quedado muy delicada de salud después de dar a luz. Así que pensó que era la oportunidad perfecta para tener un poco de compañía, pues había leído que una mascota era ideal para motivar la socialización; así que adoptó uno de esos pequeños cachorros.

Carlos fue a la casa de los dueños de los cachorros quienes lo recibieron con mucho agrado, pues para ellos era urgente encontrar una casa adecuada para cada uno de los pequeños. La perra había tenido a seis cachorros, todos machos; estaba débil y no podía alimentarlos. Esta situación los tenía muy preocupados, el cariño que sentían por la mascota era muy visible; así que querían protegerla, pero a la vez deseaban que los pequeños tuvieran buenos dueños.

- ¿Alguna vez has tenido un perro u otra mascota? -le preguntó la dueña de la perra.
- No, sinceramente. Es una experiencia nueva para mí. -le respondió Carlos.
- ¿Te gustan los perros?
- Sí. -le dijo él escuetamente.
- Está bien. ¿A qué te dedicas?
- Soy desarrollador web. -le comentó él.
- Qué interesante. ¿Tienes tiempo para dedicarle a un cachorro?

- No lo había pensado, pero creo que sí; yo suelo trabajar desde mi casa y me gusta la idea de tener un compañero.
- Entiendo. Pasa, te voy a mostrar los pequeños. Aún tenemos cuatro. -lo invitó caminando hacia un área distinta de la casa.

Ambos entraron a una habitación donde resguardaban a los cachorros. Apenas entró vio a tres pequeños jugando entre sí muy animados. A él le parecieron muy divertidos y tiernos. Sin embargo, Carlos creyó escuchar que tenía aun cuatro cachorros, así que se preguntó dónde estaría el último. Buscó con la mirada y divisó, en una esquina, al faltante. Estaba estando de manera erguida, observando al resto de sus hermanos, a lo lejos.

Carlos, de forma inmediata, se sintió afín con la energía de aquel cachorro solitario. Él sonrió, se acercó al animal, se inclinó y le extendió la mano. “Hola pequeño, ¿nos vamos a casa?” le dijo él en voz baja, el cachorro olió su mano y colocó su pata sobre ella, como si entendiera la propuesta que le hacía. La dueña de los perros pudo observar la química que surgió entre los dos.

- Cárgalo. -le propuso ella.

Él lo tomó y el pequeño no se resintió, contrariamente a través del movimiento de su cola demostró su alegría. Carlos sintió gran ternura e inmediatamente sintió el deseo de protegerlo. Él miró a la dueña sin decirle nada, pero a la vez pidiéndole con la mirada que le permitiera quedarse con él, ella sonreía y con un pequeño gesto en el rostro le indicó que podía quedárselo.

Antes de ir de regreso a su departamento, Carlos fue a un mercado para comprar el alimento para el cachorro. Llegó al pasillo con el perro en los brazos, tratando de decidir cuál alimento escoger de una variedad impresionante de marcas y posibilidades. Se sintió un poco confundido, así

que simplemente tomó una que indicaba que era para cachorros de raza grande.

El pequeño animal temblaba en sus manos, Carlos supuso que era la primera vez que salía de la casa donde nació, era comprensible pues contaba con tan sólo un mes de vida y todo era totalmente nuevo para él. Él acariciaba su pequeño lomo para intentar tranquilizarlo. Al poco rato, el cachorro se sintió más cómodo.

Al llegar al departamento, Carlos colocó a su nueva mascota en el suelo; éste se sintió temeroso por algunos minutos, pero eso duró poco. Un rato después, el cachorro se encontraba oliendo todo en el lugar. Carlos le colocó un papel periódico en una esquina, de tal manera de que hiciera sus necesidades si lo requería; le habían comentado que tendría que enseñarle y sacarlo a pasear varias veces al día; él estaba dispuesto. Ahora, tenía una obligación para salir del departamento y él pensaba que esto era de beneficio para su salud física y social. En la cocina, le colocó una taza con agua y otra con alimento para perros.

La primera noche que Carlos pasó con el cachorro en casa fue terrible. El cachorro lloraba desconsolado a las afueras de la puerta de la habitación de Carlos y le daba pequeños golpes con la pata que no parecía que correspondían con un ser tan pequeño. Por algunas horas, intentó ignorarlo pues no creía que fuera conveniente que se acostumbrara a dormir con él. Sin embargo, su voluntad no duró tanto; abrió la puerta de su habitación y lo tomó entre sus brazos. Durmieron algunas horas, hasta que Carlos se despertó con temor de que el perro se orinara en la cama. Así que lo bajó al suelo, a partir de ese momento comenzó a llorar de nuevo, y no se detuvo ni siquiera cuando Carlos volvió a recibirlo en la cama.

Supuso que tendría hambre o sed, así que lo condujo hasta el lugar

donde había dispuesto el alimento y el agua. Él cachorro olía el alimento, pero no lo comía y continuaba su concierto de chillidos. Carlos sentía que había algo que no sabía, algo en lo que estaba errando, pero no sabía qué hacer. Cuando estaba al borde de la desesperación un milagro sucedió, escuchó que tocaban a su puerta.

- Hola. Buenos días. –le dijo a la vecina al abrir la puerta.
- Hola, desde hace rato escucho que un cachorro no para de llorar.
- Oye, qué pena. Disculpa. ¿Te despertó? No puedo hacer que deje de llorar. De verdad lo lamento, no quería molestar. –le explicó muy apenado.
- No te preocupes, no vengo a reclamarte. Quise ver si podía ayudarte en algo.
- ¿Conoces de perro? –le preguntó él con esperanza en la mirada.
- Sí, algo. Mi familia y yo siempre fuimos de tener mascotas.
- ¡Qué bueno! Por favor, pasa. Revísalo. Quizás le duele algo. –le pidió él.
- Está bien.

La vecina se llamaba Ángela. Se había conocido el mismo día que él se instaló en el departamento y se habían tropezado algunas veces en los pasillos del edificio. Sin embargo, hasta ese momento no habían intercambiado más de tres o cuatro palabras. Más que nada porque cada una de las veces que la había visto estaba acompañada por su esposa, Alí; quien parecía bastante posesivo y celoso.

Ella caminó al interior del departamento, siguiendo el sonido del llanto canino. Al ver al pequeño, ella se inclinó hacia él con delicadeza y él perro caminó hacia ella como si la conociera como tratando de decirle algo muy importante. Ella lo acarició con gran ternura.

- ¿Cómo se llama? –le preguntó a Carlos.
- La verdad no le he colocado nombre.
- Entiendo. ¿Ya le diste de comer?
- Allí tiene su alimento, pero lo huelo y no se lo come.
- Pero él está muy pequeño, no sabe comer. Tienes que darle leche con un biberón.
- ¿Hablas en serio? –le preguntó él visiblemente apenado.
- Por supuesto, ¿desde cuándo no come?
- Desde ayer, pero no sé desde qué hora.
- Debe tener mucha hambre. Tendrás que ir a comprar un biberón, preferiblemente para recién nacidos prematuros, y leche.
- Entendido. ¿Puedes quedarte con él un momento? –le preguntó él.
- Sí, claro. Yo te espero.
- Vale.

Carlos fue a la farmacia más cercana casi corriendo. Se sintió un poco tonto por ignorar algo que, para Ángela, y seguramente para la mayoría de las personas, era tan obvio. Compró lo que le había indicado y estuvo de regreso en el departamento de la manera más veloz posible.

- Aquí está. –le dijo él mostrando lo que compró.
- Has unas tres onzas de leche con agua a temperatura ambiente y me las traes en el biberón. –le indicó ella.

Él hizo lo que ella le pedía. Empezó a sentirse muy preocupado por la cantidad de tiempo que tenía el cachorro sin alimentarse por su culpa. Él era el responsable y no lo estaba haciendo bien, se sentía culpable; se cuestionó como dueño de un ser tan indefenso y se sintió verdaderamente conmovido.

- Listo. –le dijo entregándole el biberón.

- Ya vas a comer pequeñín. –le dijo al cachorro ofreciéndole el biberón diminuto.
- ¡Qué alivio! –dijo Carlos observando cómo el pequeño succionaba con fuerza la mamila.
- Sólo es hambre. No le duele nada. –le comentó ella sonriente mientras sostenía al pequeño en sus manos.
- Menos mal que viniste, sino el pobre se habría muerto de hambre por mi culpa.
- No es tu culpa. No te sientas mal. Simplemente no lo sabías, ya lo sabes y todo estará bien. –le dijo ella y él sintió un poco de alivio.
- Es muy tierno. –le comentó observándolo.
- Lo es. Tienes que ponerle nombre.
- No se me ha ocurrido nada.
- ¿Me dejas colocarle nombre? –le preguntó ella emocionada.
- Sí, por favor. No soy bueno para esas cosas y no debería terminar con un nombre inapropiado.
- Cuando era pequeña tuve un perro de la misma raza. Eran tan tierno como este cachorro y además era un perro que tenía mucha fuerza.
- Quizás sea algo de la raza, porque él tiene mucha fuerza. No sabes cómo tocaba a mi puerta esta madrugada. –le comentó él con una sonrisa.
- Me gustaría colocarle el mismo nombre. Y ojalá que sea tan fiel y longevo como lo fue mi perro.
- ¿Cómo se llamaba? –le preguntó Carlos.
- Se llamaba Jagger. –le contestó ella con nostalgia en la voz.
- Entonces así se llamará: Jagger. –le dijo él sonriéndole.

Elektro

Después del encuentro con el abogado, Carlos fue devuelto a la celda. Encontró allí, de nuevo, a César y a Darío, quienes lo observaron con ojos expectantes, como esperando que les contara algo de su reciente visita. Sin embargo, él se sentía decaído y muy preocupado como para conversar, ya que seguía sin noticias de Ángela, así que se recostó en uno de los catres de la celda por un rato.

La imposibilidad de verla o de por lo menos conseguir información de ella, lo estaba enloqueciendo. Le hacía sentir un ardor en el pecho y un estremecimiento en el estómago, que no le permitía ni siquiera respirar de manera adecuada. Cada instante que pasaba, la sensación era peor y peor; y a nadie parecía importarle pues a pesar de sus repetidas peticiones, no le daban a conocer nada.

Con los ojos cerrados, trataba de hallar una solución a su gran problema. Era lo que solía hacer cuando necesitaba resolver algo de importancia, se recostaba, cerraba los ojos e imaginaba posibles soluciones. Pero en esta ocasión, las ideas le eran esquivas, nada parecía ser realmente viable. Su abogado no se notaba muy presto a ayudarlo en ese sentido, aunque le asegurara que haría lo posible. Seguramente el inspector Oropesa tampoco estaría dispuesto a colaborar. No había manera de tener acceso a ninguna computadora ni teléfono que le permitiera acceso a los archivos que lo ayudarían.

Además, no se atrevía a pedirle algo así a sus padres o algunos de sus hermanos, pues no sabría explicarles por qué su interés; sería algo sumamente complicado. Se le ocurrió que la única forma sería contactar a Edgar, lo más parecido que tenía a un amigo, aunque en realidad ni siquiera se habían visto nunca en persona. De hecho, desde hacía realmente poco tiempo conocía su identidad, pues habían compartido información por largo tiempo en el mundo informático, pero no se habían relacionado más allá de eso.

Carlos conoció a Edgar en un foro acerca de programación, el apodo de Edgar en el sitio web era Elektro mientras que el de Carlos era Casper. Allí compartieron información acerca de algunos códigos de programación y trabajaron juntos en algunos proyectos, ya que cada uno le tenía mucho respeto profesional al otro. Con el tiempo, compartieron un poco más; hacían equipo en juegos en línea y chateaban de algunas banalidades de las computadoras.

Un día, Edgar extravió su móvil en un lugar recóndito, donde el acceso a la web era restringido; entonces le pidió ayuda a Carlos para borrar los datos de su teléfono de manera remota, así que tuvo que compartir con él sus

datos personales. Carlos, para no hacer sentir a su amigo en desventaja, hizo lo mismo. Por lo que a partir de ese día la amistad anónima culminó y ahora sabían sus identidades, por lo que la confianza había crecido de manera exponencial.

Carlos sabía que, si lograba comunicarse con él, lo ayudaría sin siquiera hacer una sola pregunta. El problema se presentaba en cómo poder comunicarse con él, y en el caso de lograr hacerlo; Edgar tendría que estar dispuesto a llevarle la información de manera personal, por su condición de incomunicación. Ahora bien, tenía una opción, pero aún no lograba concretar un plan, tenía que estar atento a la oportunidad.

- ¿Estás bien? –le preguntó César, después de un rato pues Carlos permanecía inmóvil en el catre.
- Sí, estoy bien. –le dijo, abriendo los ojos.
- ¿Te dieron malas noticias? –le preguntó él.
- No, lo que me tiene preocupado es la falta de noticias. –le confesó Carlos.
- Creo que te entiendo. El silencio suele ser desesperante, no saber es una tortura. –le dijo en solidaridad y Carlos sintió que esas palabras eran muy acertadas.
- Estoy de acuerdo contigo. –le dijo con una pequeña sonrisa de complicidad y agradecimiento.
- ¡Avendaño! –volvieron a gritar desde el pasillo y Carlos dio un salto inconsciente.
- ¿Sí? –dijo con un poco de temor, imaginando que le podían traer malas noticias relacionadas con Ángela.
- Prepárate para la evaluación médica. En diez minutos vienen por ti. –le dijo uno de los guardias y se retiró sin decir más.

Carlos recordó que el abogado le había indicado que pediría una evaluación médica por los golpes que había sufrido en la pelea con Alí; pensó que quizás esta era la oportunidad que necesitaba. Se preparó para estar atento a cualquier acceso que pudiese tener con el mundo exterior para comunicarse con Edgar y pedirle su ayuda. Sabía que era arriesgado, pero la desesperación que sentía no era comparable con nada. Tenía más miedo de perder a Ángela de manera definitiva que de ser sentenciado a cárcel o incluso a la pena de muerte.

Luego de esperar media hora, otro guardia se paró frente a las rejas de la celda y le hizo un gesto con la cabeza para que se levantara. Carlos obedeció, entonces el uniformado abrió la reja y le indicó que saliera de la celda. En esta ocasión no le colocaron esposas de nuevo, lo cual agradeció infinitamente. Supuso que era para no interferir con las marcas que podría buscar el doctor en su cuerpo. Así que caminó tranquilo y de manera inexplicable sintió una suave brisa por sus muñecas.

- Móntate allí. –le ordenó el vigilante señalando un coche patrulla.

Hacía muchos días que Carlos no salía. Sin embargo, no se resintió demasiado por la sensación de encierro hasta ese instante, pues aquello no le era ajeno porque antes solía estar encerrado en su departamento hasta que algún familiar lo sacaba del lugar o la falta de provisiones lo obligaba a salir. Esto hasta que Jagger llegó a su vida, si bien él también tenía una esencia solitaria, necesitaba salir a caminar una o dos veces al día.

Ahora para Carlos todo resultaba diferente, las calles, el sol, las personas caminando; sabía que lo que estaba cambiando no era el exterior sino algo dentro de él. Por primera vez, observaba las calles con anhelo; percibía un deseo de libertad que antes no había estado en él, seguramente porque su encierro habitual era decisión propia y no de terceros.

Después de pocos minutos, llegaron al consultorio del médico que lo evaluaría. Carlos se bajó del coche junto con su escolta y le ordenaron esperar un momento mientras el especialista se desocupaba. Él observaba con detalle el lugar dónde se encontraba, buscando una manera para comunicarse con Edgar. Veía computadoras, tabletas y teléfonos por doquier, pero no encontraba la posibilidad de acceder a ello pues su guardia no se separaba de él.

- Señor Avendaño, pase a consulta. Usted debe quedarse afuera. – le indicó al uniformado quién, aunque conocía el procedimiento no puso buena cara.

Carlos entró en el consultorio. Todo estaba conforme se esperaba, títulos, fotografías, libros, afiches de partes del cuerpo, una camilla, implementos médicos y un hombre de edad media vestido con bata blanca. Sin embargo, Carlos se fijó sobre todo en las dos computadoras que se encontraban en el escritorio: una portátil y otra de mesa, también notó el móvil del médico y el teléfono de la oficina, quizás esa sería su mejor oportunidad; debía encontrar la manera de aprovecharla.

- Señor Avendaño, por favor quítese la ropa, colóquese la bata y siéntese en la camilla. Yo ya voy con usted. –le dijo mirando intermitentemente la computadora de mesa mientras tecleaba algo.

Él hizo lo que se le ordenó. Pocos minutos después, el médico se reunió con él. Revisó sus ojos, su garganta, sus oídos y su ritmo cardíaco con especial atención. Continuó observando con detalle los golpes que le resaltaban en la piel en su rostro, espalda y costillas; seguidamente hizo algunas anotaciones y tomó algunas fotografías, indicando que eran para anexarlas al informe antes de que las lesiones mejoraran.

- Su ritmo cardíaco y tensión arterial me dice que está alterado

señor Avendaño, ¿se siente mal? –le preguntó.

- Estoy preso doctor. Claro que estoy alterado.
- Entiendo. Supongo que siente dolor por las lesiones.
- Un poco. –le confesó él.
- Le recetaré algo para que se coloque. Eso lo aliviará pronto. –le indicó.
- Gracias.

Carlos rogaba para que pasara algo que hiciera salir al doctor del consultorio, pero hasta ahora nada sucedía. Su estado alterado en realidad se debía a su deseo porque saliera del lugar para poder comunicarse con Edgar y no en realidad a lo que le había dicho al doctor; pero era imposible que le dijera la verdad.

- ¿Tiene alguna molestia? –le preguntó el médico.
- Sí, cuando respiro de manera profunda siento un pequeño dolor. –Carlos le mintió para hacer tiempo.
- A ver. Respire profundo. –le dijo dirigiendo su espéculo a la espalda.
- Allí. –le mintió de nuevo.
- No escucho nada. Vamos a revisar las costillas. Recuéstate, por favor. –le pidió.

El doctor lo auscultó detenidamente mientras él seguía pidiendo que algo lo distrajera pronto, pues no sabría qué más decirle para quitarle un poco más de tiempo. En este punto, Carlos estaba considerando explicarle al doctor la situación y apelar a su corazón para que le permitiera enviar un correo o mandar un mensaje; era algo extremadamente desesperado, pero quizás era la única opción. Sin embargo, pensó que aquello era poco factible pues seguramente no sería el primer detenido que le pidiera algo por el estilo.

Carlos sintió cómo se le agolpaba en el pecho la esperanza cuando escuchó el móvil del doctor repicar. El doctor se detuvo y se disculpó, Carlos escuchó con atención los pasos y las palabras del galeno; creyó oír que lo llamaba alguien cercano, aquello aumentaba las posibilidades de que se ausentara momentáneamente para atender con mayor privacidad. De manera esperada pero sorprendente a la vez escuchó que el doctor abría y cerraba la puerta, así que con agilidad saltó de la camilla y llegó a la portátil de dos largos pasos rápidos que dio.

Irrumpió rápidamente en el correo electrónico que el doctor tenía abierto en una de las ventanas. Carlos le escribió a Edgar las palabras breves que había pensado de manera muy planificada anteriormente. Él sabía que su amigo lo ayudaría sin chistar y haría todo lo posible por hacerle llegar la información.

- Soy Casper. Busca información del estado de salud de Ángela Ferrero Olivares. Estoy preso, búscame.

No era necesario más nada. Ni siquiera decirle que no contestara, ya que su amigo sabría interpretar que estaba escribiéndole de manera oculta ya que no era su dirección, esto le daría a entender lo necesario. Rápidamente, borró el mensaje de la bandeja de salida, colocó la computadora inactiva de nuevo y regresó a su posición. Al fin, pudo respirar tranquilo; aunque después de varios minutos notó que tanto apuro había sido en vano, pero no se arrepentía pues no era prudente correr el riesgo de que lo descubriera.

- Disculpa. –le dijo el doctor a su regreso.
- No se preocupe doctor. –le dijo Carlos sonriendo, tratando de parecer empático.
- No percibo nada fuera de lo común en tus pulmones Carlos. Si sientes algún tipo de dolor quizás sea producto de un mal

movimiento. Te mandaré también un relajante muscular para que consigas alivio.

- Muchas gracias doctor.
- Puedes vestirme, te escribiré las indicaciones. –le informó.

Finalmente, el tratante se sentó en su escritorio. Carlos se sintió un poco tenso, pues pensó que quizás podría notar algo fuera de lugar; pero no fue así, no se fijó en nada de manera particular, simplemente se concentró en escribir lo que correspondía. Carlos se vistió y se sentó frente al escritorio, expectante por lo que debía decirle el doctor.

- Vas a colocarte este gel desinflamatorio en los hematomas y donde sientas dolor intenso. Te tomarás este relajante muscular cada doce horas. Ya que estás bajo custodia tienes el derecho de que el Estado te provea el tratamiento que te estoy indicando.
- Seguiré el tratamiento al pie de la letra doctor. Le agradezco mucho su ayuda.
- Espero que puedas salir de esto bien librado. –le dijo con la única expresión clara de solidaridad que encontró en aquella oportunidad.

Carlos salió del consultorio sintiéndose triunfante por haber logrado enviar su mensaje, también sintió la adrenalina circular por todo su cuerpo. No podía evitar tener cierta sonrisa en el rostro, que le pareció un poco extraña y sospechosa al guardia, sin embargo, no dijo nada al respecto.

La conexión

Carlos regresó pronto a la celda dispuesta para él. Sus compañeros seguían allí, lo saludaron y notaron que tenía una energía totalmente diferente; pero no le dijeron nada pensando que podría arruinarle el momento. Su buen humor se debía a la esperanza que tenía de tener

información certera pronto acerca de Ángela.

Esa ilusión le hizo recordar la primera vez que notó la belleza impactante de ella. Fue una tarde, cuando María de Ángeles tocó a su puerta para preguntarle si su servicio de internet estaba activo. Carlos le indicó, que no había ningún problema con su señal, entonces ella le comunicó su preocupación debido a la dificultad que tenía para navegar en la web.

Él de manera mable y desinteresada se ofreció a ayudarla, y a la vez le comentó que él trabajaba como diseñador web y otros oficios propios de las redes. Carlos vio aquella como la oportunidad para compensar a su vecina por la ayuda que le extendió con su pequeño cachorro. Ella lo invitó a pasar a su departamento, así podría verificar el estado de su conexión.

Él no pudo evitar observar en un lugar central de una pequeña mesa, la fotografía de ella junto al hombre que algunas la acompañaba por el pasillo, ambos estaban vestidos de cierta manera muy reconocible; era obvio, que aquella fotografía era un recuerdo de su boda. La pareja lucía bastante sonriente, por lo que Carlos sintió un poco de envidia, aunque no lo confesaría. No imaginaba que estuvieran casados, pero era deducible ahora que lo pensaba mejor.

- Hay una desconfiguración en la red. Me tomará unos minutos resolverlo. –le indicó luego de verificar la conexión en la portátil.
- Perfecto. ¿Cuánto cobras por eso? –le preguntó ella.
- No tendrías que pagarme, es sólo un favor. De vecino a vecinos.
- No, pero que pena. Prefiero pagarte, es tu esfuerzo.
- Tú me ayudaste hace unos días con Jagger y no me cobraste.
- Yo no soy veterinaria. –le dijo con humor.
- Ni yo soy técnico. Además, es algo bastante sencillo. Velo como una compensación más bien.

- Vale. Gracias. ¿Quieres café? –le preguntó ella.
- No suelo tomar café. –se excusó él.
- ¿Y té?
- Un té si lo acepto.
- Excelente. Ya regreso. –le dijo mientras se dirigía a la cocina.

En poco tiempo, Carlos logró reconectar la red para sus vecinos; incluso antes de que Ángela regresara a la sala con una taza de té de frutos rojos en cada mano. Ella le ofreció un poco más de azúcar para su bebida, pero él le indicó que era suficiente con la que tenía.

- ¿Cuándo crees que pueda acceder a la web?, es que debo descargar unos archivos de mi correo urgentemente. –le explicó ella.
- Puedes hacerlo ya mismo, está listo. –le dijo él.
- ¿Qué? No lo puedo creer, llevó horas intentándolo. –le expresó ella muy sorprendida.
- Compruébalo. –le indicó Carlos.
- A ver. –ella intentó conectarse desde su móvil.
- ¿Qué tal? –le preguntó él.
- Perfecto. Muchas gracias Carlos. –le dijo ella con una sonrisa.
- No es nada. Fue sencillo, como lo fue para ti saber qué era lo que necesitaba Jagger.
- Es que a mí y a mi familia siempre nos han gustado los animales, y he tenido varias mascotas. –le explicó ella.
- Pero en este momento no tienes ninguna. –le señaló él.
- Es que a Alí no le gustan los animales para nada. Así que no puedo.
- Entiendo. Si quieres compartimos la custodia de Jagger. –le comentó Carlos con una sonrisa amplia.

- Jajajaja pues aceptaré esa propuesta. Jagger es un perro precioso.
- Y está creciendo muy rápido.
- Eso suele suceder. Uno no se da cuenta cuando pasaron de ser unos cachorros a unos monstruos. –le dijo ella con cierta nostalgia.
- ¿Puedes creer que Jagger es mi primera mascota?
- ¿De verdad? –le preguntó ella sorprendida.
- Sí. Nunca tuve una mascota antes.
- ¿Ni de niño?
- No, para nada. Es que mis padres estaban muy ocupados entre su trabajo y tratando de controlar a tres hijos. –le dijo con humor.
- Entiendo bien. Una mascota hubiese sido una carga más y ya la tenía bien difícil.
- Exactamente. ¿Recuerdas de manera especial a alguna mascota? –le preguntó él.
- Sí, cuando era niña teníamos una perra mediana de raza desconocida, toda blanca; que era completamente fiel a mí. No obedecía a nadie más, si yo le daba una orden; ni siquiera a mi padre, que la había traído al mundo y luego a la casa de la familia.
- ¿Y a qué crees que se debía eso?
- No estoy segura, yo le tenía mucho cariño y me gustaba llevarla conmigo para todos lados. Incluso me acompañaba el instituto, regresaba a casa y después iba por mí; pues estudiaba a pocos minutos de casa. Era algo de verdad adorable, no he logrado tener esa relación nunca con nadie más. Aún conservo fotografías de ella. Se llamaba Sasha.
- ¿Puedo ver alguna? –le preguntó Carlos con real interés.
- Claro que sí. Dame un momento. –le dijo y fue hacia el interior

del departamento.

Cuando ella se volteó, Carlos se atrevió a subir la mirada y observarla. Notó su cabello; era liso, rojizo y largo, le rozaba la cintura; le pareció hermoso y no supo por qué no lo había advertido antes, pero supuso que quizás las veces anteriores que la había visto lo tenía recogido. Él tuvo una sensación de vergüenza por verla con ojos carentes de indiferencia.

- Aquí está. –le extendió varias fotografías, él se percató del amor que ella emanaba desde sus ojos por su antigua mascota.
- Qué hermosa. Se nota que era muy alegre, tuviste suerte de tenerla.
- Es verdad, tuve mucha suerte; ahora tú eres quién tiene la suerte. Disfruta de la compañía de Jagger. –le sugirió ella.
- Lo haré. –le dijo él.
- Recuerdo una vez que mi padre fue al instituto a buscarme antes de la hora de salida porque me sentía mal. Nos fuimos de allí directo a una consulta médica y antes de llegar a casa papá se detuvo en una farmacia para comprar el tratamiento que me prescribió el médico. Llegamos a casa tarde y noté que Sasha no estaba allí. La buscamos por toda la casa, a mí se me olvidó por completo el malestar, de tan solo pensar que se había extraviado; estaba desesperada. Como no la conseguimos, salimos a buscarla por las calles y, finalmente, la conseguimos; estaba en la puerta del instituto esperándome. Me sentía triste de su espera, pero a la vez enternecida por la misma razón. Cuando me vio, su pequeña cara se transformó, su alegría era palpable y la mía también.
- Tenían un vínculo único. –le apuntó él.
- Sí, definitivamente único. –lo apoyó ella.
- Entiendo por qué te gustan tanto los animales.
- Lo único difícil es cuando toca despedirse de ellos. Sasha murió

anciana, cuando ya yo era casi adulta. Y fue muy duro.

- Me imagino.
- No es cosa sencilla perder a un ser que se ha amado tanto y que te ha amado con tanta devoción.

Carlos escuchaba con atención a aquella mujer, trataba de disimular su embeleso. Le pareció a partir de ese momento que Ángela era un ser de corazón puro y altruista, no pudo evitar sentirse admirado por aquella mujer; y sin querer se fijó en ella. Se dio cuenta que no era sólo su cabellera, eran también sus ojos tiernos color miel, su silueta sensual, sus labios rosados, su voz aterciopelada.

Sin duda que su corazón saltó con la intención de ser atajado por ella, pero Carlos tenía que contenerlo. Mentalmente se repetía que aquella era una mujer comprometida y, aunque no lo fuera, seguramente no habría tenido ningún tipo de oportunidad con ella. Envidiaba al hombre que podía tenerla junto a él. Secretamente se lamentó por no tener la oportunidad de acercarse a ella de una manera romántica.

- ¿Te gustaría tener una mascota ahora? –le preguntó él.
- Confieso que sí, pero no quiero tener problemas con mi esposo; y de verdad que a él no le gustan para nada. –le dijo ella con cierta vergüenza.
- Entiendo. ¿Y él a qué se dedica?
- Alí el piloto comercial. De hecho, nos conocimos así, nos vimos varias veces en viajes.
- ¿Viajas mucho?
- No, ya no; pero antes de casarme sí, por mi trabajo en ese momento. Yo soy antropóloga y antes estaba dedicada al trabajo de campo.

- ¿Antropóloga?, ¿de verdad? –le preguntó él muy sorprendido.
- Sí, ¿por qué te sorprende tanto? –a su vez le preguntó ella.
- Es que nunca había conocido a alguien que se dedicara a la antropología. Pensé que sólo existían en los canales de expedición y de historia en la televisión. –le comentó él.
- Jajajaja entiendo. Pero sí, a eso me dedicaba. Actualmente no hago trabajo de campo. Ahora hago estudios documentales solamente.
- ¿Te cansaste de viajar?
- Es que fue un acuerdo al que llegamos Alí y yo. Es la única manera cómo podemos pasar tiempo juntos, porque él debe viajar constantemente; si yo estoy también viajando sería muy difícil que coincidiéramos. –le explicó ella.
- ¿Y lo extrañas? –le preguntó él.
- Sí, lo extraño, pero entiendo que en las relaciones hay que ceder. –manifestó ella.
- Debes amarlo mucho, me parece que lo que haces es un gran sacrificio.
- En fin... -musitó ella sin saber qué decirle.
- Creo que debo ir al departamento. Jagger debe estar un poco preocupado por mí. Y tú debes trabajar–le dijo con una pequeña sonrisa nerviosa porque sintió que había comentado algo inadecuado.
- Está bien. Muchas gracias por tu ayuda. Ha sido muy valiosa. –le dijo de nuevo con una sonrisa.
- Cuando quieras. Anota mi número por si necesitas algo. –le dijo él.
- Vale.

Carlos se retiró a su departamento, alegando argumentos ciertos, pero no los que eran reales. La verdad era que prefería irse antes de que Ángela notara que él se estaba sintiendo muy atraído por ella, lo cual era inapropiado, por decir lo menos. Él se sintió un poco agobiado por las sensaciones que le produjo ese tiempo que pasó con ella, pero no las negó; pudo comprender perfectamente en ese momento que aquella mujer estimulaba sus sentidos.

A pesar de lo inapropiado de lo que sentía y de su sorpresa, Carlos no tuvo vergüenza. Al contrario, sintió cierta sensación de alegría, pues aquello nunca le había sucedido, así que desde hace tiempo se presentía a sí mismo como un espécimen extraño, sin sentimientos, sin sensaciones carnales resaltantes. Lo que le sucedía con Ángela le daba cierta tranquilidad consigo mismo.

Ahora, encerrado en una celda, lejos de ella, sin posibilidad alguna de verla o de siquiera tener una noticia de ella; añoraba los días en los que podía tocar su puerta con alguna excusa y ver sus ojos tiernos. Hablar con ella de temas trascendentales o banales con la misma pasión; simplemente porque significaba estar en contacto con ella.

Pero ahora había esperanza. Seguramente ya Edgar había leído el correo y estaría haciendo las averiguaciones correspondientes. Anhelaba que pronto encontrara la manera de hacerle llegar la información; confiaba en que, si alguien podía ayudarlo, ese era justamente él. Y tenía la certeza de ello, pues si él le solicitara algo así, Carlos no dudaría ni un segundo en poner manos a la obra.

Repentinamente, el inspector Oropeza hizo acto de presencia frente a la celda de Carlos y se quedó parado allí, en silencio, por un momento. Carlos al verlo se sorprendió un poco, pero no tuvo miedo; a pesar de que le parecía un hombre tan misterioso. Él de alguna manera percibía que era una persona

honesto, y aquello era una cualidad que él admiraba bastante.

- Inspector Oropesa. –le saludó Carlos con cierto gesto.
- Avendaño, estamos esperando el informe del doctor y la presencia de tu abogado para proceder con el interrogatorio oficial. Es decir, que eso podría ser esta tarde o mañana muy temprano, a más tardar. –le informó él.
- Entendido. Gracias por tomarse la molestia de venir a comunicármelo.
- Nos vemos. –se despidió Oropesa.
- Nos vemos le contestó Carlos.

El interrogatorio

- Hemos recibido el informe del doctor. En él se expresa que tienes fuertes lesiones, probablemente ocasionadas por golpes. Me gustaría que nos contarás que pasó exactamente esa noche Avendaño. –le dijo Oropesa, ya en el interrogatorio.
- Yo estaba en mi departamento y escuché una discusión en el departamento de lado. Al principio no le presté atención, sin embargo, la discusión iba tomando más y más energía, así que comencé a preocuparme. En un punto escuché algunos golpes y gritos, así que imaginé que Alí había agredido a Ángela; por lo que toqué la puerta de manera violenta.
- ¿A qué llama de manera violenta?
- Quiero decir que toqué muy fuerte y que desde afuera llamaba a Ángela.
- ¿Qué respuesta recibió de adentro?
- Alí me gritaba que me fuera y ella me llamaba.
- ¿Qué hizo usted?
- Seguí tocando, en un punto intenté derribar la puerta a empujones.
- La puerta no estaba forzada así que suponemos que alguien finalmente le abrió.
- En realidad, yo abrí con una llave.
- ¿Usted tenía llave del departamento? –le preguntó Oropesa suspicaz.
- Sí.
- ¿Por qué?
- Hace un tiempo Ángela me dio una llave. Ella y su esposo estarían de viaje así que me la dio por si era necesario abrir el

departamento por alguna circunstancia fuera de lo habitual. –explicó él.

- ¿Y la usó en alguna ocasión?

- No, sólo aquella noche. Antes, no.

- ¿Por qué no se la devolvió al regresar de viaje? –indagó el inspector.

- Lo intenté, pero ella me dijo que sería bueno que la tuviese por alguna emergencia.

- ¿Qué tipo de emergencia?

- No lo especificó. –contestó Carlos.

- Volvamos a la discusión. ¿Antes de abrir la puerta escuchaste la razón de la discusión?

- No, realmente no tenía la menor idea de la razón de su pelea.

- ¿En ocasiones anteriores los había escuchado discutir? –preguntó Oropesa.

- Sí, los había escuchado discutir en repetidas ocasiones.

- ¿Por qué discutían normalmente? –le preguntó.

- Como le dije no lo tengo claro. No se escuchaba tan claro como para entender lo que se decía, aunque hablaran en tono alto.

- En sus registros telefónicos, encontramos que usted le escribía constantemente a la señora Ángela, también se llamaban mutuamente. ¿Ella no le contó por qué solía discutir con su esposo? –insistió Oropesa.

- En una ocasión me comentó la razón de una discusión que tuvieron.

- Muy bien. Quisiéramos conocer esa razón. –le dijo Oropesa, con cierto tono de orden.

- ¿Es enteramente necesario? –le preguntó Carlos.

- Sí, lo es. ¿Por qué le incomoda?
- Es que fue algo que ella me contó en confidencia, pensando que yo no se lo comentaría a nadie. Siento que estaría violando su confianza.
- Señor Avendaño, creo que usted no ha comprendido la gravedad del asunto acá. Un hombre murió, fue asesinado por usted; necesitamos conocer el contexto en el que estos hechos ocurrieron. Y para eso, es fundamental conocer la dinámica que tenían el señor Alí y la señora Ángela en su relación matrimonial. Le seré sincero, de esto depende el resto de su vida. Así que le pido que colabore con nosotros. Entiendo que quiera resguardar la confianza que ella le brindó, pero le aseguro que esto es una causa mayor. Así que, por favor, cuéntenos qué le dijo ella.
- Lo mejor es que cuentes todo lo que sepas Carlos. –le confirmó su abogado.
- Ellos estuvieron discutiendo largo rato una noche, según lo que pude oír. Al día siguiente me escuchó salir cuando iba a pasear a mi perro y se me acercó, me preguntó si podía acompañarme pues necesitaba caminar un poco. Yo le dije que no había ningún problema. Entonces caminamos un rato, la noté mucho más callada de lo habitual y le pregunté que qué le sucedía. Me dijo que seguramente yo habría oído la discusión que había tenido con su esposo. Le expliqué que escuché voces un poco agitadas, pero no sabía el contenido de la discusión. Se quedó en silencio por otro rato, me dijo que no tenía muchas amistades y que quería poder tener a alguien con quien desahogarse. Por supuesto le dije que podía contarme lo que quisiera. Fue en ese momento que me confesó que discutió fuertemente con Alí porque él descubrió que

ella estaba tomando pastillas anticonceptivas, aunque él quería que ella quedara embarazada pronto. Me dijo también que no sentía que la relación estuviese consolidada como para tener un hijo. Y que esto a él le molestó muchísimo.

- Bien. Continuemos con la narración de lo ocurrido la noche del suceso principal. –le indicó Oropesa.

- Abrí la puerta entonces y me encontré con que Alí tenía tomada a Ángela por ambos brazos, insultándola a gritos y apretándola. Cuando él me escuchó entrar se volteó y la soltó de manera muy brusca. Comenzó a decirme muchas cosas que no logro recordar con claridad, me acusaba de estarme metiendo en algo que no era de mi incumbencia. Le dije que necesitaba calmarse un poco para hablar. Vi que tenía mucha ira en sus ojos y su rostro estaba completamente rojo, no paraba de gritarme. Traté de buscar a Ángela con la mirada, vi que estaba llorando y me di cuenta de que la había golpeado muy fuerte. Entonces intenté alcanzarla, pero él me interceptó cuando apenas había dado dos o tres pasos en dirección a ella. En ese momento fue cuando me golpeó. Primero en el rostro, por lo menos dos veces; yo intenté cubrirme, mientras la escuchaba a ella gritándole que se detuviera. Cómo me tapaba la cara con ambos manos, él me golpeó en repetidas oportunidades en el torso. En algún punto caí al piso por el dolor y vi que él arremetió de nuevo en contra de ella, de manera extremadamente violenta. Así que cómo pude, me levanté e intenté apartarlo. Él corrió hacia el interior del departamento, supongo que hacía alguna habitación. Yo auxilié a Ángela, ella estaba en el piso; una vez que pude levantarla vi que él nos apuntaba con un arma. Yo me puse delante de ella y traté de mediar con él. Alí no paraba de gritar que nos iba a matar a los dos.

Entonces me fui acercando hacia él, hasta que estaba a pocos centímetros; justo en ese instante me abalancé sobre él e intenté quitarle el arma. Los dos forcejamos con fuerza, incluso una bala se disparó accidentalmente en medio de la pelea. De alguna manera logré quitársela y lo apunté con ella. Le pedí que se fuera, pero me gritaba que no lo iba a hacer. Le dije a Ángela que cogiera el teléfono y llamara a la policía, cuando ella iba a tomar el teléfono el intentó correr hacia ella para impedirlo, fue entonces que le disparé.

- ¿Usted sintió que su vida y la de ella peligraban? –le preguntó Oropesa.

- Pensé que ninguno de los dos salía vivo de ese departamento. Definitivamente sí. Sentí que él nos iba a matar a los dos.

- ¿Qué pensó al dispararle?

- Yo sólo quería evitar que siguiera dañándola. –le dijo él con lágrimas en los ojos.

- ¿Qué pasó una vez que se dio cuenta de que Alí estaba muerto?

- Nunca pensé que en realidad estuviese muerto. Creí, o quise creer, que estaba inconsciente. Corrí hacia Ángela y la sostuve, llamé a la policía y me quedé con ella, protegiéndola. Estaba ya inconsciente. Y luego llegaron.

- ¿Se arrepiente de haber disparado? –le preguntó él.

- No.

- ¿Por qué no?

- Porque quizás si no lo hubiese hecho ella estaría muerta y seguramente yo también.

- ¿Crees que él se lo merecía? –le inquirió el inspector.

- No soy quién para decidir eso. –le dijo con sinceridad.

- ¿Lo haría de nuevo?

- Hubiese querido poder hacer algo mejor para evitar lo que le hizo a ella., sin haber tenido que matarlo.
- Pero ¿lo haría de nuevo? –insistió.
- En las mismas circunstancias, sí. –le respondió Carlos con sinceridad.
- ¿Qué tipo de relación tiene con Ángela?
- Somos amigos.
- ¿Solamente?
- Sí.
- ¿Está interesado en ser algo más que su amigo? –le preguntó a Carlos.
- Ella es una mujer casada.
- Su esposo acaba de morir.
- Sí, pero... -Carlos dijo contrariado.
- ¿Usted se siente atraído por ella? –lo interrumpió el policía.
- Sí. –le confesó él.
- ¿Tuvieron una relación amorosa?
- No. –le dijo con seguridad.
- ¿El esposo de ella sabía que te atraía?
- No lo creo.
- ¿Usted se lo dijo a ella?
- Ella se dio cuenta y yo se lo confirmé. Unos días antes de lo que pasó. Ella me pidió que me alejara.
- ¿Y cómo lo hizo sentir?
- Un poco frustrado y triste, pero entendí que era lo mejor para todos.
- ¿Ustedes tuvieron alguna vez algún acercamiento más allá de la amistad?, ¿un beso, un encuentro, algo así? –le preguntó él sin

incomodarse.

- Nos besamos una vez. Por eso me pidió que me alejara de ella.
- ¿Ustedes discutieron?
- No. Nunca discutimos.
- ¿El esposo supo de lo sucedido entre ustedes dos?
- No lo creo. –le dijo Carlos.
- Después que ella le pidió que se alejara, ¿volvieron a verse o a escribirse? –le preguntó él.
- Nos vimos en algunas ocasiones en los pasillos del edificio y en el ascensor, pero no hablamos. Sin embargo, si nos estuvimos escribiendo.
- ¿El señor Alí lo acusó de tener una relación con su esposa durante la discusión?
- Sí, me gritaba que me estaba acostando con ella.
- ¿Era cierto?
- No.
- ¿Por qué él pensaba eso entonces?
- No tengo idea. –le dijo él un poco irritado.
- ¿Cree que ella también se siente atraída por usted?
- Pienso que no.
- ¿Por qué no?
- Porque nunca me dio a entender lo contrario. Siempre fue muy respetuosa a su matrimonio.
- Si era así, ¿cómo se besaron? –le inquirió Oropesa, mirándolo fijamente a los ojos.
- No creo que eso sea necesario para el caso.
- Está bien. –le dijo Oropesa sintiendo el peso de la mirada de Torres en su hombro derecho.

- ¿Hay algo más que necesite saber, inspector? –le preguntó Torres.
- ¿Hay algo más que crea que debemos saber Avendaño? –le preguntó Oropesa a Carlos.
- A pesar de lo que siento por Ángela yo nunca quise que le sucediera nada a Alí; y mucho menos quise dispararle. Inspector, yo ni siquiera había tomado un arma alguna vez. –le dijo un poco nervioso.
- ¿Ángela podría verificar su relato? –le preguntó el inspector.
- Sí, por supuesto. ¿Qué sabe de ella? –le preguntó Carlos con mucho interés y sobresalto.
- No mucho. –contestó y se retiró sin decir más.

Carlos quedó en el asiento por unos momentos, desilusionado por la falta de información. Nadie le decía nada de ella y si insistía, seguramente le dirían que no estaban en la obligación de informarle nada respecto a ella pues ellos no estaban relacionados de ninguna manera. Lo cual era cierto desde un punto de vista formal; sin embargo, él sentía que ella era la persona más cercana a él, la única que había dejado entrar a su vida de una manera tan especial.

Un guardia escoltó a Carlos de regreso a su celda. Si bien, su peor temor era que Ángela estuviera en estado de gravidez o algo peor; también había una sensación de vacío que crecía en su pecho. Era probable que nunca más en su vida volviera a salir del encierro.

El beso

Esa noche no pudo dormir nada. Muchos pensamientos asaltaban su mente. La mayoría de esos pensamientos eran preguntas de las cuales no tenía respuesta. ¿Qué pasaría ahora con él?, ¿podría ver pronto a Ángela?, ¿ella lo culparía por lo ocurrido?, ¿qué pensaría su familia cuando conociera las condiciones de su arresto?, ¿cómo podría explicarles lo que había sucedido?

No era posible para él encontrar sosiego, ni muchísimo menos la tranquilidad que le permitiera descansar un poco. Toda la situación lo sobrepasaba por completo. También pensaba en lo insospechado que era el destino, pues nadie que lo conociera diría que sería capaz de asesinar a alguien alguna vez; y si le preguntaban a su hermano, incluso hasta se reiría por creer que aquello sería un chiste de mal gusto. Él tampoco lo creyó posible, pero sí sabía que habría hecho cualquier cosa para defenderla a ella. Esa realidad era mucho más fuerte que todas las demás realidades de su vida juntas.

Quizás se había equivocado en alejarse de Ángela cuando ella se lo solicitó. Todo comenzó por un día cuando Carlos tomó la correa de Jagger y se la colocó en señal de que irían de paseo, él lucía contento por la llegada de su paseo matutino. Salieron del departamento juntos, Carlos tocó la puerta del departamento de Ángela, pues sabía que Allí estaba de viaje como era usual, de lo contrario no hubiese ido; tenía la sensación de que no le caía bien, y ella no se lo aclaraba.

- Buenos días. –le dijo Carlos con una sonrisa.
- Hola, Carlos. ¿Ya vas a pasear a Jagger?
- Sí, ¿quieres venir conmigo? Podemos tomar un café o desayunar

por allí, si gustas.

- Me encantaría. Pasa, dame un momento para cambiarme.

Ellos no pocas veces solían ir a pasear juntos a Jagger, cuando el esposo de ella no estaba en la ciudad. A ella le gustaba hacerlo, pues sentía que pasaba demasiado tiempo en casa; lo cual era cierto. Así que aquellas caminatas eran una distracción bienvenida, la ayudaban a aclarar su mente y podía continuar con su trabajo mejor, más relajada. Actualmente trabajaba en un libro que recogía algunas de sus experiencias en sus viajes por el mundo.

Carlos pensaba que era irónico que una persona que había conocido tanto ahora estuviera confinada en un departamento. Sin embargo, nunca se lo dijo. No tenía sentido que lo hiciera, pues seguramente a ella le parecería una intromisión innecesaria en su vida y él no podía criticar lo que durante toda su vida había hecho, preferir las paredes antes que los árboles, los mares, los desiertos o las aventuras en general.

Aquella mañana caminaron con paso lento por las calles de la ciudad. Jagger olía los todo a su paso, alzaba la cabeza para observar la zona; mientras que Carlos y Ángela conversaban. En esa ocasión, ella le contaba de su viaje por una zona recóndita de África, donde habían encontrado vestigios de una civilización prehistórica que le había interesado mucho.

- Encontramos algunas vasijas y armas muy interesantes. Todo indicaba que estaban bastante avanzados en relación con el resto de sus vecinos de la zona. –le decía ella, mientras que Carlos la escuchaba intentado disimular el éxtasis que le provocaba oír sus palabras.

Entraron en una cafetería para tomar su desayuno. Ella pidió café expreso como acompañamientos y él solicitó zumo de naranja. A ella le seguía sorprendiendo que él no tomara nunca café, a pesar de que lo sabía

desde ya hacía un tiempo. Mientras la observaba, él tenía la certeza de que estaba perdidamente enamorado de ella, y que no podría tenerla; pero se conformaba con lo que tenía, una amistad cercana. Él no podía pedir más.

Después de un paseo más largo de lo habitual, caminaron de regreso al edificio; riendo, hablando, disfrutando del clima que aquella mañana estaba muy agradable. Al llegar a la puerta del departamento de Ángela, Carlos se acercó a ella para despedirse con un beso en la mejilla como hacía usualmente. Sin embargo, algo dentro de él mismo lo traicionó sin que él pudiera prevenirlo.

Sin darse cuenta, sin pensarlo, sin saber por qué, en vez de besarla en la mejilla; sus labios buscaron los labios de ella. Por unos instantes sus bocas se juntaron, Carlos pudo sentir el aroma de su aliento y la tibieza de su cuerpo. Aquel contacto celestial duró muy poco, pues ella reaccionó retrocediendo y lo miró muy sorprendida. Carlos no supo qué decir, entendía la gravedad de lo que acababa de suceder.

- No podemos vernos más. –le dijo ella visiblemente perturbada.
- María, perdón. Yo no... -intentó decirle, pero ella abrió la puerta de su piso y entró antes de que él terminara de disculparse.

Carlos se quedó impávido frente a su puerta, sin saber qué hacer. Necesitaba pedirle disculpas, él no había planeado lo que sucedió. Sus sentimientos lo habían traicionado. Quiso llamarla para intentar aclarar las cosas, no podía siquiera imaginar no poder verla más; necesitaba saber que podrían continuar como hasta ahora. Pero no la llamó, supo que posiblemente en ese momento no lo escucharía, aunque fuera difícil tendría que esperar.

Él entró a su departamento, seguido por Jagger. Se sentó en el sofá y colocó su cara entre sus manos, como quien no puede creer lo que acababa de suceder, como quien intenta despertar de un sueño inesperado. Luego pasó

las manos por su cabello e intentaba pensar en qué podría hacer para excusarse con ella por su gran error. Entonces cerró los ojos y volvió a sentir la suavidad de los labios de ella, su sabor, su temperatura; su corazón se aceleró, sus sentidos se alarmaron, su respiración se volvió irregular y la podía sentir como su sangre corría desaforada por todo su cuerpo.

¿Cómo podría decirle que lo sentía cuando todo su ser estaba convencido de que aquel pequeño beso era lo mejor que le había pasado? No serían unas disculpas sinceras, pero él necesitaba con urgencia que ella dimitiera en su petición de no verse más. Él no pensaba que podría tenerla a su lado de un modo romántico, simplemente quería poder tener la dicha de por lo menos hablar con ella, verla, compartir algunos momentos; pero por cómo veía las cosas en ese momento, lo había arruinado todo.

- Avendaño, tienes visita. –le dijo el guardia justo después del amanecer, sacándolo de sus recuerdos.

Carlos supuso que se trataba de una visita de su abogado. No fue poca su sorpresa cuando reconoció a su madre. Ella se levantó al verlo, desde lejos él podía observar que tenía los ojos impregnados de lágrimas. Por primera vez, desde que estaba en ese lugar, sintió real vergüenza por hacer pasar a su madre por la penosa situación de ir a verlo encerrado. Sintió que algo en su corazón se encogió.

- Hola mamá. –le dijo con un tono de voz que se asemejaba a la de un niño cuando ha cometido un error.

- Carlos. –le dijo ella, abrazándolo muy fuerte.

- ¿Estás bien? –le preguntó él.

- ¿Yo? Hijo, pero si tú eres el que está preso. Necesito que me expliques qué pasó. Tú no matarías a nadie. No entiendo qué está pasando.

- Mamá de verdad lamento tanto darte este disgusto. –le dijo él con un nudo en la garganta.
- No estoy molesta hijos, quiero saber qué pasa. –le dijo ella acariciando su mejilla.
- Es algo confuso. Escuché que mis vecinos discutían, él la golpeó, yo intenté protegerla; entonces él sacó un arma, forcejamos, logré quitársela y le disparé cuando intentaba volver a agredirla. –le contó rápidamente.
- ¿Lo hiciste para proteger a una mujer?
- Sí.
- ¿Es tu vecina?
- Sí. Y estoy enamorado de ella. –le confesó él mirándola a los ojos.
- ¿El esposo lo sabía y por eso la agredió?
- No lo sé. –le dijo bajando la mirada.
- ¿Dónde está ella?
- Está en algún hospital, estaba muy mal herida cuando la fueron a auxiliar. No me han querido decir nada acerca de su estado de salud. –le manifestó con tristeza.
- ¿Qué te ha dicho el abogado? –le preguntó su madre con preocupación.
- Me dice que alegaremos defensa legítima.
- ¿Por eso estas golpeado?, ¿él te agredió?
- Sí, fue él.
- Hijo dime la verdad. ¿Ella le era infiel contigo y por eso estaba molesto?
- No mamá, te juro que ella y yo no teníamos nada. Yo la amo, pero siempre respeté que estaba casada.

- Tú no eres un hombre violento hijo, no puedo creer que tengas que estar aquí. Que te haya pasado esto.
- ¿Cómo está papá?
- Está muy preocupado. Está contactando a algunos conocidos para que le den detalles de tu caso. ¿Por qué no lo llamaste a él inmediatamente?
- No lo sé mamá, creo que sentí mucha vergüenza como para llamarlo.
- Somos tus padres, nosotros te vamos a apoyar en esto y en todo. –le dijo ella tomando su mano.
- Gracias mamá. –le dijo él, abrazándola.

Carlos no pudo evitar llorar y su madre tampoco. Aquella situación era quizás la más complicada que había atravesado como familia. Ciertamente habían tenido problemas con Carlos, pero debido a su personalidad aislada y solitaria, jamás porque fuera violento o de conducta reprochable.

Sus padres lo llevaron a psicólogos cuando él era un adolescente, porque no veían que él tuviera los mismos intereses de sus hermanos; es decir, amigos, fiestas, relaciones, ni nada por el estilo. Lo de él eran las computadoras, los videojuegos, los móviles y su habitación. Sin embargo, el especialista les dijo que no había nada malo en él, que quizás era una fase que superaría con el tiempo, que no tenía de qué preocuparse. Así que lo dejaron tranquilo, no así sus hermanos que siempre intentaban sacarlo de su habitación; a veces en vano, pero en ocasiones lo lograban.

Su hermana era quien tenía más poder de convencimiento sobre él. Era su hermana pequeña, aunque en realidad eran contemporáneos, sólo le llevaba dos años, los mismos que le llevaba Ángel a él; entonces, él tenía cierta debilidad por ella, así que Alicia lo usaba a su favor. La mayor cantidad

de veces que Carlos salió de casa y compartió con otros adolescentes, fue gracias a Alicia y sus competencias de ciclismo.

A ella le gustaba que toda su familia asistiera a sus eventos. Eso era en parte porque se sentía apoyada, y en parte porque la primera vez que todos estaban en una competencia, ella ganó; por lo que su familia era para Alicia como su amuleto para la buena suerte. Aún estaba convencida que no pudo ganar la medalla de oro en las olimpiadas porque su familia no asistió.

Gracias a ella, Carlos tenía por lo menos algún tipo de acercamiento social con algunos pares. Incluso, las personas que la conocía a ella lo respetaban ya que sabía que, si no eran amables con él, se las verían con ella; lo cual no era muy alentador. A pesar de su figura femenina, en su entorno sabían que era muy fuerte. Había quedado claro cuando en una ocasión un chico del instituto empujó a su hermano, tirándolo en un charco y ella respondió dándole un puñetazo en la nariz, al punto que lo hizo sangrar. Definitivamente, si de alguien creería su familia que tendría problemas por violencia, no sería Carlos.

- Vas a estar bien hijo. Te vamos a ayudar, te vamos a apoyar. –le dijo ella secando sus lágrimas.
- Gracias mamá. Tenía miedo de avergonzarlos.
- Tú querías defenderla, más bien nos sentiremos orgulloso. Has resguardado los valores que te enseñamos en casa.
- La verdad preferiría que no me visitaran. –le dijo con cierta timidez.
- No se te ocurra decir eso hijo. Somos familia y para eso estamos. –le dijo ella con autoritarismo.
- Ustedes no se merecen pasar por esto.
- Quien no se merece esto eres tú Carlos, pero no estarás solo.

- Salúdame a los demás. Diles que los extraño. Por favor explícales, no quiero que piensen mal de mí.
- Lo haré hijo. Todos entenderán que hiciste lo que tenías que hacer y también te apoyarán.

La memoria

- Avendaño, tienes visita. –le dijo otro guardia, cuando apenas había regresado a su celda luego de ver a su madre.
- ¿Seguro? –le preguntó él con impresión, pues su madre ya debía

haberse retirado.

- ¿Crees que soy tonto? Tu hermano está esperándote.
- No, para nada. Yo no dije eso. –le dijo Carlos.
- Camina entonces. –le dijo el uniformado con autoridad.
- Está bien. –respondió Carlos con pasividad.

Carlos le hizo caso al hombre que lo conducía de nuevo al área de visitas, mientras él pensaba que era realmente un caso inusitado que su hermano estuviera acá para verlo; entonces, pensó que en realidad estaban en un error, pues acaba de dejar a su madre, o; más bien, ella acababa de dejarlo allí; pues era él quien estaba preso y ella podía moverse adonde gustara. Tenía intenciones de decirle algo al guardia, pero aquel tenía una actitud muy formal, así que imaginó que no le respondería.

Al entrar de nuevo al lugar, vio sentado a un hombre que no era su hermano, pero que lo miró con insistencia. Carlos lo supo entonces, ese hombre allí era Edgar, quien seguramente habría dicho que era su hermano para poder ir a verlo. Al instante su corazón saltó en su pecho, sabía que si él estaba allí y era quien creía que era, le traería noticias de Ángela.

El hombre era rubio, alto, delgado, desgarbado, de anteojos gruesos y un poco desaliñado; su pinta lo delataba, debía ser él. Antes de sentarse frente a él, lo miró con cierta complicidad que él le devolvió. Curiosamente, Edgar era exactamente cómo lo había estado imaginando por mucho tiempo. El visitante lo recibió con un abrazo que a Carlos le pareció un poco extraño, pero cayó en cuenta que estaba actuando cómo se supone que lo haría un hermano. Pronto los dejaron a solas, aunque al lado de la puerta permanecía un guardia.

- Edgar. –le dijo Carlos en forma de saludo.
- Carlos. –le respondió él de la misma forma.

- Veo que recibiste mi correo, no sabes cuánto te agradezco que estés aquí. Eres la única persona con la que puedo contar en estos momentos.
- Me alegra que me tengas en tan alta estima. Claro que puedes contar conmigo.
- ¿Pudiste obtener la información que te pedí? –le preguntó Carlos muy ansioso por conocer noticias.
- Sí, en realidad fue muy sencillo. Los institutos médicos no suelen tener una seguridad muy restringida en sus sistemas.
- Dime todo lo que pudiste obtener por favor.
- Ella en estos momentos se encuentra en estado de coma inducido. Sus lesiones fueron muy graves, así que los especialistas tomaron la decisión de mantenerla inconsciente para favorecer el proceso de recuperación. Sin embargo, está estable; por lo que entiendo, es cuestión de tiempo para que mejore y le suspendan las drogas que la mantienen en ese estado. –le explicó él con detenimiento.
- Pero ¿en lo que leíste lo dice?, ¿dice que se va a recuperar? –le preguntó con un poco de desesperación.
- No con esas palabras, pero según lo que entiendo será así. Mis padres son médicos Carlos, así que conozco sus términos. Puedes estar tranquilo, su estado en estos momentos es muy delicado, pero tiene buenas expectativas. ¿Vale? –le dijo intentado calmarlo, ya que podía percibir su estado alterado.
- Está bien. –le dijo tratando de respirar profundo.
- ¿Cómo estás tú? –le preguntó Edgar.
- Pues, ahora te aseguro que estoy muchísimo mejor. Ella es lo que más me preocupa. Yo estaré bien. Supongo que tendré que

enfrentar las consecuencias de lo sucedido, pero las circunstancias me llevaron a esto.

- Yo soy muy discreto, tío. Y no suelo hacer muchas preguntas, pero me parece que estas metido en algo grueso.
- Entiendo si quieres saber que sucede, es comprensible; pues me ayudaste.

Carlos le narró lo ocurrido aquella noche, le habló de sus sentimientos por ella y de su resignación por no tenerla; mientras Edgar lo escuchaba con atención, él lo comprendió y no se lamentó de haberlo ayudado. Además, estuvo de acuerdo en colaborar en lo que fuera necesario para llevarle información acerca de ella u otro tipo de información que fuera de su beneficio.

- De verdad lamento que estés pasando por esta situación, tío. A pesar de que no nos habíamos encontrado personalmente yo te tengo en alta estima.
- Y yo a ti, tío. Me siento muy agradecido por lo que has hecho por mí.

- Yo sé lo que es que la vida te la juegue. Hace algunos años conocí a una chica, era hermosa, inteligente, interesante, sensual. Un sueño hecho realidad. Estaba reunido con un reconocido hacker, cuando alguien cómo él te pide una reunión, tú asistes; en medio de la conversación estaba a punto de rechazarlo; pero ella se encontró con nosotros. A partir de ese día estuvimos juntos, pensé que ella me escogió a mí. Aparentó estar enamorada, hacia lo que fuera por ella. Así que sin darme cuenta estaba haciendo trabajos para ella y para el grupo al que pertenecía. Entrando a servidores, diseñando malware, consiguiendo información. Una vez que todo el asunto reventó fui yo quien caí. Ella y todo su equipo se esfumaron, como si nunca hubiesen existido. Me cargaron con toda la responsabilidad. Estuve un tiempo detenido, sin embargo, no pudieron comprobarme mucho. Afortunadamente había borrado mis huellas lo mejor posible. Estuve preso unos quince meses. Sé que es distinta tu situación, sin embargo, yo sé lo que es estar dispuesto a darlo todo por alguien, sin importar nada en lo absoluto.

- Me sorprende que me cuenten esto. Siempre te he considerado como la persona más discreta, incluso aún más que yo. –le manifestó Carlos con mucha impresión.

- Lo sé. Para mí la información es poder, y no quiero que los demás tengan poder sobre mí. Pero tampoco me interesa tener poder sobre ciertas personas, como tú; a quien considero mi amigo. Como sé tantas cosas acerca de ti, debido a esta situación, la manera de equilibrar las cosas es ésta; compartiendo parte de mi información contigo. –le explicó Edgar.

- Lo entiendo. Te lo agradezco. Te aseguro que puedes confiar en mí; antes estaba seguro de que podía confiar en ti, pero en este

momento tengo la completa certeza de que lo puedo hacer. Y eso me hace sentir aliviado. Siento que de verdad cuento con alguien. Eso, en estas circunstancias es fundamental.

- Lo sé. Puedes contar conmigo para lo que necesites. Quisiera que me dieras el nombre del esposo de Ángela, y cualquier otro dato que sepas de él.

- ¿Para qué crees que eso sea necesario? –le preguntó Carlos.

- Creo que sería útil conseguir toda la información posible de él, quizás encontremos algo que pueda ayudarte.

- Él es la víctima, no sé de verdad si de algo sirva.

- Él no es la víctima si dejó a esa mujer así. Y no puedes dejar que aquí lo definan así, ni mucho menos puedes dejar que se te metan en la cabeza para hacerte creer que lo que hiciste estuvo mal. Es muy probable que, si tú no hubieses llegado, él la habría asesinado. Piensa en eso. –le indicó Edgar.

- Ni siquiera tengo voluntad para poder pensar en algo tan terrible.

- Pero es justamente lo que con seguridad habría sucedido, así que siéntete tranquilo. Es normal que no te sientas orgulloso por haberle quitado la vida a un ser humano, pero no eres culpable. Aquí la única víctima es ella.

- Su nombre era Alí Ignacio Contreras Colmenares, trabajaba como piloto comercial, viajaba muchísimo; tenía un humor terrible. En realidad, es todo lo que te puedo decir, porque no sé más hasta dónde puedo recordar.

- Está bien. Es bueno que intentes hacer memoria, por si encuentras allí algo más. Yo me comprometo a hacer lo que pueda con esa información y a venir de manera regular para informarte, o

me digas si recordaste algo más. –le dijo Edgar.

- No sabes cuánto te agradezco todo esto. Nunca pensé en estar en una situación como esta. –se lamentó Carlos.

- Vamos a ocuparnos. Dame también los datos de tu abogado y los de las personas que están llevando tu caso.

- ¿No crees que eso es muy peligroso? –le preguntó Carlos un tanto impresionado por la petición de su amigo.

- Sí, lo es. Pero como te dije, la información es poder. No sabemos si algo de lo que podamos saber, termine sacándote de aquí. Hoy es cuando tenemos que hacer todos los esfuerzos necesarios.

Carlos le dijo todo lo que sabía acerca de su abogado y sobre Oropesa. Realmente la información no era tanta, pero era un comienzo. A Carlos le impresionaba no sólo la valentía que demostraba Edgar al estar dispuesto a inmiscuirse en una situación tan terrible cómo ésta; sino que también por la habilidad que demostraba al memorizar todo lo que le estaba diciendo.

Edgar desde que era un crío prefería ejercitar su mente en la memorización. Desde aquella época, él demostraba una fascinación muy peculiar por almacenar información en su cerebro, sentía que, al tener las cosas guardadas en su memoria, nadie se las podía quitar. Se aprendía los números telefónicos de sus familiares, amigos, conocidos y en muchas ocasiones también de desconocidos; sus nombres completos, sus relaciones familiares, sus direcciones, sus calificaciones y muchísimas situaciones más. Sin embargo, en muy pocas ocasiones él compartía esa información, la guardada para él. Tenía la sospecha de que a los demás no les agradaría demasiado que alguien tuviera a la mano sus datos.

- Carla Higuera no ha venido más a clases. Tenemos que llamar a

sus familiares para saber que ocurre. –le dijo en una profesora a la directora de la institución, mientras que Edgar siendo un pequeño la escuchó, ya que estaba en la oficina de la directora, por tercera vez en esa semana.

- Está bien. Su número telefónico está en sus archivos. –le indicó la directora.
- No está. –le dijo la profesora unos minutos después.
- ¿La buscó por el apellido? –le preguntó la directora.
- Sí, la busqué por Higuera. –le confirmó ella.
- Es extraño, debería estar allí.
- Carla Higuera tiene una hermana en tercer grado. –les indicó Edgar aburrido de la discusión que se presentaría en ese momento frente a él.

A las docentes les pareció un poco particular que él supiera eso, sin embargo, no le dieron importancia, pues podría simplemente casual. Pero en una ocasión, cuando contaba con trece años, su profesora favorita dejó de asistir por más de una semana y Edgar se sintió tentado a llamarla, pues se sentía auténticamente preocupado. No pensó demasiado en las consecuencias y la llamó.

Al principio ella sonó bastante sorprendida por la llamada. Le comentó que tenía una infección en la garganta que le había impedido ir a trabajar, pero que no era nada grave así que pronto retornaría al instituto. Edgar se sintió tranquilo y le deseo pronta mejoría. No fue sino hasta la siguiente semana, cuando ella regresó e intentó descubrir cómo un estudiante había obtenido su número personal.

Como no daba con la razón, se lo informó a la directora; quien citó al adolescente para interrogarlo al respecto. Sin embargo, la explicación que él

le concedió no la satisfizo. Le dijo que hacía cuatro años, había escuchado a la profesora dictándole su número a un colega y él lo había memorizado.

- Edgar eso que me dices es imposible. Si escuchaste su número y no lo anotaste, no podrías recordarlo después de tanto tiempo. Te recomiendo que nos digas la verdad. –le advirtió la directora.
- Les he dicho ya la verdad. –insistió él.

A partir de ese momento, tanto la directora como el resto del cuerpo docente del instituto, tuvo a Edgar en la mira de su atención; tras sospechar que de alguna manera estaba entrando sin permiso a las oficinas administrativas y tomando información. Fue una situación que nunca olvidaron.

En ocasiones como esta, Edgar comprobó que las personas se sentían tremendamente intimidadas ante la posibilidad que otro conociera su información. Pero no fue algo que dejó de hacer con él tiempo, simplemente ya no solía compartir esa información con cualquiera; ni hacía uso de ella, a menos que supiera que las personas no sabrían que él la poseía.

Una verdad restringida

Carlos se sentía solo, los otros que habían compartido con él la celda, ya habían sido trasladados a la penitenciaría, para esperar que se llevara a cabo su juicio. Sentía pena por ellos y por su suerte. Cuando cada uno se fue, le desearon lo mejor en su situación, se sintieron cercanos a pesar de los problemas que atravesaban. Pero la sensación más intensa que tenía era la de temor, pues sospechaba que su soledad duraría poco y no sabía qué clase de personas traerían para compartir el espacio con él ahora. De nuevo, sintió miedo por su integridad física. Pensaba que no estaba hecho para la confrontación y, por lo tanto, para este tipo de escenarios.

- Avendaño, tu abogado está aquí y quiere verte ya. -le informó con voz alta y clara uno de los guardias más rígidos.

Él se sobresaltó un poco, pues seguramente traía noticias acerca de su proceso judicial; sin embargo, esto no quería decir que fueran buenas, había una gran probabilidad de que no lo fueran. Así que emprendió su caminata por el pasillo con parsimonia, el corazón levemente acelerado y el estómago con un nudo. Aunque con respecto a la sensación que tenía en el estómago, realmente desconocía si era producto de los nervios del momento o de la factura que le pasaba su organismo por los alimentos que debían consumir estando en aquel lugar.

- Hola Danilo. ¿Cómo estás? –le habló Carlos con mucha más familiaridad que antes, algo que le había recomendado uno de sus ex compañeros de celda; pues si lo sentía lejano su causa sería menos personal, por lo que pondrían menos empeño en ella, según le había explicado; y creyó conveniente tomarlo en cuenta.
- Bien, Carlos. ¿Cómo te encuentras tú?
- Estoy bien, a pesar de las circunstancias. –le contestó él.
- Supe que vinieron a verte tu mamá y tu hermano, debió ser una situación muy difícil para ti y también para ellos. ¿Está todo bien? – le insistió un poco preocupado.
- Sí, todo bien. Recibí palabras de aliento y me brindaron todo su apoyo; eso me tiene un poco menos intranquilo ahora. ¿Sabes algo de Ángela?, ¿has podido averiguar algo? –le preguntó Carlos, con el propósito de comprobar su lealtad más que por realmente tener información debido a que Edgar ya lo había puesto al tanto de su condición de salud.
- Pues bien, tengo alguna información acerca de ella. Sin embargo, no sé si es apropiado compartirla contigo, si te soy

completamente honesto.

- ¿Por qué? –le preguntó Carlos con cierta desconfianza.
- Porque quizás puedas sentirte afligido, y en tus circunstancias es algo que no te va a convenir. Tienes que preocuparte ahora por ti, antes que por cualquier otra cosa en el mundo.
- Danilo, entiendo lo que me dices; pero es algo ilógico, si estoy aquí es porque estoy dispuesto a dar la vida por esa mujer, si eso fuese necesario. Así que lo mínimo que necesito es tener información acerca de su estado. –le dijo él con gran convicción en sus palabras.
- Está bien. Ángela está delicada de salud. Se encuentra en estado de coma inducido, pues sus lesiones son bastante fuertes. El cuerpo médico que la está tratando decidió que esa era la mejor manera para tratarla. Hay avances, así que se espera que en poco tiempo esté recuperada. Y la verdad esa es tú mejor opción, esperar que ella se recupere rápido para que pueda declarar; y que su historia coincida con la tuya.
- Eso es lo que menos me preocupa Danilo. Yo lo que de verdad deseo es que ella esté bien. –le manifestó con un poco de tranquilidad, al saber que su abogado le hablaba con verdad.
- Lo entiendo Carlos, pero por favor necesito que te concentres en esto. No puedo trabajar solo para obtener tu libertad; tienes que esforzarte junto conmigo. ¿Lo comprendes? –le manifestó el abogado.
- Lo hago, pero es muy difícil para mí cuando lo que estoy pensando es en su bienestar. Si tuviese que quedarme preso aquí para que ella estuviera perfectamente bien, lo haría.
- No digas eso Carlos. Podemos hacer que las cosas funcionen

bien para ambos. Pero te repito, debes trabajar conmigo en pro de esa meta. Tienes que desear tanto tu libertad como tus seres queridos, piensa en ellos. –le insistió el abogado.

- Está bien. Haré todo lo que esté a mi alcance. –prometió Carlos.

- Me alegra escuchar eso porque te tengo una muy buena noticia. –le dijo Torres con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

- Te escucho. –le dijo él.

- Vas a salir bajo palabra, mientras se estudia tu caso y se realiza el juicio. No vas a estar bajo custodia. Eso gracias a que no tienes ningún tipo de historial de violencia. Vengo a traer la orden del juez para que te puedas ir a casa durante este proceso.

- Eso es maravilloso de verdad. –Carlos se sintió llenó de alegría, no recordaba cuándo se había sentido así antes en su vida; podría ir a ver con sus propios ojos a Ángela, y eso hacía que todo por lo que había estado pasando valiera la pena.

- Pero hay algo que debes tener muy en cuenta y creo que no te va a gustar. –le dijo él con cierta vergüenza.

- ¿Qué sucede? –le preguntó Carlos con un poco de temor.

- Tienes una orden de restricción. No puedes intentar ver o hablar con Ángela.

- ¿Por qué? –Carlos sintió que había recibido un golpe seco en el pecho con las palabras que Torres acababa de pronunciar.

- Ella es una pieza crucial en tu caso. La fiscalía quiere asegurarse de que no entre en contacto con ella. Ellos alegan que podrías amenazarla o tratar de disuadirla de alguna manera para que su testimonio coincida con el tuyo. Por lo cual, se acepta que salgas bajo fianza con la condición de que no tengas ningún tipo de contacto con ella. Además, es bueno que sepas que, si haces caso

omiso a esta restricción, tu caso se vería muy perjudicado; pues se pondría en duda todo aquello que ella podría aportar, en el momento que esté consciente. –le advirtió con aprensión.

- No lo puedo creer. –dijo Carlos, sintiendo que toda la alegría que había sentido se esfumaba, llevándose consigo su alma.

- Carlos, piénsalo bien. Cuando todo esto termine podrás hablar con ella todo lo que desees.

- Ella me necesita ahora. –dijo Carlos con la mirada en el piso.

- Los médicos están cuidándola muy bien, te lo aseguro. –trató de consolarlo el abogado.

- Sí, pero no es lo mismo que alguien que la quiera la cuide. Su familia no está aquí. Ellos viven lejos.

- Es cierto, pero no puedes hacer nada por ahora. Por favor, tenlo en cuenta. –le dijo Torres, como si estuviera rogándole.

- No sé qué decirte.

- Es tu libertad, es tu vida. –le advirtió él.

Carlos se quedó en silencio. No lograba exponer sus ideas, igualmente pensaba que no valía la pena ni siquiera intentarlo, pues no era una situación abierta a negociación. Había sido el resultado de una orden judicial, él no estaba en capacidad de negarse, abiertamente. El abogado al observar su sobrecogimiento se retiró y le indicó que se preparara para salir en las próximas horas; además, le indicó que su padre estaría esperándolo para llevarlo a su departamento.

Por el momento, mientras se realizaban los procesos administrativos correspondientes; Carlos fue llevado de vuelta a la celda. Realmente no tenía mucho que recoger allí, a excepción de unas pocas mudas de ropa que su madre le había llevado en su visita. Sentía que algo estaba muy mal dentro de sí. Su corazón no tenía un ritmo usual ni mucho menos coherente, por

momentos pensaba que se iba a salir de su pecho o que rompería sus costillas por los fuertes golpes que les daba desde adentro. Pero en otros momentos, sentía que se le iba apagando hasta el punto de pensar que quizás había cesado de bombear sangre y que en cualquier instante caería desmayado; así que él se lo buscaba en el pecho, con los ojos cerrados, intentando recuperarlo; entonces volvía con intensidad avasallante.

Él se sentó en la pequeña cama donde había dormido, o más bien pasado las noches en vela, durante aquellos interminables días y observó con detalle el lugar. La verdad era que no sentía ningún apego con aquel sitio, pero tampoco había tenido la sensación de estar realmente allí, pues la mayoría del tiempo lo pasó viajando con la mente, preocupado, recordando o imaginando. Era un lugar poco iluminado; pero, si se veía con detenimiento, era posible distinguir palabras escritas en las paredes; se podían leer nombres e ideas, pero sobre todo era posible leer fechas pasadas y calendario improvisados. Se dio cuenta que el peor enemigo de los hombres encerrados allí fue el tiempo.

El tiempo lo desgasta todo, hasta las mentes más hábiles o los amores más entrañables, pero no cualquier tiempo, es el de ocio, el que no se invierte en nada, el que pasa por la vida sin dejar ninguna huella. Estar allí, representaba perder el tiempo, que era lo único que no se podía recuperar; esa era la verdadera tortura de la prisión. Carlos se dio cuenta que, a pesar de todo, no sentía que aquel tiempo que estuvo allí, haya sido un tiempo perdido.

El encierro le había dado la oportunidad de valorar muchas cosas que daba por hechas, le dio la posibilidad de indagar en su interior, en sus sentimientos, deseos y recuerdos; aquel era un tiempo que había pasado consigo mismo y que por más que lo intentara, no podría olvidarlo. Ahora se

conocía mejor a sí mismo.

Después de esta experiencia, sabía que deseaba vivir. Y vivir no era lo que había estado haciendo hasta ahora, sólo era parte de una vida; no toda ella. Necesitaba salir de detrás de un monitor, tenía que conocer más personas, valorar las que estaban a su alrededor dedicándoles tiempo, debía viajar, tener nuevas aventuras; pero, sobre todo, tenía que arriesgarse a amar.

Tenía la certeza de que no sería fácil entrar en el camino de Ángela, pero no había nada que deseara más en el mundo que estar con ella. Por lo que tendría toda la paciencia necesaria para lograrlo. A pesar de todo, él sabía que entre ellos había una relación especial desde hace tiempo, quizás aquello podría ser el germen de algo más cercano. Por ahora no sería posible, porque ella no estaba bien y él no se había librado de las acusaciones; pero desde ya se prepararía para ello.

- Avendaño, ¿estás listo? Tienes orden de liberación. –le dijo el mismo guardia de antes.
- Sí, estoy listo.
- Debería estar más feliz de lo que aparentas. –le comentó mientras caminaba.

Las libertades restringidas no son libertades de verdad.

- No sé a qué te refieres, pero si quieres siempre serás bienvenido aquí. –le dijo el guardia en tono de chanza.
- Lo tendré en cuenta. –le dijo él también con un poco de gracia.

Antes de retirarse, le fueron entregadas algunas pertenencias en una bolsa de plástico, le fueron sellados algunos documentos y le desearon una feliz tarde. Parecía más bien un chiste de mal gusto, sin embargo, él contestó con amabilidad. La puerta se abrió ante él y los ojos le impregnaron los ojos;

no se había dado cuenta de que no veía luz natural desde hacía varios días. Sus retinas se resintieron, como si hubiesen permanecido resguardadas en una habitación a oscuras durante años.

Carlos estuvo intentando recuperar la visión por algunos instantes, protegió a sus ojos de la luz con las manos, pestañó varias veces, pero antes de poder ver con claridad, creyó sentir que alguien se acercaba a él desde la derecha; cuando sintió su toque supo que se trataba de su padre y se dejó guiar. Caminaron algunos metros, llegaron a su coche y ambos entraron en él.

- Tu abogado es un inepto, si no fuera por mí no te habría permitido salir; pero no me dejan tomar tu caso porque eres mi hijo. ¿Cómo estás? –le dijo su padre, con una mezcla de disgusto y preocupación paterna.

- Hola papá, me alegra verte. –le dijo Carlos, brindándole una inusual sonrisa.

El futbol

Carlos quiso pasar por la casa de su madre a buscar a Jagger antes de llegar a su departamento, pero su padre le insistió que lo dejara allá algunos días más mientras él se iba adaptando de nuevo a su dinámica. Además, que seguramente debía descansar pues dormir en las celdas de la comisaria, él conocía que no era tarea sencilla. Carlos no le insistió entonces a su padre, quiso ser obediente y también sabía que era lo mejor.

Al llegar al departamento sintió como un terremoto de emociones y recuerdos los sacudían desde todas direcciones. Muchas imágenes se agolparon en su mente apenas el ascensor abrió su puerta en planta baja; vio a Alí de nuevo, la vez que lo conoció, con su gesto usual de seriedad y su “buen día” ensayado una y otra vez, al punto de perder la entonación del saludo y sonar más bien a ladrido. Tuvo la visión de Ángela a su lado, acariciando a Jagger mientras conversaban para pasearlo. Y finalmente, al pararse frente a su puerta, con las llaves en la mano, para abrirla; vio a su lado la puerta que estuvo intentando derribar para protegerla, pero que ahora tenía varias cintas amarillas con la inscripción “no pase”.

Pudo entrar a su departamento, pero estaba muy alterado; sentía que a pesar de que respiraba de manera acelerada, el oxígeno no entraba en sus pulmones. Se sentó en el sofá para intentar calmarse, pero sus manos temblaban y su frente sudaba a pesar de que en realidad tenía frío. Pocos minutos después pudo recobrar un poco la normalidad, observó su departamento y se dio cuenta que estaba mucho más organizado de lo habitual; así que supuso que su madre había estado organizándolo para él.

Entonces, se levantó del sofá y fue en busca de su móvil y laptop; ambos dispositivos estaban completamente descargados así que los conectó a la energía. Mientras esperaba que reaccionaran, abrió su nevera y notó que estaba llena. Definitivamente su madre era un ángel, pensó. Tomó zumo de la nevera y bebió un poco. Cerró los ojos y percibió el silencio que envolvía todo aquel lugar. En la energía se sentía que algo terrible había sucedido allí. No sabía si era su imaginación, pero definitivamente era la sensación que lo envolvía.

Se sentó frente a la laptop y comenzó a responder todos los correos que tenía pendientes de sus clientes. Les envió a todos un comunicado donde les

explicaba que había tenido un inconveniente por lo que había estado ausente pero que a partir de ese momento se pondría al día con los servicios. Inmediatamente, Carlos se sintió estresado pues tenía responsabilidades laborales que había descuidado, aunque no haya sido de manera intencional.

Revisó su móvil y también contaba con innumerables mensajes y llamadas de parte de clientes. Envió el mismo comunicado a través de mensajería y decidió que debía ponerse al día con todo aquello. Sin embargo, lo que hizo inmediatamente después fue notificarle a Edgar que ya se encontraba en su casa y que el proceso legal seguiría su curso. En poco menos de cinco minutos, Carlos recibió una respuesta de él.

- No sabes cuánto me contenta esa noticia. Creo que tienes buena oportunidad en tu juicio. Tengo alguna información, por lo delicado que es todo pienso que lo mejor es que nos reunamos personalmente y la discutamos.
- Estoy de acuerdo. ¿Has tenido información nueva de Ángela? – le preguntó Carlos.
- Hasta donde sé su estado sigue siendo el mismo, con algunos avances en su recuperación. –le respondió él.

Carlos trataba de controlar sus ansias por ir corriendo al hospital para verla. Sabía que aquello no era para nada conveniente, al contrario, sería muy problemático. Trató de ocupar su mente poniéndose al día con todo el trabajo que tenía atrasado, el cual era bastante y requería de su atención. A pesar de su esfuerzo, por momentos su mente le hacía algunas jugadas y se ausentaba de su presente; se iba y viajaba por los caminos de los recuerdos.

- No puedo creer que no te guste el café. –le dijo Ángela bebiendo un té que Carlos le había preparado mientras veían un partido de fútbol.

A Carlos nunca le había gustado ningún deporte, pero a Ángela le encantaba el fútbol y no le gustaba verlo sola. Así que lo había convencido para ver el juego aquella tarde en su casa. No había sido muy difícil convencerlo pues él no desaprovechaba ninguna oportunidad para compartir tiempo con ella.

- ¿A tu familia también les gusta el fútbol? –le preguntó Carlos.
- Sí, a todos nos encanta. Mi hermano mayor juega en la liga profesional de Alemania. –le contó ella.
- Ah, eso explica por qué no ves el partido con él.
- Sí, es que él está lejos y mis padres también. Ellos viven en Inglaterra desde hace muchos años.
- ¿Y tú por qué vives acá? –le preguntó él.
- Porque cuando me casé Allí decidió que estableceríamos nuestro hogar aquí, donde la línea para cual trabaja tiene su sede principal. – le explicó ella con cierta nostalgia.
- Debes extrañar a tu familia.
- Sí, pero cuando estaba allá extrañaba a mi país; así que me he acostumbrado a vivir con cierta nostalgia.

Durante el medio tiempo, ella le contó de Inglaterra, de sus estudios allá, de sus amistades y de las cosas que extrañaba; pero sobre todo de su familia. Y, durante el partido, Ángela le explicaba las reglas y le contaba anécdotas acerca de los equipos o de los jugadores. Era un pasatiempo muy importante para ella. Por lo que le contó, su esposo compartía también el gusto por este deporte, era una de las pocas cosas que ellos dos tenían en común; así que Carlos no pudo evitar sentir un poco de celos.

Carlos obligó a su mente a regresar al presente, miró el reloj y notó que eran pasadas las dos de la madrugada. El tiempo se le había ido rápidamente

entre trabajo y recuerdos. Decidió que era hora de ir a dormir, así que se acostó en su cama, colocó la cabeza en su almohada, cerró los ojos e inmediatamente después, quedó inconsciente. Pero su sueño no fue tranquilo, a pesar de que no se despertó por el resto de la noche; las pesadillas no le dieron tregua.

Primero, soñó que era tan sólo un niño perdido en un galpón oscuro no encontraba la salida y de pronto alguien comenzaba a seguirlo. No lograba ver a la persona que lo perseguía, pero escuchaba sus pasos acercándose con rapidez. Él corría y se escondía, trataba de no hacer ruido, su corazón latía con fuerza. Cuando por fin logró ver la salida, corrió hacia ella; pero justamente en el momento cuando estaba a tan sólo un paso de escaparse sintió cómo quien lo perseguía lo alcanzó por detrás y todo se hizo negro.

Después, se vio a sí mismo postrado en una cama de hospital. Él estaba acostado, pero al mismo tiempo estaba fuera de su cuerpo; se veía allí, completamente inconsciente e intentaba despertar, pero estaba paralizado; no podía hacer nada. Observaba a un personal médico tratándolo, intentando hacer que despertara; pero todos los esfuerzos eran en vano. Él sentía que gritaba, pero su voz no se escuchaba, intentaba mover su propio cuerpo, pero no lo lograba.

De un momento a otro, se despertó. Tomó una bocanada de aire que daba la impresión de que su alma había estado fuera de su cuerpo y había regresado de manera repentina a él. Se dio cuenta que había estado sudando mucho y agradeció que todo aquello no fuera sino sueños. Aunque cuando se retomó mentalmente su realidad, se dio cuenta que tampoco era muy sencilla ni llevadera.

Carlos se levantó a las ocho de la mañana con mucho esfuerzo, a pesar de que él solía despertarse mucho más temprano que eso; pero se lo atribuyó

a lo poco que había podido descansar de verdad gracias a las pesadillas de aquella noche. Tomó su móvil y vio que tenía algunos mensajes; la mayoría los ignoró, sólo leyó el que tenía como remitente a su madre.

- Buenos días hijo. ¿Cómo estás? Escríbeme o llámame pronto, por favor. Si necesitas algo, no dudes en hacérmelo saber.
- Buenos días mamá. Estoy bien, sólo un poco cansado. Anoche no pude dormir bien, y tengo varias noches incómodas acumuladas. Te agradezco mucho lo que hiciste en el departamento y las provisiones que me trajiste. He pensado que podría pasar hoy por la casa, me gustaría verlos a ustedes y también a Jagger.
- Está bien hijo. Ven cuando gustes. Aunque no puede hablar, yo sé que él te ha extrañado mucho. –le respondió su madre.

Él pensaba que era una buena idea salir de la casa un rato, pues algo le decía que tanta soledad y tantos recuerdos en conjunto, le iban a quitar definitivamente la cordura. Después de desayunar, trabajó un poco más para ponerse al día y se dispuso a salir. Se dio una larga ducha tibia, definitivamente aquello era lo que más había extrañado de su libertad, poder ducharse a gusto. Buscó por todos lados las llaves de su coche, hasta que por fin las encontró, guindadas en el lugar donde deberían estar, pero donde él nunca las colocaba; su madre había organizado todo mejor de lo que él solía hacerlo.

Carlos manejó hacia la casa de sus padres. La ciudad lo aturdiría muchísimo, las cornetas, la gente, las motocicletas, el tráfico pesado y todo lo demás. Aunque el camión no era largo, le produjo un fuerte dolor de cabeza. Llegó a la casa después de la hora del almuerzo. Tocó el timbre y casi inmediatamente después su madre le abrió la puerta, recibéndolo con un fuerte abrazo. Sin embargo, el abrazo no pudo durar mucho ya que Jagger

había llegado corriendo a saludar a su dueño, en su rostro demostraba una alegría sin precedentes; no paraba de mover la cola y hacía un sonido que antes Carlos no le había escuchado, era como un chillido de felicidad, como si intentara decirle que lo extrañaba.

- Hola Carlos. ¿Cómo te sientes? –lo saludó su madre.
- Estoy bien mamá, aunque me duele un poco la cabeza.
- ¿Ya almorzaste? –le preguntó ella.
- No, en realidad no tengo hambre. –le respondió él.
- No puedes descuidar tu alimentación hijo, estás perdiendo peso. Ven, pasa. Te guardé comida, te voy a servir.
- No es necesario mamá.
- No te estoy preguntando Carlos, vas a comer. –le dijo ella con autoridad propia de una madre amorosa.
- Hola hijo. –se acercó su padre a saludarlo con un abrazo.
- Hola papá.
- ¿Cómo te sientes? –le preguntó él.
- Estoy bien.
- He estado revisando tu caso y de verdad creo que vas a salir bien librado de esto.
- Nada de trabajo, por favor. –les pidió Aurora, la madre de Carlos.
- ¿Cómo están Ángel y Alicia? –preguntó Carlos cambiando drásticamente el tema a petición de su madre.
- Están bien. Han estado pendientes de ti. Ángel debe estar de regreso a la ciudad la próxima semana y Alicia ha estado entrenando fuerte, quería tomar un avión y venir, pero le dije que no era necesario pues no había duda de que te declararían inocente.
- Marcos... -le advirtió su esposa.

- Está bien. –le dijo él buscando tregua.
- Carlos, siéntate a la mesa. Ya te llevo tu almuerzo.
- Gracias mamá.

Carlos se comió los alimentos que su madre había preparado con muchísimo gusto, sentía que hacía demasiado tiempo que no probaba sus recetas y recordó lo mucho que siempre le había gustado el sabor de los platos de su madre. Se sintió agradecido por poder disfrutar de ellos nuevamente. Mentalmente, apuntó que debía comer allí más seguido. Él no dijo palabra alguna, ni levantó la mirada hasta que terminó de comer. No había notado que tuviese tanta hambre.

Al levantarse de la mesa, se dirigió a la sala y vio a su padre disfrutando de un partido de futbol. Carlos no pudo evitar recordar a Ángela y sentirse realmente mal por no poder estar cerca de ella, pero quiso más bien tratar de recordar los momentos más agradables junto a ella así que se sentó frente al televisor. Marcos, el padre de Carlos, se extrañó mucho por el interés de su hijo por el deporte.

Él siempre había deseado ver los partidos con alguno de sus hijos, pero ninguno de ellos estaba interesado en el deporte; sin embargo, no se había resentido tanto por el asunto ya que Alicia, su hija menor, era una apasionada de los deportes; así que juntos veían los juegos. Ahora que ella estaba entrenando fuera del país, se sentía solo frente al televisor, así que el interés de Carlos era una muy agradable sorpresa para él.

El hogar

Después de ver dos partidos de futbol con Jagger a sus pies, Carlos se dispuso a regresar a su casa; pero su madre notó en su rostro que en realidad él no quería irse, se le veía el cansancio y la decepción; por lo menos ella que era su madre podía verlo con claridad. Así que ella le pidió que se quedara esa noche allí, y así quizás podría descansar mejor. Carlos no se resistió, le agradeció a su madre el gesto y subió a su antigua habitación, la cual seguía tal cual la había dejado años atrás.

Se recostó en su vieja cama y en poco menos de un minuto se quedó dormido de manera profunda, a pesar de que aún no eran las ocho de la noche. Aquella noche, Carlos no tuvo pesadilla, no tuvo sobresalto alguno; así que, por fin, después de muchos días de mal dormir y malos sueños, logró descansar. Su cuerpo lo agradeció, pues estaba al punto del colapso.

Al despertar, se sintió un poco más relajado; gracias al descanso, sintió menos pesos sobre sus hombros. No se levantó inmediatamente, se quedó observando la habitación. Estaba pintada del tono azul pastel que su madre siempre eligió para ese espacio; recordó claramente que su hermano y él le pedían que los dejara escoger el color, pero ella nunca accedió. En ese entonces, parecía una crueldad, y ahora era una anécdota que le dibujaba una

sonrisa en el rostro.

La habitación estaba inundada de luz solar, era muy distinta a la que él tenía en su departamento, con cortinas gruesas que no permitían diferenciar si era día o noche. La luz le daba un aspecto alegre, su madre les decía que el sol debía entrar en la habitación, así eliminaba el olor a humedad y ellos se llenaban de la energía necesaria para comenzar el día con buen pie. A su hermano la claridad no le afectaba, pues solía de todas maneras dormir hasta media mañana, no así sucedía con Carlos, quien luchaba para taparse los ojos con la almohada para poder permanecer un rato más en la cama.

Aun en dos de las cuatro paredes, seguían pegados los afiches que su hermano Ángel coleccionaba de ilustres músicos. En las otras dos, no había absolutamente nada. Ese era el acuerdo que había llegado los hermanos después de muchas discusiones, dos paredes le pertenecían a cada uno y podían hacer con ella lo que prefirieran. Entonces Carlos prefería mantenerlas sin mácula alguna. Extrañamente, Carlos sintió nostalgia por las discusiones con su hermano.

Hasta el día de hoy, ellos no eran los hermanos más apegados o amorosos; sin embargo, de manera secreta o implícita, que no revelarían a nadie, ellos sabían que, llegado un momento de necesidad extrema, se tendría uno al otro pasara lo que pasara, de manera incondicional. Y se lo habían demostrado, mutuamente.

Cuando Ángel tenía dieciséis años, recibió una invitación para asistir a un instituto de música de prestigio. El costo de la inscripción era bastante elevado, así que el padre de él le había manifestado que no tenían la capacidad económica en ese momento para asumir el costo; pero que si de alguna manera honesta, él lograba reunir la mitad del costo, él asumiría la otra mitad.

Entonces, Ángel día tras día durante tres semanas trabajó en todo lo posible, limpió jardines, lavó coches, llevó mercados, reparó uno que otro inodoro, tocó guitarra en la plaza y hasta le hizo la tarea a alguno de sus compañeros; sin embargo, llegada la fecha límite de pago no contaba con el dinero requerido. Estaba completamente desolado, tanto esfuerzo que había invertido y no había valido la pena; la frustración se le veía por encima de la ropa.

Carlos se conmovió por la tristeza de su hermano mayor a pesar de los disgustos que le daba de manera constante, así que tomó la decisión de ofrecerle el dinero que había estado reuniendo por meses para comprarse un móvil. Ángel se sorprendió mucho con el gesto de su hermano menor, al principio se negó a aceptarlo, pero él insistió para que lo tomara. Ángel lo aceptó con la condición de que se lo pagaría con intereses. Así fue como él inició su exitosa carrera como músico, y luego había llenado de orgullo a toda la familia incontables veces.

Luego, había llegado la oportunidad para Ángel. En su último año de instituto, surgió una gran controversia. Alguien había difundido un material con una conversación entre Fernando y Minerva, donde ella lo rechazaba de una manera muy brutal. Aquello era una situación muy vergonzosa para él, pues era él chico más deseado del lugar, el que tenía las mejores cosas, las mejores amistades y las mejores chicas. Nadie sabía de quien se trataba, pero Fernando estaba dispuesto a investigar y darle una buena golpiza a quien había sido. Así que se creó un estilo de cacería por parte de Fernando y un grupo de amigos, para encontrar al responsable.

Las copias mostraban que el documento original tenía unas pequeñas marcas en la parte inferior de la impresión, así que se dedicaron a hallar la impresora que había hecho esas marcas; por lo que cuando tenía la

oportunidad, les arrancaban las actividades escolares impresas a los estudiantes con el fin de verificar. Un día, cuando Carlos caminaba por el pasillo, notó que uno de los compañeros de Fernando le arrancó a su hermano un ensayo que debía entregar en clase de literatura ese día; Carlos intentó resistirse, pero no lo logro.

Ángel se sintió un poco alarmado por la forma en que se lo arrebataron, pero pensó que a su hermano no le caería mal un poco de rudeza. Sin embargo, su preocupación fue en aumento cuando éste chico llamó a Fernando para informarle frente a Carlos que ese documento tenía las mismas marcas del panfleto que estaba circulando. Todo encajaba, porque era bien conocido que Carlos era muy hábil con los dispositivos como ordenadores y móviles.

Carlos no negó la procedencia del documento, ni siquiera pidió compasión cuando Fernando lo tomó por la camiseta y se preparó para encestarle un derechazo. Entonces, Ángel se dio cuenta que su hermano saldría muy mal herido pues no se iba a defender; así que hizo lo que creyó necesario.

- Hey, grandulón. Suéltalo. No fue él. –le dijo Ángel.
- Claro que sí fue él, las marcas de las impresiones coinciden.
- Fui yo. Nosotros imprimimos en la misma máquina. –le mintió Ángel.
- ¿Estás seguro de lo que estás diciendo, tío? –le preguntó Fernando a la vez que soltaba a Carlos y volteaba a ver a Ángel.
- Sí, yo fui. Así que soy a quien buscas.

Ese día, sucedió la pelea más fuerte vista en el instituto. Fernando y Ángel se golpearon entre sí de manera muy violenta. No se podría decir que alguno de los dos ganó la disputa pues ninguno estaba en buenas condiciones.

Varios profesores tuvieron que intervenir para separarlos. Ambos estudiantes fueron suspendidos por una semana del instituto. Ángel además recibió un gran castigo de parte de sus padres y por poco no se le permite asistir a su acto de graduación. Sin embargo, sus padres intercedieron por él y lograron que esa medida fuera suspendida.

- Por lo menos dime por qué lo hiciste. –le dijo en una ocasión Ángel a Carlos.
- Fernando me ha estado molestando desde hace años, diciéndome marica por ser amigo de Rafael. También lo ha estado molestando a él desde entonces y se ha sentido muy mal, le afecta mucho, estaba a punto retirarse del instituto por el acoso de él. –le explicó Carlos.
- Está bien. Ahora dime cómo lo hiciste.
- Hackee su correo electrónico. –le confesó Carlos.
- Será la única vez que te sacaré de un problema como este.
- No debiste hacerlo. –le dijo Carlos.
- Fernando a ti te hubiese matado a golpes, tú no sabes pelear. Después no hubiese sabido cómo explicarles a papá y a mamá por qué no te defendí.

Carlos no sabía si aquella era la razón real para salvarlo de una paliza segura, pero lo cierto es que su hermano había demostrado estar para él en el momento que más lo necesitaba. Así, se creó entre ellos dos una solidaridad e incondicionalidad no dicha, pero definitivamente palpable. Ahora, hacía algunos meses que no se veían y varias semanas que no se habían hablado, ya que Ángel se encontraba haciendo una gira musical con un cantante muy importante con el que estaba trabajando desde hacía algunos años y con los inconvenientes de la cotidianidad, su comunicación se hacía un poco escasa.

Carlos recordó que su padre le comentó el día anterior, que Ángel

pronto estaría de regreso a la ciudad. Así que sintió alegría de que pronto podría verlo. Estaba decidido a hacer un cambio en su vida y en la manera como estaba llevando sus relaciones. Ya no quería ser el ermitaño, ni el solitario. Deseaba tener la oportunidad de lograr convertirse en quien ahora quería ser.

Al levantarse, vio que su madre ya tenía la mesa preparada para el desayuno, su padre la ayudaba a preparar el café, y ambos parecían alegres; Carlos notó que ambos aun lucían enamorados, lo cual era un triunfo después de treinta y cinco años de matrimonio. En aquella casa, se respiraba armonía, lo que definitivamente él no tenía en este momento en su departamento. De alguna manera, ahora apreciaba lo que había tenido durante tantos años entre su niñez y adolescencia pero que en ese entonces no le parecía nada extraordinario, su hogar familia.

- Siéntate hijo, te preparé té. Aun recuerdo que no te gusta el café.
-le dijo su madre al verlo entrar a la cocina.
- Gracias mamá. -Adrian se sentó y a su lado revoloteaba de alegría Jagger; era una energía un poco extraña en él, ahora parecía mucho más feliz que antes.
- Vamos a comer. -dijo su madre sentándose también.
- Buen provecho. -deseó su padre.
- ¿Cómo dormiste hijo? -le preguntó su madre.
- Muy bien mamá. De verdad pude descansar. No recuerdo cuando fue la última vez que dormí tan bien.
- Me alegra mucho saber eso. Estaba pensando que quizás deberías considerar quedarte unos días con nosotros. No debe ser fácil para ti estar en tu departamento y recordar lo ocurrido. -le propuso su madre.
- No quiero ser una molestia mamá. -le dijo él un poco apenado.

- No eres una molestia hijo. –le dijo su padre.
- Lo estuvimos conversando y creemos que es lo mejor. ¿Qué opinas?
- Me gusta mucho la idea la verdad. Aquí me siento muy bien.
- Puedes quedarte el tiempo que gustes, ni más ni menos. Puedes trabajar desde acá y hacer lo que harías normalmente. –le insistió ella.
- Está bien mamá. En un rato iré a mi departamento a buscar algunas cosas. –le dijo él sonriente.
- Excelente hijo. Nos encantara tenerte aquí con nosotros. –le dijo su padre.

Después del desayuno, como era usual decidió salir a caminar un poco para pasear a Jagger. Sintió que el día estaba un poco más tranquilo que el anterior y sintió un poco de paz, sin embargo, era una paz con la sombra de la intranquilidad por Ángela; era imposible sacarla de su mente y de su anhelo. Estaba convencido de que no sería posible para él mantenerse alejado de ella por demasiado tiempo, y acercarse sería algo realmente peligroso para su vida en este momento.

- Hola Edgar. ¿Qué tal?, ¿cuándo podemos encontrarnos? –le escribió Carlos, pues necesitaba estar al tanto de la condición de ella, aunque fuera a través de otra persona.
- Buenos días, tío. Todo bien. Si estás disponible podríamos vernos hoy mismo. –le respondió él rápidamente.
- Perfecto. Envíame lugar y hora.

Carlos tuvo que ir a su departamento en compañía de Jagger, pues no lo dejó salir de casa sin él. Cuando abrió la puerta de su coche, el perro se montó primero y no hubo forma de bajarlo; así que tuvo que ir con él. A

Carlos le hizo mucha gracia la situación, de alguna manera le estaba diciendo que no volviera a dejarlo solo.

El informante

Ni siquiera cuando ya había dejado algunas de sus pertenencias necesarias en casa de sus padres y había salido de nuevo para encontrarse con Edgar, Carlos había podido dejar a Jagger. Permanecía a su lado sin tregua, así que tuvo que sentarse en una mesa externa en el lugar donde acordó encontrarse con su amigo.

- Ya llegué. –le escribió Carlos.
- Llego en cinco minutos. –le respondió él.

Exactamente cinco minutos después Edgar llegó al lugar y Carlos le hizo señas para indicarle donde estaba sentado. A Edgar le sorprendió de manera agradable la presencia del perro de Carlos, le pareció muy agradable e inteligente. A Jagger también pareció agradaarle el amigo de su dueño, pues lo saludaba con emoción.

- ¿Cómo te sientes? –le preguntó Edgar.
- Estoy bien. Intentando recuperar el tiempo perdido.
- Entiendo lo que dices. Cuando salí de prisión definitivamente me reinventé, cambié muchísimo. Hay cosas que el encierro te enseña mejor que nada en el mundo. –le comentó Edgar.
- Estoy de acuerdo. Espero que esta libertad me dure, pero que sea una de verdad; no como esta que es condicionada. Tengo una orden de restricción que no me permite ir a ver a Ángela.
- Me imaginé que eso sucedería. He estado atento a sus avances. El hospital aun no descubre que ingreso con regularidad a su

sistema.

- ¿Qué has sabido de ella? –le preguntó Carlos con una desesperación muy mal disimulada.

- Antes de venir a reunirme contigo, ingresé en el sistema para tenerte las últimas noticias, y para mi sorpresa ha evolucionado mucho. Hoy despertó, está consciente. –le dijo Edgar, con la alegría que a cualquiera le causaría dar una buena noticia de ese nivel.

- ¿De verdad? –le preguntó Carlos impresionado, intentando contener las lágrimas de felicidad que se le asomaban en los ojos.

- Si, tío. Va a estar bien. Estaré muy pendiente de las actualizaciones de su estado. Hasta ahora su archivo indica que despertó, que está completamente consciente y que sus signos son estables.

- Tengo que verla, tío. –dijo Carlos de manera impetuosa.

- No puedes. No debes. Lo sabes. No cometas una locura. Ellos están esperando un error de tu parte, tan sólo uno.

- Pero no puedo estar así, yo necesito hablarle.

- Tío, te prometo que encontraremos una manera; pero no vayas al hospital. No lo hagas. –le pidió su amigo.

- No sé qué hacer.

- Por ahora, tenemos que ser inteligentes. Esa es la mejor noticia que te traigo hoy, pero tengo muchísima información que deseo compartir contigo. Así que necesito que te calmes y pienses con claridad. ¿Entendido?

- Lo voy a intentar. –le dijo Carlos sin saber si de verdad lo que le pedía sería posible ahora que sabía lo de Ángela.

- Comenzamos con tu abogado, Danilo Torres. Estudió en una prestigiosa universidad, trabajó en importantes asociaciones, ganó

muchos casos importantes en el área laboral, pero por el capricho de un superior fue cambiado al departamento de derecho penal y no le ha ido nada bien. Ha perdido cada caso que le han asignado.

- ¿Cada caso? –le preguntó él sorprendido.

- Sí, cada caso. Y si pierde este, seguramente será despedido. Al parecer, alguien ha estado intentado sabotearlo de alguna manera.

- Estoy perdido. –dijo Carlos.

- No, de verdad pienso que tienes oportunidad; pero Torres necesita ayuda y la quiere, pues no creo que quiera perder su trabajo. Entiendo que tu padre es abogado, creo que tienes allí el apoyo que necesitas.

- Él no puede ser mi defensor. –le dijo Carlos.

- Que no lo sea oficialmente, como hasta ahora.

- Está bien. Entiendo. Tendré que hablar con mi padre.

- Sí, tienes que hablar con él y decirle todo lo que te voy a decir acerca de Alí Ignacio Contreras Colmenares.

- ¿Encontraste algo sobre él? –le preguntó Carlos.

- Encontré mucho. Trataré de contarte todo de la forma más ordenada posible. Alí estuvo casado antes con una mujer llamada Dayana García, al poco tiempo de su unión ella lo acusó de violencia doméstica. Al parecer, la acusación fue retirada a las pocas semanas, pero algunos meses después ella interpuso la demanda de divorcio. Después de eso, quizás un mes más tarde, Dayana fue encontrada en su casa asesinada. –le contó Edgar con cierta conmoción en los ojos.

- No tenía idea de que él fuera viudo, pero es que Ángela y yo no hablábamos mucho de él. Qué horror.

- Lo peor es que Alí fue el primer sospechoso de la policía. Sin

embargo, el caso fue desestimado porque se comprobó que ella había cambiado las cerraduras de su casa y él no las poseía. Además, una mujer que decía ser su pareja declaró que esa noche él se encontraba con ella. No pudo comprobarse que él estuvo en ese lugar, pero tampoco se dio con el responsable del asesinato.

- ¿Crees que fue él? –le preguntó.

- Estoy casi seguro Carlos. La puerta no estaba forzada, quizás ella lo dejó; probablemente él le pidió hablar. No lo sé. La autopsia del cadáver arrojó que había sido atacada sexualmente y su muerte fue provocada por los fuertes golpes que recibió; fue una muerte muy violenta. Quien hizo esto es un enfermo, y sin duda que lo haría de nuevo.

- No lo puedo creer. –dijo Carlos.

- Es terrible pensar que esta pudo ser la suerte de ella también.

- Sí. –le respondió muy contrariado.

- Eso, por un lado. Ahora, con respecto a su relación con Ángela. Ingresé en el correo personal de él y en su historial de mensajes. Revisé hasta muy atrás y veo que Alí y ella estuvieron separados por varios meses hace un tiempo atrás. Según lo que entiendo de sus conversaciones, ella decidió separarse porque él la agredió; sin embargo, no lo denunció. Después de varios meses ella accedió a regresar con él. Mucho más recientemente, él se estaba comunicando con una mujer; por lo que pude leer, él tenía una relación con ella y Ángela lo descubrió. Justamente la mañana del hecho, ella le envió un mensaje donde le decía que iba a interponer una demanda por adulterio y que no quería saber más de él. –le contó Edgar.

- Por eso la golpeo. –dijo Carlos, entendiendo la situación.

- En algunos mensajes que pude leer, él la confronta por una supuesta relación que tendría ella contigo; pero en todo momento María la niega.
- Es verdad, ella y yo no tuvimos nada. Sólo amistad. –le repitió él sin disimular el impacto que toda aquella información le ocasionaba.
- Como te digo, tío. El malo de esta historia no eres tú. Todo lo contrario. Y creo que no será difícil comprobarlo en un tribunal.
- Pero toda esta información que tienes no se puede usar.
- No se puede, pero sí te da una clara idea de dónde deben buscar las cosas. Seguramente tu padre sabrá cómo hacer para pedir la investigación de las comunicaciones de este tipo.
- Debe haber alguna manera.
- Sí. Te ves muy afectado. Entiendo, esto que te estoy diciendo es muy delicado.
- Me parece una locura. No puedo creer que ella haya estado todo este tiempo con alguien así.
- Ella tampoco lo sabía. Menos mal que estuviste ahí tío. Sino esta historia sería diferente, seguramente mucho más parecida a la anterior.

Tan solo el hecho de pensar de lo que era capaz Alí, hacía que Carlos sintiera una gran pena, estaba completamente conmocionado por las noticias que le traía su amigo. Y en ese momento, por primera vez se sintió aliviado por haber podido evitar lo que sospechaba que hubiese pasado en esa pelea. Por primera vez no se arrepentía de lo ocurrido, ni siquiera si para él tenía las peores consecuencias.

El mesonero les preguntó si querían ordenar algo. Carlos le dijo que quería beber algo fuerte, así que él le ofreció algunas bebidas alcohólicas. Él

se decidió por un vaso de vodka con limón y Edgar pidió que le sirviera lo mismo, para acompañar a su amigo. Aunque él no solía beber alcohol, supo que en ese momento era lo más indicado. No se podía escuchar algo tan difícil, sin una sustancia fuerte en las venas.

- Espero que lo que me contaste sea lo peor que me venías a decir hoy. Han sido demasiadas cosas. –le dijo Carlos.

- También estuve investigando a Oropesa, pero te aseguro que lo más delicado ya te lo comuniqué. En cuanto él te puedo decir algunas cosas. Desde siempre fue un niño problema, se calmó un poco cuando toda su energía la invirtió en la justicia. Es insistente, no se rinde con facilidad. Ha tenido una carrera de mucho trabajo, se casó y tuvo dos hijos; pero su esposa lo abandonó. Aparentemente por no dedicarle el tiempo aconsejable a la familia. Así que su vida es su trabajo. Siempre piensa lo peor de las personas, está comprometido en esto. Él piensa que eres culpable seguramente, que planeaste lo ocurrido; pero si le das suficientes pruebas él te apoyaría, tengo la certeza.

- Eso espero. Te confieso que yo mismo estaba confundido por haberle disparado. Las cosas sucedieron muy rápido y algo dentro de mí me decía que de alguna manera era lo que yo quería hacer. –le dijo Carlos y bebió un trago largo.

- Es normal que te sientas así. De seguro el tipo no te agradaba, pero el arma era de él, él fue quien golpeó a Ángela; si de alguna manera tu deseabas dispararle era porque lo merecía y no porque lo hubiese planificado.

- Lo sé, lo que ahora me cuentas cambia todo. Esto quiere decir que no me equivoqué, que sin saberlo hice lo que debía hacer. Si él estuviera vivo, habría encontrado la manera de herirla; ahora o

después.

- Es así. Hiciste lo que tenías que hacer, que no te quepa la menor duda. –le dijo Edgar alzando su vaso en son de brindis.

- Todo esto es muy siniestro.

- Lo es, pero acabaste con ello. Ahora solo tienes que salir de la situación en la que te encuentras. Y estoy seguro de que podrás hacerlo.

- Edgar, yo necesito comunicarme con Ángela. Sé que me has ayudado muchísimo, pero tú eres una de las pocas personas con la que cuento. ¿Cómo puedo hacer? –le preguntó en tono de ruego.

- ¿Estás consciente que te pondrías en riesgo? –le advirtió Edgar.

- No puedo estar tranquilo. La única manera como podría encontrar algo de sosiego es hablando con ella, aunque sea un poco.

- Está bien. Supuse que me dirías esto así que estuve pensando en algo. Podría ir a verla, diciendo que soy un compañero de trabajo, puedo dejar un móvil a nombre de otra persona para que puedas escribirle o llamarla. –le propuso él.

- ¿Harías eso por mí?

- Ya estoy metido en esto, ¿no? –le dijo él con una sonrisa.

- Gracias. –le dijo Carlos con un brillo distinto en la mirada.

El resto del encuentro intentaron pasarlo hablando de banalidades, para suavizar un poco la conversación y fortalecer renovada relación de amistad que estaba generándose entre los dos. Edgar fraternizó con Jagger, tomaron un almuerzo especial y bebieron dos cocteles más. A Carlos se le subió un poco a la cabeza, pues no solía beber y mucho menos más de un vaso a la vez. Así que Edgar lo llevó en su coche hasta la casa y luego él tomó un taxi para la suya.

La felicidad tiene nombre

Durante el resto del día, por más que lo intento, Carlos no pudo apartar su mente de lo que le había contado su amigo. Jamás habría podido deducir que la persona con la que compartía Ángela su vida era un desalmado; ciertamente Alí le parecía una persona muy desagradable pero no imaginó lo que realmente había detrás de su máscara de hombre correcto.

Tal fue la impresión que le causó conocer lo sucedido a la primera esposa de él, que durante la noche soñó con Alí. Lo veía lleno de sangre, sonriente. El sueño era extraño pues no había acciones, solo imágenes superpuestas: sangre, el arma, golpes, discusiones, un disparo, la voz de Ángela pidiendo auxilio. Carlos no podía despertar del sueño hasta que su móvil sonó.

- Hola Carlos. –recibió un mensaje Carlos de un número desconocido que por suerte lo despertó.

Carlos no reconoció el número así que no le contestó inmediatamente, pero tenía el presentimiento de que era Ángela; quizás Edgar ya le había entregado el móvil, pero él no le había comentado nada al respecto. Vio la hora y supo que no era prudente escribirle, pero de todas maneras lo hizo, por la importancia del hecho.

- Tío, sé que no es hora para estas cosas, discúlpame. Recibí un mensaje de un número desconocido. ¿Le entregaste el móvil a Marías de los Ángeles?, ¿crees que pueda ser ella? –le escribió Carlos y no dejó de observar la pantalla del móvil, esperando la respuesta, rogando para que le contestara rápido.

- Hola, ¿quién es? –escribió Carlos ante la tardanza de la

respuesta de Edgar, antes de enviarlo lo pensó muchas veces, pero finalmente oprimió el botan de enviar.

- Sí, debe ser ella. Yo le dejé el móvil, tenía pendiente avisarte, pero lo olvidé. –le contestó Edgar.

El corazón de Carlos dio un vuelco dentro de su pecho, sintió que sus manos se enfriaban de los nervios y de manera leve temblaba. Dejó un momento el móvil en la cama y fue a lavarse la cara para comprobar que aquello que sucedía no era un sueño, sino que era la realidad. Se miró en el espejo y se vio pálido, lo que había estado deseando con tanta fuerza durante todos esos días en este momento estaba sucediendo.

- Es Ángela. –leyó Carlos como respuesta.

- ¿Cómo estás? –le preguntó, intentando no demostrar la algarabía que había dentro de él en ese momento.

- Estoy mejor. Los médicos dicen que pronto estaré completamente recuperada.

- No sabes la tranquilidad que siento al saber eso y la alegría que me hace sentir poder comunicarme contigo. –le escribió Carlos.

- Tu amigo se las ingenió para dejarme este móvil. ¿Te desperté? Sé que es tarde, pero es que no lograba conciliar el sueño.

- No te preocupes por eso. Me puedes escribir cada vez que desees, no importa la hora.

- Tu amigo no me dijo su nombre. Era muy misterioso. Y me dijo que tú no podías venir a verme y que no debíamos comunicarnos, aunque querías hacerlo. No me explicó la razón.

- ¿Recuerdas todo lo que ocurrió aquella noche? –le preguntó Carlos tratando de ser sutil.

- Sí, lo recuerdo todo. Creo que esos recuerdos son los que no me dejan dormir.

- Yo le disparé a Alí. –le dijo él.
- Lo recuerdo. Nunca en mi vida había visto tanta furia en los ojos de alguien. Si no fuera por ti, yo no estaría viva. –Carlos al leer esto sintió tranquilidad, en el fondo temía que ella lo acusara de haber asesinado a Alí de forma premeditada.
- Ni siquiera quiero pensar en que eso pudo haber pasado. Estoy siendo juzgado por el hecho. Entonces se supone que nosotros no podemos hablar. Te llamarán a declarar y temen que yo te persuada de decir algo que no haya sucedido.
- Entiendo. Entonces estás arriesgándote mucho al intentar hablarme.
- No puedo evitarlo. Han sido días terribles sin saber de ti. –le confesó él.
- Supongo que has pasado por cosas muy difíciles últimamente.
- No más que tú. Y si de alguna manera pude evitar que algo aun peor te sucediera, no me arrepiento. Hubiese querido llegar antes, y poder evitar que te lastimara como lo hizo.
- Fue mi culpa Carlos, yo debí dejarlo hace mucho tiempo y no lo hice por el temor a fracasar. –le reveló ella.
- No vale la pena que te culpes, ahora lo importante es que te recuperes física y mentalmente de lo ocurrido.
- Recuerdo que también te golpeó a ti. ¿Cómo estás?
- No fue tanto. Ya estoy bien.
- ¿Qué sucedió contigo luego que quedé inconsciente? –le preguntó Ángela.
- La policía llegó al lugar. A ti te llevaron en una ambulancia al hospital y a mí me llevaron en una patrulla a la comisaría, donde estuve en custodia durante varios días; hasta que pude salir bajo

fianza. Ahora estoy esperando el juicio.

- No puedo creer lo mucho que se puede complicar la vida.
- No quiero que te sientas mal, por favor. Quiero que te sientas tranquila, que te concentres en recuperarte lo antes posible. Quiero que sepas que quisiera estar contigo, apoyándote y ayudándote.
- Lo sé. Te lo agradezco. –le dijo ella.

Carlos quería decirle que la amaba, que estaba seguro de ello y que lucharía por estar con ella; que si ella se lo permitía él estaría allí, a su lado, esperándola el tiempo que fuera necesario. Pero no podía hacer eso, sabía que aquellas palabras podrían ser demasiado avasallantes para el momento, debía controlarse y darle el espacio que naturalmente requeriría para superar todo lo que había sucedido.

- Jagger te extraña mucho. –le dijo él, intentando cambiar el tema.
- ¿De verdad?, ¿cómo lo sabes? –le preguntó ella.
- Los dueños sabemos cómo traducir las miradas de nuestras mascotas, ¿no fuiste tú quien me dijo eso?
- Sí, es cierto. Yo te lo dije, y lo creo.

Le había dicho eso, un día cuando se sintió preocupado porque Jagger no quería salir a pasear aquella mañana. El perro estaba acostado y no se levantaba a pesar de tener los ojos abiertos. Carlos intentaba animarlo, pero no lo conseguía con nada, ni siquiera con su alimento favorito. Como no sabía qué le pasaba fue a buscar a Ángela, ella fue hasta el departamento, observó a Jagger, pero no entendía que le pasaba.

- Tienes que preguntarle. –le dijo ella a Carlos.
- ¿Preguntarle? –le dijo él sorprendido por el consejo un tanto descabellado.
- Sí, pregúntale. Él es tu mascota, los dueños entienden a sus

mascotas; sólo deben prestar atención.

- Jagger, ¿qué te pasa? –le preguntó Carlos con un poco de vergüenza.

El perro se recostó de lado e hizo un gruñido extraño. Carlos comenzó a revisarlo de manera detallada y él se lo permitió. Por fin, dio con un dolor que sentía en la pata trasera derecha; supo que le dolía por el movimiento que hizo cuando la tocó. La miró con detenimiento y vio que tenía una astilla enterrada en la pata. Ángela corrió a buscar una pinza que le permitiera extraer lo que le producía la molestia a Jagger. Con cuidado ambos intentaron sacar la astilla, se les complicó un poco por la posición en la que estaba. Después de algunos minutos de intentar lo lograron, y Jagger exhaló de alivio, aunque su dolor fue obvio.

Carlos se sintió un poco mal de no haberse dado cuenta de que estaba sufriendo, pero le agradeció mucho la ayuda de Ángela. Ella siempre sabía que hacer o qué decir en el momento indicado. Sintió que no podría cuidar correctamente a Jagger si no fuera porque ella lo ayudaba.

- Entonces ya aprendiste a entenderlo. –le dijo ella

- Un poco más cada día. El camino es largo, así que necesito seguir aprendiendo.

- Uno nunca termina de conocer a alguien, no sé si aplica tan bien para los animales como para las personas. –le dijo ella con resentimiento.

- Creo que es distinto, porque hay personas a veces no se dejan conocer bien. Los animales son transparentes siempre.

- Creo que tienes toda la razón. Me alegra que tu amigo haya hecho hasta lo imposible para ponernos en contacto y así poder hablar contigo.

- A mi más. Créeme que deseaba poder hablarte más que nada en el mundo. –le dijo él.
- Carlos, gracias por lo que hiciste por mí. No sé cómo todo esto sucedió, pero sé bien que, si no fuera por ti, hoy probablemente no estaría viva.
- No tienes nada que agradecer. Yo haría lo que fuera por ti. -le dijo Carlos con un poco de temor, pero con suficiente voluntad para decirle lo que realmente sentía.
- Lo mínimo que puedo hacer es agradecer. –le insistió ella.
- Puedes contar contigo para todo lo que necesites Ángela.
- Lo sé. Y eso no me hace sentir mucho más tranquilo. Ya está amaneciendo, pronto vendrán a tomarme la muestra de sangre. Me despido por ahora. Quizás después de eso pueda dormir un poco.
- Está bien. Estaré pendiente de ti. Escríbeme cuando necesites, no lo dudes por favor. –le dijo él.
- Lo tendré en cuenta. Qué tengas un muy feliz día Carlos.
- Tú también.

El sol ya se estaba colando por la ventana y a él le parecía algo maravilloso. El azul de las paredes le parecía como el azul del cielo donde se sentía flotando gracias a las palabras de Ángela. Ahora entendía muy bien su nombre, porque definitivamente esa mujer debía ser enviada directamente por los ángeles a la tierra y por una gran fortuna del destino, se había cruzado justamente en su camino.

Ya no recordaba las terribles pesadillas que había tenido aquella noche. No podía sino repasar una y otra vez, una y otra vez, la conversación que había tenido con ella desde la madrugada. Se sintió importante para ella; pues si no lo fuera, no le habría escrito durante aquella madrugada en la que no podía conciliar el sueño. Quizás, aquella conversación era una de las mejores

cosas que le había pasado en la vida; ya que sentía que quería decir que para ella también era necesidad hablarle a él. No pudo evitar sentir que probablemente habría una oportunidad para que en el futuro ella también lo quisiera a él.

Ahora más que nunca, él estaba dispuesto a esperar que ella superara la tragedia sucedida en su matrimonio. Se levantó entonces llenó de emoción, se dio una larga ducha fría mientras cantaba alguna canción que antes no había entonado. Después decidió que saldría a trotar un poco; lo cual fue verdaderamente insólito para sus padres, pues ellos sabían perfectamente que Carlos era enemigo de los deportes y de todo tipo de actividad física. Sin embargo, no le preguntaron nada; porque entendían que estaba pasando por un proceso difícil en el que debía reencontrarse consigo mismo.

Al mismo Jagger, que no podía hablar, le pareció extraño que su dueño saliera tan temprano, pero decidió acompañarlo; aunque fuera sin su entero consentimiento. Carlos se cansó en muy poco tiempo, pues nunca en su vida había salido a trotar; pero creía que a partir de ahora debería hacer cosas que nunca hizo, sobre todo aquellas que siempre quiso hacer, como por ejemplo ejercitarse.

Carlos regresó poco tiempo después a casa, le dio un beso a su madre y otro a su madre cuando entró de nuevo a la casa. Se sintió decidido a proseguir con su trabajo. En este momento si sentía la energía para poder avanzar en las responsabilidades que tenía atrasadas. Pero antes de comenzar le envió un mensaje a Edgar.

- Edgar, te agradezco tanto lo que has hecho por mí, nunca olvidaré esto. Hablé con ella, me siento el ser más dichoso sobre la tierra y todo es gracias a ti.

Alí Ignacio Contreras Colmenares

- Hay un inspector de la policía que quiere hablar contigo de lo ocurrido. ¿Te sientes preparada para dar tu declaración? –le preguntó su doctora tratante con suavidad en la voz.
- Creo que sí. –le dijo Ángela un poco nerviosa.
- Entonces le diré que puede pasar. ¿Estás de acuerdo? –le preguntó intentando sonar amistosa.
- Sí. –le dijo ella con seguridad, aunque no se sintiera del todo cómoda.

Ángela aún se sentía aturdida por todos los acontecimientos. Sus recuerdos no estaban del todo claros, pero se lo atribuía más al impacto que le causaba todo lo sucedido más que por un asunto de salud. Si bien, su relación con Alí iba de mal en peor, jamás hubiese deseado que todo terminara de la peor manera. Aun podía sentir el miedo, escuchar los gritos y percibir el sonido del disparo que acabó con la vida de él, y aunque fuera muy duro de admitir, ese mismo sonido fue el único que pudo terminar con el miedo que la invadía.

- Señora Ángela, ¿cómo se encuentra? Yo soy el inspector Oropesa, soy el encargado de la investigación por la muerte de su esposo Alí Contreras. –le anunció él.
- Hola inspector. Me encuentro mejor. Esperaba su visita.
- Qué bueno, no quiero ser inoportuno. Sé que debe descansar y lo menos que quiero es incomodarla, pero por la gravedad de la situación me veo obligado a tomar su declaración lo antes posible.
- Es su deber y lo entiendo. –le dijo ella.
- Se lo agradezco.
- ¿Qué necesita de mí? –le preguntó ella.
- Quiero saber qué sucedió aquella noche, con la mayor cantidad de detalles posibles. –le indicó él.

- Está bien. Alí y yo habíamos estado teniendo muchos problemas, pero ese día por la tarde una mujer me llamó, me dijo que tenía una relación amorosa con él y me dio detalles de él que comprobaban que eran muy cercanos; así que le envié un mensaje donde le decía que todo se terminó, así que por favor pasara recogiendo sus cosas. Él me llamó muy alterado y me dijo que iba en camino. Cuando llegó, estaba bastante molesto, me dijo que yo no podía abandonarlo, me acusó de tener una relación amorosa con otro hombre, yo lo negué, la discusión fue creciendo; entonces él me golpeó, no una vez sino muchas, no estoy segura de exactamente cuántas. Recuerdo que gritaba por ayuda. Después de un rato, escuché a Carlos en la puerta, pidiendo que le abrieran, yo intenté dejarlo pasar, pero Alí lo evitaba y seguía agredándome muy fuerte. De pronto Carlos pudo entrar al departamento y corrió hasta mi para protegerme. A partir de ese momento, todo es muy confuso para mí, yo luchaba con el dolor que sentía.

- ¿Recuerda de quién era el arma? –le preguntó el policía.

- Sí, era de Alí. Él fue por ella y nos amenazó. Carlos forcejeó con él, hasta que pudo quitársela; entonces me pidió que llamara a la policía, cuando yo corrí a alcanzar mi móvil, escuché un disparo y vi caer a Alí cerca de mí. Entonces, Carlos me alcanzó y me sostuvo. Hasta ahí puedo recordar.

- ¿Antes de esa noche, su esposo la había agredido?

- Una vez, hace años me golpeó.

- ¿Usted puso la denuncia?

- No. –respondió ella avergonzada.

- ¿Por qué no lo hizo? –le preguntó Oropesa.

- Porque tenía miedo de su reacción y porque no quería verme

envuelta en esa situación; le confieso que sentí mucha vergüenza.

- ¿Desde cuándo conoce a Carlos Avendaño?
- Desde hace poco más de un año, cuando se mudó al lado de mi departamento. –le contestó ella haciendo memoria.
- ¿Cómo lo describirías?
- Como introvertido pero amistoso, solitario, un poco tímido, muy inteligente e incondicional.
- ¿Qué tipo de relación tiene con él?
- Una relación de amistad. –le respondió Ángela.
- Ustedes se comunicaban mucho.
- Es verdad.
- ¿Qué le parecía esto a su esposo?
- A decir verdad, no le agradaba.
- ¿Y sin embargo eso no le importó? –le preguntó Oropesa.
- No se trataba de que no me importaba. –le dijo ella un poco irritada por la pregunta.
- ¿Entonces?
- Se trataba de que yo pasaba la mayoría del tiempo sola y Carlos me hacía compañía. Siempre me prestaba su ayuda y podíamos hablar de muchas cosas. Yo intenté de que Alí entendiera de que sólo era un amigo.
- ¿Lo entendió?
- Creo que no. –le dijo ella.
- ¿Carlos y usted nunca tuvieron nada más que una amistad?, ¿ningún contacto?, ¿ninguna insinuación? –le insistió él.
- Carlos me besó hace unas semanas atrás y me expresó su interés; por lo cual decidí alejarme de él.
- ¿Y él cómo lo tomó?

- Bien. –le respondió ella.
- ¿No se irritó o le hizo alguna amenaza?
- No, nunca. Él no es de ese tipo de persona. –le dijo ella comenzando a sentirse de mal humor.
- ¿Su esposo tenía seguro de vida?
- Sí. Mi esposo era piloto y ellos suelen tener seguros de vida. –le respondió ella.
- ¿De cuánto es el seguro?
- No lo sé. –le dijo tensa.
- ¿No lo sabe? –le inquirió el inspector.
- No.
- Es extraño. –le apuntó Oropesa
- Extraño sería saberlo. Nunca conté con que algo pudiera pasarle. Siempre me dijo que los aviones son el medio de transporte más seguro. –le explicó ella.
- Está bien. Dígame algo, ¿su esposo y Carlos alguna vez discutieron?
- No.
- ¿Está segura?
- Totalmente. Carlos no es del estilo de discutir y Allí estaba muy poco en nuestro departamento; por lo que en realidad ellos se cruzaron contadas veces por los pasillos del edificio.
- ¿Usted se ha comunicado recientemente con Carlos Avendaño? –le preguntó Oropesa.
- No. –le dijo ella, intentando sonar con naturalidad.
- Si él intenta comunicarse con usted por favor hágamelo saber. –le dijo él, entregándole una pequeña tarjeta que contenía un número telefónico.

- Entendido. –le dijo ella.

Cuando Oropesa salió de la habitación, Ángela se sintió más relajada, respiró con profundidad y un peso extremo se quitó de sus hombros. Ella estaba completamente consciente de que ni ella ni Carlos había deseado la muerte de Alí; pero aquel policía la hacía sentir como si, de alguna manera, ella tuvo la culpa y era responsable por lo ocurrido; entonces sintió ganas de llorar, se cuestionó a sí misma.

Ella cerró los ojos y vio a Alí. No al Alí que era aquella noche sino al que había conocido años atrás. La primera vez que lo vio fue en el aeropuerto de Atenas, cuando ella viajaba hacia Londres; lo vio pasar con dos hombres más. Los tres estaban uniformados y se notaban que eran del personal encargado de los vuelos, Alí resaltaba entre los tres porque era el más alto y tenía una actitud de grandeza que se le notaba a leguas de distancia. A ella le pareció que aquel hombre era guapo, pero demasiado altanero, así que le dedicó media sonrisa y siguió leyendo el libro que traía en sus manos. En ese momento, él no la vio.

Ese día, ella subió al vuelo que él pilotaba. Al entrar en el avión volvió a verlo, pero en esta ocasión él sí la vio y ella se dio cuenta, pues la observó de manera tan insistente que llegó a sentirse un poco incómoda. Ella le desvió la mirada y prefirió enterrar sus ojos de nuevo en las letras de su lectura. Al finalizar el vuelo, cuando se disponía a bajar del avión, notó de nuevo que él la observaba con una pequeña sonrisa en el rostro; ella no le quiso dar importancia y prosiguió su camino.

Después ella viajó en varias ocasiones más y no coincidió con él, de hecho, ya se había olvidado completamente de ese piloto altanero que la miró de manera incómoda. Hasta que, en una oportunidad, cuando viajaba rumbo a España para reunirse con unos colegas lo vio de nuevo; estaba vez en el

cafetín del aeropuerto de Berlín donde esperaba que la llamaran para abordar. Él estaba solo esta vez, pidió un café y buscó dónde sentarse, pero el único asiento disponible estaba en la mesa de ella.

- ¿Me puedo sentar aquí? –le preguntó él, en perfecto inglés.
- Sí, adelante. –le dijo ella en español, alzando por un momento la mirada.
- ¿Te conozco de algún lugar? Me pareces conocida. –le dijo él.
- No lo creo. –le respondió Ángela.
- ¿Y cómo sabías que hablo español?
- Intuición. –le mintió ella.
- No te creo.
- Está bien. Es que tu gafete dice Contreras, y no creo que haya alguien de ese apellido en este mundo que no sepa hablar español.
- Ah, tienes razón; pero creo haberte visto en un vuelo antes hace algún tiempo. –le dijo él con una sonrisa.
- Puede ser. Suelo viajar mucho. –le respondió ella sin quitarle la mirada a su móvil.
- Yo también. Mi nombre es Alí Contreras. –le dijo él, extendiéndole la mano.
- Ángela. –le respondió ella estrechando su mano.

A partir de ese momento él insistió en mantenerse en contacto con ella. A través de un contacto en la aerolínea para la cual trabajaba, consiguió el número de ella, le escribía constantemente y la invitaba a salir. Poco a poco, por su insistencia, ella terminó por ceder. Al inicio, él era muy caballeroso con ella, incluso aun en los primeros meses de matrimonio, pero con el paso del tiempo él fue haciéndose un poco más amargo con ella.

Tal vez se debía a que no soportaba que le llevaran la contraria en

nada, y Ángela no era el tipo de persona que aceptara de entrada todo lo que le impusieran. A pesar de ello, ella sentía que había cedido mucho para obedecer los designios de su esposo, siempre con la intención de salvaguardar su relación. Sin embargo, ya desde hacía un tiempo se sentía una prisionera de él y por momento pensaba que no podría tolerar aquello por mucho tiempo. Entonces, sucedió lo peor.

- El inspector Oropesa vino a tomar mi declaración esta tarde. –le escribió Ángela de manera abrupta a Carlos, lo que le hizo saltar el corazón.
- Me imaginé que iría pronto, pero no tan pronto. ¿Te sientes bien? –le preguntó él.
- Fue muy difícil. No sé cómo, pero me hizo sentir que de alguna manera yo tuve la culpa de lo ocurrido. –le confesó ella.
- No tuviste la culpa. Él fue quien te agredió y yo fui quien le disparó.
- Pero quizás de haber terminado la relación antes las cosas no se habrían salido tanto de control. –le dijo ella.
- Eso no lo sabes. Él pudo elegir entre actuar con tranquilidad o hacer lo que hizo. No fue tu decisión, fue la de él. Si fuese por él, tú no estarías dónde estás ahora. –le dijo Carlos, intentando calmarla un poco.
- Sé que tienes la razón, pero no puedo evitar sentirme así.
- Lo sé. No estamos preparados para que algo así suceda en nuestra vida, pero que nadie te haga dudar de que lo que pasó no fue tu culpa.
- ¿En qué piensas tú para calmar tu conciencia? –le preguntó ella.
- Pienso en que él podría haberte asesinado, si yo no le disparaba. –le confesó él.

- Ojalá las cosas hubiesen sido distintas. Ojalá nunca lo hubiese conocido. –le dijo ella, mientras lloraba en silencio.
- No vale la pena lamentarse. Ahora tenemos que intentar superar toda esta tragedia. Puedes contar conmigo para lo que necesites.
- Cuando salga del hospital quiero ir a ver a mis padres en Londres. –le dijo ella.
- Me parece una buena idea. En este momento necesitas del apoyo de tu familia. –le dijo él, aunque sintió que su corazón se detenía; eso significaba que ella se alejaría de él, y que probablemente no regresaría.

La unión

Carlos, mientras trabajaba en su ordenador, recibió un correo electrónico de una cuenta que no reconoció a primera vista. Al abrir el contenido, notó que era la dirección oficial del juzgado; le notificaban que en dos días se llevaría a cabo su audiencia por los cargos de asesinato premeditado que pesaban sobre él. No pudo evitar sentirse muy nervioso, a pesar de que estaba casi completamente seguro que lo declararían inocente por su alegato de defensa propia y ajena.

Actualmente, se sentía mucho más seguro de su defensa pues Torres había estado muy comprometido en la preparación del caso; además, había estado trabajando en conjunto con su padre, quien no sólo era abogado penal de mucha experiencia, sino que creía plenamente en la inocencia de su hijo. Así, ambos abogados se habían volcado por completo en el caso de Carlos, para ninguno de los dos existía en ese momento nada más importante que ganar esa causa. Para Danilo Torres representaba el resurgir de su carrera, pero para Marcos Avendaño significaba recuperar la vida de su hijo y entregársela de nuevo en sus manos para que tuviera una segunda

oportunidad.

Carlos les había dado toda la información que Edgar encontró; y de alguna forma, pudieron hacerse con las pruebas de todo lo dicho. Ahora, sólo hacía falta convencer al juez de que Alí era un hombre violento, quien tarde o temprano terminaría asesinado a su esposa actual o a otra mujer. Y, la verdad, ninguno de los dos pensaba que aquello fuera demasiado difícil, teniendo en cuenta todas las pruebas que había logrado recabar.

- Hola Carlos. ¿Cómo estás? –le escribió Ángela.
- Hola, bien. ¿Y tú?
- Bien, es difícil vivir en un lugar que no es propio; pero no podía estar en mi departamento.
- Lo sé. Yo no podía estar en el mío tampoco.
- Recibí un correo donde me citaban para declarar en tu juicio en dos días. –le informó ella.
- Yo también lo recibí.
- ¿Estás nervioso?
- Sólo un poco. Allí se decidirá el resto de mi vida.
- Confío en que se hará justicia. Tú eres inocente, eres mi héroe.
- Tus palabras me calman.
- Me gustaría verte. –le dijo ella.
- A mí también. –le dijo él con emoción.
- Supongo que nos veremos en el juzgado en dos días.
- ¿Quieres que nos veamos antes? –le preguntó él, mucho más nervioso que antes por el mensaje de la fiscalía.
- Sé no es posible. Te arriesgas demasiado escribiéndome.
- El riesgo valdría la pena. Sólo dime si quieres.
- Sí, me gustaría mucho.

Carlos se sintió intranquilo. Debía encontrar la manera de verla, no podía desaprovechar la oportunidad. Sentía como si su mente corriera a miles de kilómetros por hora, pero no lograba encontrar la manera de verse. Entonces hizo lo único que se le ocurrió, les pidió consejo y ayuda a Edgar. Él le advirtió que era peligroso pero que, si de todas maneras decidía arriesgarse, él encontraría la forma. Por supuesto que Carlos no vaciló en decirle que estaba seguro de que eso era lo que él quería.

Edgar preparó todo. Pasó buscando a Carlos por un cafetín en el centro de la ciudad y lo llevó a su departamento. Tuvieron cuidado de que nadie los viera entrar. Una vez allí, él le dijo que esperara mientras buscaba a Ángela. Le había dicho que fuera a una farmacia al este de la ciudad y que allí esperara a que alguien le indicara qué hacer. Ella atendió a las instrucciones, una vez en la farmacia una chica se acercó a ella y la abrazó para saludarla como si la conociera.

- Carlos me envió a buscarte. Sígueme. –le dijo al oído.

Ella siguió a la chica, quien la dirigió hacia la parte de atrás del local; al salir por la puerta auxiliar un coche la esperaba. Ella le indicó que se subiera y Ángela un poco nerviosa lo hizo; sin embargo, se sintió un poco más tranquila al ver el rostro conocido de Edgar. Hasta ese momento ella no conocía su nombre, pero lo recordaba del hospital. Ahora por fin se presentaba de manera oficial con su verdadera identidad. Él manejó durante algunos minutos, hasta que llegaron a un edificio donde entraron si ser vistos.

Ángela atravesó una muerte, seguida por Edgar, y la primera imagen que vio en el lugar fue la de Carlos sentado en un sofá con rostro de nerviosismo que al verla se había transformado en una gran sonrisa que le contagió inmediatamente. Ambos contuvieron sus deseos inconfesables de abrazarse.

- Bueno chicos, acá están. Los dejaré. En dos horas regreso. –les indicó Edgar con firmeza.
- Hola. –le dijo ella con una sonrisa.
- Hola. –le dijo él con la voz temblorosa.
- Tu amigo es toda una caja de sorpresas. Yo diría que trabaja con la mafia rusa. –le dijo ella intentando romper el hielo.
- Quizás lo haga, no quisiera preguntarle. –le respondió él con una sonrisa.
- ¿Puedo abrazarte? –le preguntó ella.
- No tienes que preguntar. –le dijo él acercándose a ella rápidamente.

Carlos y Ángela se abrazaron fuertemente, como agradeciendo que el destino conspiró para que ellos pudieran estar aun allí y que a pesar de las prohibiciones pudieran reunirse. Con ese abrazo, Carlos sintió que por fin su alma regresaba a su cuerpo, se llenó de alivio y de esperanza de un futuro prometedor. Ángela se sintió protegida y muy querida, dos sensaciones que necesitaba con urgencia para poder sobrellevar el trauma que vivía.

- Gracias por venir. –le dijo él.
- Pero yo fui quien pidió verte y tú eres quien lo arriesga todo por verme; soy yo quien debería agradecerte.
- Es verdad, sin embargo, mi deseo de verte era inmenso; sólo que no me atrevía a decirlo porque tendrías que haber pasado por muchos inconvenientes; como lo fue en realidad.
- No fueron inconvenientes, más bien fue como una aventura. –le dijo ella sonriendo y retirándose un poco de él.
- Es una manera de suavizarlo.
- Sí, pero ya pronto saldrás de esta situación y no será necesario que hagas cosas escondidas. –le dijo ella.

- ¿Crees que me declaren inocente? –le preguntó él.
- Creo que se hará justicia, ellos no necesitan declarar que tú eres inocente porque en realidad lo eres. Pienso que te absolverán de los cargos. No me parecería justo de ninguna otra manera. –le explicó ella.
- Tú eres la persona más afectada por mis acciones, que me digas eso me tranquiliza mucho. –le confesó él.
- Yo fui afectada por las decisiones de Alí, esa es la realidad. No tenía opción Carlos. No fue tu culpa.
- Te confieso que es difícil para mí verlo. Sobre todo, teniendo en cuenta lo que siento por ti. –le dijo él un poco sonrojado.
- Que yo te atraiga no quiere decir que hayas planeado matar a alguien. Así que no hay delito en ello.

Ambos se sintieron un poco extraños al hablar de ello, pues hacía varias semanas atrás se había acordado entre ellos no volver a hablar nunca más de intereses románticos. Sucedió el día cuando Carlos quiso pedirle disculpa a Ángela por el beso que le había dado; por lo que ella pidió una explicación. Y entonces, él se vio obligado a decirle la verdad en relación con lo que sentía por ella. Él le confesó que estaba perdidamente enamorado de ella, sin embargo, también le expresó que no tenía intenciones de destruir su matrimonio y lo único que pedía de ella era la amistad que hasta el momento del beso había compartido.

Ángela se sintió muy abrumada por la confesión de él; sin embargo, accedió a continuar su amistad con él, siempre y cuando no volviera a intentar algo así ni volviera a hablar del tema; sino tendrían que alejarse de manera tajante y definitiva. Carlos estuvo de acuerdo con las condiciones que ella le planteaba, pues le parecían justas y no esperaba algo distinto.

- Sabes que lo que siento por ti es bastante más que una simple atracción. –le dijo él con mucha vergüenza y con las mejillas envueltas en color rojo.
- No sé qué decir Carlos.
- No es necesario que digas nada, como te dije antes; no espero de ti más que una amistad. Pero te confieso que no pierdo la esperanza de que en el futuro me mires con otros ojos. –le dijo él.
- ¿Con qué ojos te miro? –le preguntó ella.
- Con los de la amistad.
- En este momento, eres la persona con la que me siento más cercana.
- Qué bueno.

Ambos estaban sentados en el sofá, ahora habían quedado en silencio; sin embargo, no se sentían incómodos. Disfrutaban de estar juntos así no se dijeran nada. Carlos sentía como su amor por ella crecía a cada instante que pasaba y ella se sentía a salvo con él, tenía la sensación de que todo mejoraría tan sólo con el hecho de estar a su lado. Ella recostó su cabeza en el hombro de él, Carlos la envolvió en sus brazos y beso su frente. Le decía que ya todo había pasado y que su vida de ahora en adelante debía ser mucho mejor.

Seguidamente ella alzó su rostro y vio a Carlos a los ojos, se sintió hipnotizada por tanta ternura y tanto amor que veía en su mirada. Con esa mirada, tan cercana, él sintió un magnetismo que no pudo contener; se sintió atraído directamente hacia los labios de ella; y sin darse cuenta la besó, por segunda vez en su vida. Sin embargo, en esta ocasión, a diferencia de la primera, ella no se apartó, sino que también lo besó.

Carlos acariciaba los labios de ella con los suyos, entraba en su boca con su lengua y respiraba su aliento con avidez. Ninguno de los dos pensó

demasiado en lo que estaba sucediendo, simplemente lo dejaron pasar. Carlos acercaba el rostro de ella con una de sus manos, mientras que con la otra la abrazaba y la mantenía junto a él. Ella se aferraba a él con una de sus manos en su cuello y sólo podía pensar en la pasión con la que él la besaba; no quiso separarse, deseó sentirse amada.

De un momento a otro, para sus cuerpos no fue suficiente besarse sólo con los labios; así que Carlos se acostó sobre Ángela y ella lo recibió abrazándola con mayor energía. Él bajó a besar su cuello y ella no abrió los ojos, estaba concentrada en la dulzura de los besos y el roce de las manos de ese hombre. Ninguno de los dos podía evitar querer ir más allá. Las manos de él iniciaron un trabajo de reconocimiento por todo el cuerpo de ella, primero por encima de la ropa. Carlos sujetó sus senos con fuerza, bajó por su cintura con suavidad y llegó a sus caderas con ímpetu.

Ángela se sentía muy excitada por la manera cómo él la tocaba y la besaba, lo hacía como si no existiera algo más importante en el mundo, como si su propia vida dependiera de ello. Gracias al calor que sentía, perdió el control de su cuerpo; ahora él sólo respondía a sus instintos más carnales. Las caderas de ella se comenzaron a balancear para sentir la erección que se podía distinguir con facilidad en los pantalones de Carlos. Él quiso preguntarle si estaba segura de lo que estaba pasando, pero no lo hizo porque sabía que él mismo no tenía la voluntad para detenerse ahora; sólo podía pensar en poseerla.

Carlos fue quien comenzó a desvestirla, pero en pocos segundos ambos estaban completamente desnudos. Él besaba todo su cuerpo, intentando grabar en sus labios cada milímetro de ella; mientras ella exhalaba suspiros de placer. Él la acarició completamente, notó que su sexo estaba deseoso de recibirlo; entonces nuevamente la besó en los labios con mucha

más energía a la vez que entraba en ella. Ambos jadeaban de placer incalculable; no querían ni podían detenerse.

Sus cuerpos se unieron a tal nivel que para ellos mismos no era posible saber qué parte del cuerpo era propio o qué era del otro, en ese instante sintieron que los dos eran uno mismo en esencia. Si bien al inicio los envolvía la dulzura, lo que se apoderaba de ellos ahora era el deseo de sentir más y más. En medio de movimientos enérgicos y gemidos incontrolables, Carlos sintió cómo el cuerpo de Ángela se estremecía por completo en sus brazos, lo cual desató en él un fuerte orgasmo que casi lo deja inconsciente.

La decisión final

Carlos ya de regreso a la casa de sus padres, tumbado en la cama de la habitación que ocupada, pensando, hubiese deseado decir que después del milagro ocurrido con Ángela, ellos decidieron estar juntos en contra de cualquier pronóstico; pero la verdad era que luego de eso, ella le había explicado que no podía dejar que lo sucedido interfiriera con su proceso judicial, que lo mejor era mantenerse alejados y que se sentía muy confundida.

La experiencia de entregarse a Ángela y de recibir su entrega, para Carlos era definitivamente lo mejor que le había ocurrido en toda su vida. Aunque pueda sonar mediocre nunca aspiró a tanto; sin embargo, ahora que la había tenido, no sabía cómo podría continuar su vida manteniéndose alejado de ella. Pero debía hacerlo, era su firme decisión.

Por su lado, Ángela se había sentido más amada y más deseada que nunca. No estaba segura por qué había permitido o más bien por qué había querido que aquello sucediera, pensaba que podía haber sido por la necesidad que tenía de sentirse amada o en realidad ella también estaba enamorada de él, la verdad era que no estaba segura, se encontraba muy confundida. Y aquella incógnita no era lo que pensaba que debía ofrecerle a alguien para iniciar una relación. Por ahora, lo mejor era alejarse y dejar que el tiempo aclarara todo en su mente y corazón.

Ella decidió que una vez que rindiera su declaración en los tribunales, tomaría el primer vuelo con rumbo hacia Londres. Había hablado con sus padres sobre su deseo y ellos se encontraban ansiosos de verla lo antes posible. Seguramente la distancia, el cariño y las atenciones de sus padres la harían superar los acontecimientos recientes y, así, poder entender mejor sus sentimientos.

El día del juicio llegó. Carlos se sentía más nervioso por el hecho de volver a Ángela que por lo que realmente se iba a decidir en el juzgado. Quien sí se notaba muy nervioso por ello era Torres, pero el padre de Carlos intentaba calmarlo y darle las indicaciones de último momento. Los nervios del abogado se agudizaron ya que cuando tan solo faltaban cinco minutos para iniciar la audiencia, su testigo principal, Ángela, no había llegado aún.

Carlos al darse cuenta también sintió que sus nervios empeoraban al punto de convertirse en miedo. Tenía miedo de que ella, a raíz de lo que sucedió entre los dos, decidiera que lo mejor era no verlo más, que ya ni siquiera le importara su libertad y su futuro. Sentía cómo una gota de sudor corría por su frente, como expresión de la presión que sentía en su pecho y en su mente.

Cuando ya estaban dando inicio al juicio, justamente cuando Carlos y resto pensaron que ya todo estaba perdido; Ángela entró en el juzgado y en silencio se sentó a esperar su intervención. Todos sintieron gran alivio, pero nadie como Carlos porque su presencia significaba que él era importante para ella, aunque fuera un poco. Él con sus ojos buscó la mirada de ella y la encontró, le dedicó una pequeña sonrisa de apoyo; que, aunque fue un gesto simple era lo que Carlos necesitaba en ese momento.

Torres actuó con agilidad en sus argumentos, demostró de manera firme e irrefutable que Alí era una persona violenta. Y aunque fuera imposible de demostrar ahora, sembró la duda en la mente del juez acerca de su posible responsabilidad en la muerte de su anterior esposa. Así que todo estuvo perfectamente servido para que Ángela diera su versión de los hechos.

En su declaración juramentada, dejó claro que su esposo tenía un genio bastante fuerte y que no había sido la primera vez que la golpeaba; aunque sí de esa manera, puesto nunca ella se había atrevido a comunicarle que quería

el divorcio. Así mismo, confesó que sabía que él le era infiel y fue muy tajante cuando manifestó que tenía la certeza de que, si no hubiese sido por la intervención de Carlos, Alí la hubiese asesinado. Toda la declaración fue desgarradora tanto para ella como para las personas que la escuchaban; Ángela intentaba en vano contener las lágrimas que en ocasiones se colaban por sus ojos.

Finalmente, al terminar con su declaración Ángela se sintió liberada de un peso que cargaba sobre sus hombros. Luego de la última declaración, el juez se retiró a tomar su decisión, pero regresó tan sólo cinco minutos después y anunció que tenía listo su veredicto.

- Analizadas las pruebas y escuchadas cada una de las declaraciones se ha tomado una decisión. Carlos Avendaño se le absuelve por completo del cargo de asesinato premeditado, por la convicción de que actuó usted en defensa de su integridad y de la señora Ángela Ferrero Olivares. Se le concede, por lo tanto, libertad plena.

Un suspiro colectivo irrumpió en el lugar. El padre de Carlos lo abrazó con inmensa alegría; él lo recibió, pero no sin buscar con la mirada a Ángela, y la encontró, pero sólo para verla partir. Él bajó la mirada, no la siguió y se dispuso a recibir los abrazos de sus seres queridos. Torres también lo abrazó con mucha energía, su rostro estaba rojo y exhibía una sonrisa de felicidad plena.

- ¿Estás bien hijo? –le preguntó su madre al notar la mirada perdida de él.
- Sí mamá. Estoy muy bien.
- Lo lograste. –le dijo con los ojos iluminados.
- Lo logramos. –la corrigió él, y le dio un beso en la mejilla.

Al regresar a casa, sus padres, sus dos hermanos y Torres brindaban con vino espumante por el triunfo obtenido. Carlos prefería sólo tomar gaseosa. Desde hacía muchísimos años no se escuchaba tanta algarabía en aquella casa. Había colocado música de fondo y todos hablaban en tono de voz alto. Carlos estaba callado, un poco más de lo usual.

- Carlos, ¿estás bien? –le preguntó Alicia, su hermana que había tomado un vuelo para poder estar con él ese día.
- Sí hermanita. Estoy bien. Un poco abrumado por tantas cosas.
- Te entiendo, pero ya pasó. Ahora podrás retomar tu vida o mejor la que ya tenías. Lo importante es que tienes la opción de elegir. –le dijo ella intentando contagiarlo de un poco de emoción.
- Sí, puedo elegir y ahora lo valoro de verdad.
- ¿Entonces qué harás? . le preguntó ella.
- Aun no lo sé, pero sé que voy a vivir de una manera distinta.
- Te quiero mucho hermano. No sabes lo feliz que estoy de saberte libre.
- Yo también te quiero mucho y me alegra que estés aquí para apoyarme. –le dijo él y la abrazó.

Terminada la tarde, aun había celebración en el hogar de los Avendaño. Pero Carlos se disculpó, les dijo que se retiraría a su habitación pues se sentía muy cansado; todos fueron comprensivos con él y le desearon un descanso reparador. A pesar de que era bastante temprano, apenas Carlos se recostó en su almohada se quedó dormido; seguramente por la relajación que le provocaba saber que había terminado aquel proceso tan engorroso y peligroso para él.

Sin embargo, se despertó un poco desorientado en la madrugada. Buscó el móvil para ver la hora y logró ver que eran las tres y cuarenta y

cinco. Intentó volver a conciliar el sueño, pero esta vez sí le resultó completamente imposible. Daba vueltas en la cama, imaginando a Ángela, recordando cada instante que había pasado con ella desde el momento que la conoció. Una hora después, se dio por vencido así que se levantó de la cama y se sentó frente al ordenador.

Tenía el impulso de saber si ella había comprado boleto para irse a Londres pronto, se contuvo para no buscar esa información, pero la voluntad le duro poco tiempo. De manera ávida, pero a la vez muy cuidadosa irrumpió en los servidores del aeropuerto para verificar si el nombre de ella aparecía como pasajera para algún vuelo en los próximos días por venir. No tuvo que buscar mucho para ver que el nombre de Ángela aparecía en la lista de pasajeros que debían abordar el vuelo de esos mismos días a las ocho de la mañana, rumbo a Londres.

Carlos sintió que todo el mundo se le caía encima. Realmente se iba, no sólo se iba pronto como se lo había asegurado, sino que se iba ya mismo. Él no supo qué hacer, sabía que no debía interferir con su decisión, pero su corazón le pedía a gritos que no le permitiera marcharse, que hiciera algo, que evitara que tomara ese vuelo. Definitivamente tenía que hacer algo, no podía seguir siendo simplemente un espectador de la vida, debía ser un personaje principal en su propia historia.

Se dio una corta ducha con agua fría, se vistió, cuando aun todos en la casa dormían tomó las llaves del coche y se fue rumbo al aeropuerto a esperar que Ángela llegara allí, pues no sabía dónde se estaba hospedando durante esos días; pero tenía la certeza de que ella no había regresado a su departamento. Carlos ubicó la puerta por la que debía entrar ella, se sentó en un lugar donde podría observar todo y estuvo atento para verla pasar. Planeaba decirle lo que fuera necesario para detenerla.

Pasó un tiempo y no la veía, su pierna subía y bajaba de manera convulsiva, sus ojos no paraban de evaluar a las personas que circulaban por allí, sus manos temblaban un poco pero no podía ocultarlo; incluso una mujer amable le preguntó si se encontraba bien, él trató de disimular su desesperación diciéndole que solo estaba nervioso porque esperaba a alguien, o cual no era mentira. Ya se acercaba la hora de abordar y no se había encontrado con ella; comenzó a temer que había pasado y él no la había visto. Un frío le recorrió todo el cuerpo tan solo de imaginar aquello.

- Carlos, ¿qué haces aquí? –escuchó la voz de Ángela a su lado y él no pudo evitar saltar un poco de sorpresa.
- María, estaba esperándote. –le confesó él.
- ¿Cómo sabías que estaría aquí? –le preguntó ella.
- Lo averigüé. –le dijo él con un poco de vergüenza.
- ¿Y por qué estás aquí?
- Vine a decirte que no puedes irte Ángela.
- Carlos, no hagas esto más difícil por favor.
- No es mi intención dificultarte nada. Te lo aseguro. ¿A qué le huyes?, ¿por qué necesitas irte? –le preguntó él con ofuscación.
- Necesito alejarme.
- ¿De mi?
- Del recuerdo de Alí. –le aclaró ella.
- ¿Y qué hay de mí?, ¿no significo nada para ti?
- No se trata de eso. Sabes que eres muy importante para mí. Por eso esperaré a estar segura de que te absolverían para poder irme. –le dijo ella.
- ¿Y lo que pasó entre nosotros qué significó?, ¿no crees que valga la pena saber qué puede surgir entre los dos?
- Sabes que para mí fue algo muy especial, pero en este momento

no puedo Carlos. Me siento dividida, me siento confundida. –le explicó Ángela.

- Yo estuve allí y pude sentir que no solamente soy yo, que a ti también te está pasando algo intenso conmigo.

- Lo sé, pero ahora no lo puedo asumir. Por favor, no me odies. Yo siempre te estaré pensando bonito. Si esto hade ser, será. –le dijo, le dio un tierno beso en los labios y se encaminó a la puerta de entrada.

Despedidas

Ya habían pasado unos meses de la partida de Ángela, y si había algo que Carlos comprobó en ese tiempo, era que no podría olvidarla, que ella era la mujer que se había llevado su corazón. No pasaba día, ni hora, en que no le dedicara a ella por lo menos un pensamiento. Sin embargo, le hizo caso, lo pensamientos que le dedicaba eran todo bonitos. A pesar de que se había ido no sentía rencor hacía ella, entendía que no había pasado por una situación sencilla y que debía buscar su tranquilidad, antes que nada.

Él había regresado a su departamento, estaba convencido que tenía que enfrentar los acontecimientos para poder superarlos; y aunque aun no podía ni saludar a las personas que le había comprado el departamento a Ángela, creía que iba encaminado en la aceptación de las cosas. Su hermana se quedaba seguido con él, su compañía era de gran ayuda y ahora había decidido que cuidara su departamento durante algún tiempo pues él quería viajar. Se había cansado de conocer los lugares sólo a través de una pantalla, ahora él quería vivir.

No tenía la ilusión que durante sus viajes pudiese olvidar a Ángela, más bien contaba con que podría difundir su recuerdo por todos los territorios que visitara. Estaba seguro de que la extrañaría aun más, que añoraría su

presencia, pero al fin y al cabo eso también era vivir.

- Alicia, quiero pedirte algo. –le dijo un día mientras cenaban fuera.
- Eso sonó un poco extraño y sombrío. ¿Qué estás planeando? –le dijo ella con expectativa.
- Jajaja no es nada extraño ni sombrío. Quiero pedirte que si es posible te quedes un tiempo en mi departamento, cuidándolo. –le dijo él.
- No entiendo. ¿Por qué debería cuidarlo?
- Es que voy a irme de viaje. –le notificó él.
- ¿Para dónde vas? –le preguntó ella con curiosidad.
- Voy a muchos lugares, pero exactamente no estoy seguro. Creo que comenzaré por Egipto.
- ¿Es en serio?, Estás de broma, ¿verdad? –le preguntó ella con una expresión de sorpresa en el rostro.
- No estoy bromeando, tía; que me voy te digo. Por un tiempo. No sé exactamente cuánto.
- Esto si es una sorpresa agradable. Mi hermano el ermitaño ha decidido abrir sus alas. –le dijo ella con una sonrisa en tono de chanza.
- No te burles, tía. –le advirtió él.
- Pero es que no me burlo. Lo digo de verdad. Me alegra mucho que tomes esa decisión. Recuerdo cuando éramos adolescente, que, durante un verano, duraste una semana entera metido en tu cuarto. Cuando te decíamos que salieras con nosotros, tú decías que estabas programando y que si parabas ibas a perder todo el trabajo que habías hecho. Todos intentamos negociar contigo, mamá y papá hasta dinero te ofrecieron y tú te negaste. Hasta que mamá no toleró

más tu encierro y te desconectó el ordenador. Casi te echas a llorar.
–le contó ella.

- Sí me acuerdo, no es necesario que me lo cuentes; yo estaba allí.

- Yo solamente decía. ¿Qué te ha impulsado a esto? –le preguntó Alicia.

- Creo que el miedo a perder la oportunidad de hacerlo. No es que antes no haya querido hacerlo, es que siempre pensé que tenía tiempo de sobra. Pero ahora me doy cuenta de que no, que la vida no hay que pausarla, sino que vivirla ya; porque no sabemos qué puede pasar mañana u ahora mismo.

- Que te has convertido en todo un filósofo, tío.

- Lo tuyo es pura chanza. –le dijo él riéndose.

- Es chanza, pero sé que tienes la razón, me alegro de que pienses así y puedes contar conmigo para lo que necesites. ¿Cuidaré a Jagger?

- No será necesario. Me lo voy a llevar. –le informó sonriendo.

- ¿De verdad? Pero eso no es como complicado.

- Un poco, pero estoy haciendo los trámites correspondientes y pronto tendré los documentos que se requieren. No quiero dejarlo, él es mi compañero fiel. Con él podré disfrutar todo aun más.

- Si eso es lo que quieres yo te apoyo hermano. –le dijo ella.

- Gracias Alicia, sabía que podía contar contigo.

Carlos decidió que no se llevaría para su viaje ni el móvil ni el ordenador, solamente una cámara fotográfica; de esa manera no se entretendría y lograría disfrutar al máximo la experiencia. Para estar comunicado con su familia, dependería de la conexión del lugar a donde fuera. Le prometió a su madre que le enviaría por lo menos un correo electrónico a la semana.

- Hola Edgar. ¿Cómo estás? –le escribió a su amigo para despedirse.
- Hey Carlos. Qué bueno saber de ti. Todo bien. ¿Cómo te estás yendo?
- Muy bien. Quería decirte algunas cosas. Primero que nada, que estoy muy agradecido por todo lo que hiciste por mi; estoy seguro de que si no hubiese sido por tu intervención yo no habría obtenido mi libertad absoluta.
- Tranquilo, como te dije, te considero mi amigo y sé que tú habrías hecho lo mismo por mí, sé que cuento contigo y para mí ese es más que suficiente. –le respondió él.
- Igual creo que hay que ser agradecido con las cosas buenas de la vida. Lo otro es que deseo informarte que estaré de viaje, no sé exactamente cuánto tiempo, pero serán algunos meses. No podré comunicarme constantemente pues prefiero dejar mis dispositivos en casa. Te estaré escribiendo algún correo electrónico de vez en cuando.
- Me alegra saber eso. Te lo has ganado. Mereces disfrutar la vida al máximo y si así es cómo quieres hacerlo, adelante. Estaré atento a tus correos. No olvides de enviarme fotografías.
- Te las estaré enviando. De nuevo muchas gracias.
- Disfruta mucho. –se despidió Edgar.

Hacía varios meses que no se comunicaba con Ángela, Carlos se resignó a que debía darle su espacio. Así que no sabía si notificarle o no. Por varios días estuvo analizándolo, hasta que finalmente se convenció de que no pasaba nada malo si le escribía para contarle. Al fin y al cabo, ellos no habían discutido ni separado en malos términos; en realidad, a su pesar ni siquiera podía decirse que se separaron pues nunca estuvieron juntos cómo él lo

hubiese deseado.

- Hola Ángela. Es un gusto para mí saludarte. Espero no sea inconveniente que lo haga. Desde hace un tiempo quería escribirte para saber de ti, pero no me atreví sino hasta hoy. ¿Cómo estás?, ¿cómo está tu familia?, ¿qué tal te has sentido en Londres? Te confieso que siempre te pienso, pero siempre de una manera hermosa. Los malos recuerdos ya casi se han esfumado de mi mente. Además, creo que ellos no tienen cabida entre tú y yo. Pronto emprenderé un viaje largo, quiero ver con mis propios ojos muchas de las cosas que me describiste. No llevaré conmigo mi móvil ni tampoco mi ordenador, espero encontrar la manera de contactar contigo en el camino. Escríbeme pronto. Te mando un beso cariñoso.

Carlos leyó detenidamente el texto escrito para Ángela, imaginó sus ojos paseando por la pantalla para leer el mensaje, pensó en una pequeña sonrisa dibujada en su boca; deseó poder tocar sus labios con sus dedos y su mejilla con su boca. Se dejó de miedo y envió el mensaje. A penas lo envió quiso tener respuesta, pero sabía que aquello no era posible.

- ¿Listo? –le preguntó Ángel.
- Sí. Sólo termino de apagar esto. –le respondió
- Voy a ir bajando tu equipaje.
- Está bien. Ya te alcanzo. –le dijo Carlos a su hermano.

Tomó su pasaporte, su pasaje, un maletín y guio a Jagger a la puerta. Le echó un último vistazo al departamento, cómo despidiéndose, pero no del lugar, sino de la persona que era él; porque sabía que, a partir de ahora, ya no sería el mismo. Finalmente, cerró la puerta con llave, cerrando a la vez una etapa de su vida.

Alicia y Ángel lo llevarían al aeropuerto pues sus padres no quisieron verlo partir. Para ellos era muy duro ver a su hijo, el más difícil, el más solitario, hacer un cambio tan drástico en su vida. Estaban de acuerdo, pero no era algo fácil de ver. Carlos le entregó la llave de su departamento a Alicia y ella la recibió con un pequeño guiño.

- No se te olvide escribirnos a penas tengas la oportunidad por favor. –le pidió Alicia.
- Lo haré.
- Nos envías fotos. –le pidió Ángel.
- Sí.
- Ten cuidado con el agua que consumes, te puede dar un parásito raro si no es potable. –le advirtió su hermana menor.
- Sí mamá. –le dijo él riendo.
- Te quiero tarado. –le dijo ella y lo abrazó.
- Te quiero chiquilla. –le dio un beso en la frente.
- Cuídate hermano. –le dijo Ángel y le dio un beso en la mejilla.
- Te quiero. –se despidió Carlos.

Carlos dio media vuelta y caminó rumbo a la puerta de embarque, con una maleta en una mano y con Jagger en la otra. Ya adentro, tuvo que dejar a Jagger en el kennel que ocuparía durante el viaje; lo había entrenado durante más de una semana para que se sintiera tranquilo y seguro en ese lugar; y lo había logrado. Ahora era él quien se sentía nervioso por dejarlo allí durante el viaje, pero era la única manera de poder llevarlo así que merecía el sacrificio.

- Nos vemos en unas horas, peludo. –le dijo y le dio un beso en la cabeza.

Ya estaba sentado en la butaca del avión, con todo listo para emprender su viaje. Se sentía muy extraño no tener a la mano un móvil que revisar; se

preguntaba si Ángela le habría contestado o si por lo menos ya habría leído su mensaje. Se arrepintió un poco de no haber llevado su móvil, pero sabía que era una buena decisión, aunque no le gustara del todo.

Rápidamente, sonó la voz del capitán para anunciar el despegue. Hacía tiempo que Carlos no pensaba tan vívidamente en Alí, pero en ese momento lo hizo; pues tuvo la certeza de que su voz sonaba similar a esa, que el mensaje que enunciaba el capitán ahora era similar al que él decía día tras día en su trabajo. Sería mentira decir que ahora sintió remordimiento o arrepentimiento por dispararle, pero sí sintió pena por él; porque lo tuvo todo y no lo valoró, tuvo un trabajo de ensueño, tuvo estabilidad económica, tuvo la mujer más especial para él y prefirió ser un hombre vil.

El avión comenzó a moverse en la pista y Carlos cerró los ojos. Recordó que la única vez que se había montado en un avión fue cuando tenía diez años, junto a sus padres y hermanos; iban a visitar a un hermano de su madre que se había mudado a una ciudad lejana. El vuelo sólo duró dos horas, pero fueron unas de las horas más largas de su vida, pues Alicia estaba muy asustada, trataba de contener sus lágrimas y Carlos intentaba entretenerla contándole historias y preguntándole cosas. Ella lo miraba con sus ojos grandes y un pequeño puchero en la boca que le rompían el alma, pero apenas aterrizaron a ella se le transformó el rostro y fue muy feliz; entonces él pudo estar tranquilo.

Carlos se quedó dormido, y no fue sino hasta que el capitán anunció el aterrizaje inminente cuando despertó y abrió los ojos. Él se preparó para el bajón que le produciría en el estómago, se abrochó el cinturón y sintió alegría al pensar que ya pronto podría reunirse con Jagger.

haya querido, sino porque pensé que era lo más adecuado para ti. Sé que no fue fácil despedirnos y no quería que estuvieras constantemente reviviendo ese momento. En Londres me ha ido muy bien. Me he sentido muy feliz de poder estar con mis padres después de tanto tiempo distanciados. Acá he podido sentir que volví a ser una niña y que mis padres me protegen, creo que era algo que de verdad necesitaba. Y ellos han sido muy felices teniéndome cerca de nuevo. Me he mantenido ocupada con algunas investigaciones y planificando una posible exploración en un futuro cercano, espero volver a tocar el polvo con mis manos. En cuanto a los recuerdos, te confieso que ha sido muy difícil eliminarlos, pero poco a poco he podido asimilarlos y ya las pesadillas no me dan tanto miedo. Pero a ti, siempre te pienso con una sonrisa en los labios. No te imaginas cuanto me alegra saber que vas a viajar, desde que te conocí supe que lo querías hacer, aunque lo negaras; qué bueno que ahora te has atrevido. Espero que nuestros caminos se vuelvan a cruzar en un tiempo no muy lejano. Te envío un fuerte abrazo, disfruta del mundo.

Carlos leyó el mensaje de Ángela y se sintió fascinado. Leía con admiración cada una de las palabras que lo componían y le parecía que estaban escritas por un ser etéreo y maravilloso. Ella le había escrito hacía cuatro días atrás, dos días después del mensaje original de él. Lo único que lamentó fue no haber podido leerlo antes pues se encontraba en un lugar alejado donde no tenía acceso a ninguna computadora. Quiso contarle todo lo que había visto, quiso decirle que recordaba cada una de las palabras que le había dicho mientras en su departamento le mostraba las fotografías de sus expediciones.

- Tus palabras me han traído mucha felicidad. No estaba seguro

de que me responderías. Me satisface saber que me piensas de esa manera, no podría pedir más. Me siento identificado con la manera como te sientes con tus padres, yo me sentí exactamente así cuando estuve con ellos, uno vuelve a ser un niño por un momento y se aprende a valorar muchísimo más el cariño y el calor que ofrece la familia. Qué buena noticia me das al decirme que volverás a expedicionar, ahora que he podido ver algunas pocas cosas con mis ojos en estos días, comprendo muy bien tu pasión. Si necesitas un asistente, un secretario o un ayudante que cargue piedras, tómame en cuenta por favor. Trabajaría gratis si es contigo.

Carlos le contó extensamente lo que pudo observar en ruinas, pirámides, monumentos; en sus descripciones podía notarse la fascinación que sentía de poder vivir algo tan único. Le contó también de la cara de felicidad de Jagger al ver paisajes tan diversos y de conocer tantas personas que se acercaban a él de manera tan amable. Él mismo estaba sorprendido con lo mucho que los dos han cambiado al mismo tiempo.

Después de escribirle un largo texto a Ángela, dedicó tiempo para comunicarse también con su familia y con su amigo Edgar, pues se había comprometido a mantenerse en contacto cada vez que le fuera posible. Luego, se retiró a una habitación que había rentado por algunos días, estaría en una zona más citadina. Era un poco complicado conseguir un lugar dónde hospedarse por la compañía que tenía, sin embargo, estaba seguro de que bien valía el esfuerzo; supo que lo mejor que había hecho era estar con Jagger en aquellas aventuras.

Durante los meses siguientes visitó decenas de países, muchísimas ciudades, montañas, volcanes, ruinas, museos, locales nocturnos, lugares de comida, mercados locales, personas agradables otras no tanto, idiomas

nuevos, costumbres inimaginadas para él. Vio de cerca la riqueza de la tierra y de las personas, pero también observó de cerca la pobreza, no a través de una pantalla sino frente a frente. Aquello era algo que lo estaba cambiando por completo, se sentía una nueva persona; no imaginaba volver a ser el mismo solitario que un día fue.

Todas y cada una de sus aventuras se las narró a Ángela, al punto que su correspondencia parecía más una bitácora de viaje que cualquier otra cosa. Sin embargo, en ninguno de sus textos dejó de manifestarle sus sentimientos de alguna manera. Le decía que la extrañaba, que deseaba verla, que anhelaba el día cuando pudiera volver a besar sus labios, que sus sentimientos cada día eran más intensos.

Ángela era mucho más comedida en sus comentarios. De vez en cuando le decía que sentía nostalgia por sus conversaciones y por los paseos matutinos. Sin embargo, no desalentaba las expresiones de él; lo que para Carlos significaba que no le era indiferente; y tenía razón.

La distancia y el tiempo habían funcionado muy bien. Porque en el caso de Carlos, había puesto en prueba de fuego sus sentimientos hacia ella y la había pasado. Y con respecto a Ángela, se sentía mucho más clara en comparación a antes, cuando todo acaba de ocurrir. Sabía que tenía sentimientos muy poderosos hacia él y que deseaba que pronto, de alguna manera misteriosa, el destino les diera la oportunidad de unirse.

Ella no le decía nada a él, sobre todo para no ilusionarlo; porque a pesar de que ahora estaba segura de que lo amaba y que desde hacía tiempo esos sentimientos florecían en su pecho, no creía estar preparada ya para tener de nuevo una relación como la que Carlos se merecía por su entereza, su paciencia y su valentía.

Poco a poco, a través de sus comunicaciones, Carlos había alentado los

planes de Ángela por emprender una nueva exploración después de tantos años. En cada texto, extraía más y más información acerca de los planes que ella tenía. Tiempo después ella le anunció que pronto se embarcaría en una nueva aventura y él supo que había llegado el momento de pasar a una nueva etapa.

Ella reunió a un equipo prodigioso para lo que pretendía investigar. Su grupo estaba compuesto por tres mujeres y dos hombres, más ella. Todos excelentes en sus trabajos. Sus padres se sintieron un poco tristes al despedirla, pero al mismo tiempo estaban muy orgullosos de que ella hubiese superado la tragedia que envolvió su vida y que volviera a hacer lo que realmente le apasionaba.

Carlos de manera muy paciente había reunido toda la información que requería para saber exactamente dónde y cuándo encontrarla. Así que armó de nuevo su maleta y compró un boleto de avión directo a sus sueños. Ya los aviones le eran muy familiares y no se sentía cansado una vez que aterrizaba pues era en los viajes cuando más podía descansar, ya que cuando estaba en tierra no paraba de hacer y de conocer.

Se instaló en un pequeño hotel cercano al lugar en el que pudo averiguar, con la ayuda de Edgar, que se hospedaría Ángela en los próximos días. Quiso llegar antes para familiarizarse con la zona y estar seguro de que podría verla al llegar, así fuera de lejos. El día que llegó, salió en la búsqueda de una carpa e implementos para acampar, porque sabía que dos días después de que el equipo de ella llegara a la localidad, se irían a acampar en la zona de exploración.

El día que sabía que podría ver a lo lejos a Ángela, dejó a Jagger en la habitación pues sabía que corría el riesgo de que él corriera hacia ella al reconocerla y no quería arruinar la sorpresa que tenía preparada. Él se sentó a

las afueras de una cafetería desde donde podía ver con claridad la entrada del hotel, pidió un café expreso, porque ahora toleraba el café e incluso sentía cierto gusto por él, y espero con atención.

Pocos minutos después vio que Ángela bajaba de un taxi junto con un grupo de personas. Al verla, la emoción lo inundó; tuvo que controlarse para no ir directo a abrazarla. No podía quitar sus ojos de ella, se había hecho algo distinto en el cabello y lucía resplandeciente. La vio sonreír, supo que ella volvía a ser quien siempre quiso ser y que nunca debió cambiar.

La visión de ella le duró quizás menos de un minuto, pero fue más que suficiente para llenarlo de alegría y del ímpetu necesario para apostar todo lo que tenía por ella, de una vez y por todas. Regresó feliz a su habitación y le contó a Jagger que la había visto; le habló también de la emoción y del amor que sintió en su pecho. El perro lo veía como si pudiera entenderlo y quizás lo hacía, o por lo menos comprendía la alegría que embargaba a su dueño en ese momento.

Ángela y su equipo después de planear bien la expedición que realizarían, decidieron emprender su camino hacia la zona de investigación; una camioneta cuatro por cuatro los pasó buscando al hotel y después de siete horas de camino habían llegado al lugar pautado. Ella sentía una emoción inconmensurable, decidió que nunca más cambiaría eso por nada en el mundo. Pronto, el equipo tuvo las carpas a tono para descansar del largo viaje y así poder iniciar sus estudios al día siguiente.

Carlos había seguido de cerca los pasos de Ángela, pero lo suficientemente detrás como para que ella no pudiera notarlo ni que Jagger pudiera acceder a ella. Él también armó su carpa, cosa que había aprendido recientemente en uno de sus viajes, y se dispuso a descansar; estaba decidido que al día siguiente vería a Ángela, frente a frente y cabía la posibilidad de

que a partir de ese día comenzaran una nueva vida juntos.

A penas el sol se asomó en el cielo, el equipo de trabajo se adentró en las ruinas que planeaban estudiar. Ángela iba armada con una cámara fotográfica, bolsas para empacar y varias brochas. Llevaba también un bolso donde guardaba todos los documentos que le otorgaban los permisos necesarios para la expedición. Pero lo que más le era útil entre las cosas que llevaba era la voluntad para descubrir nuevas cosas, que se había tenido que guardar en el ático de su corazón durante años.

Carlos le siguió los pasos al equipo de expedición, intentando no ser notado por ninguno de ellos ni por las autoridades del lugar. Cuando llegó al sitio exacto donde estaba trabajando el equipo, incluyendo a Ángela se agachó para hacer que Jagger notara quién era la persona que estaba frente a él a escasos veinte metros de distancia. Enseguida se notó en los ojos de él que la había reconocido y que quería correr a su encuentro; entonces, Carlos lo soltó y él llegó directo a las piernas de ella.

- ¡Jagger! –dijo ella completamente impresionada.
- Hola. –le dijo Carlos.
- ¡Carlos! ¿Qué es esto?, ¿qué haces aquí?
- Vino a verte. No quise esperar que el destino nos juntara, preferí hacer que las cosas que quiero que pasen, pasen. –le dijo él acercándose a ella.
- No lo puedo creer. ¿Por qué no me dijiste nada?
- Porque seguramente me dirías que no, me hubieses dicho que aun no era el momento; pero el momento es ahora Ángela. Estoy aquí, frente a ti, transformado en otro hombre, pero con el mismo amor que siempre sentí por ti; intacto y cada vez más inmenso. No quiero cambiarte, quiero que seas tú, que seas feliz y compartir tu

felicidad.

- No entiendo.

- Quiero saber si tú también me amas o si por lo menos estás dispuesta a dejar que yo te haga amarme. Porque si es así, estoy dispuesto a todo, a seguirte a donde sea que vayas; a apoyarte, a defenderte y a amarte sin ningún límite ni condición. Tal y como tú quieras que te ame.

- Carlos, no sé qué decirte, todo esto es tan repentino. –le dijo visiblemente conmovida, sus manos temblaban y sus ojos brillaban.

- Este es mi gesto de amor por ti. No tienes que decir nada, si quieres emprender este camino conmigo sólo tienes que besarme. – él se acercó a ella, tomándola por la cintura y mirando sus labios.

Ella vaciló por un segundo, pero supo que aquel era un momento trascendental, cuando debía hacerle caso a su corazón y no a su razón, quizás por primera vez en la vida. Así que eligió los labios que la añoraban y que ella también deseaba. Aquel fue un beso que valió más que cualquier documento, que cualquier compromiso, que cualquier promesa; con ese beso eterno ellos sellaron la unión que los mantuvo juntos hasta el último de sus suspiros.